

Tres sillas de Anea

Maribel Álvarez

ALEJANDRÍA NARRATIVA

Premio Juan Pablo Forner 2002



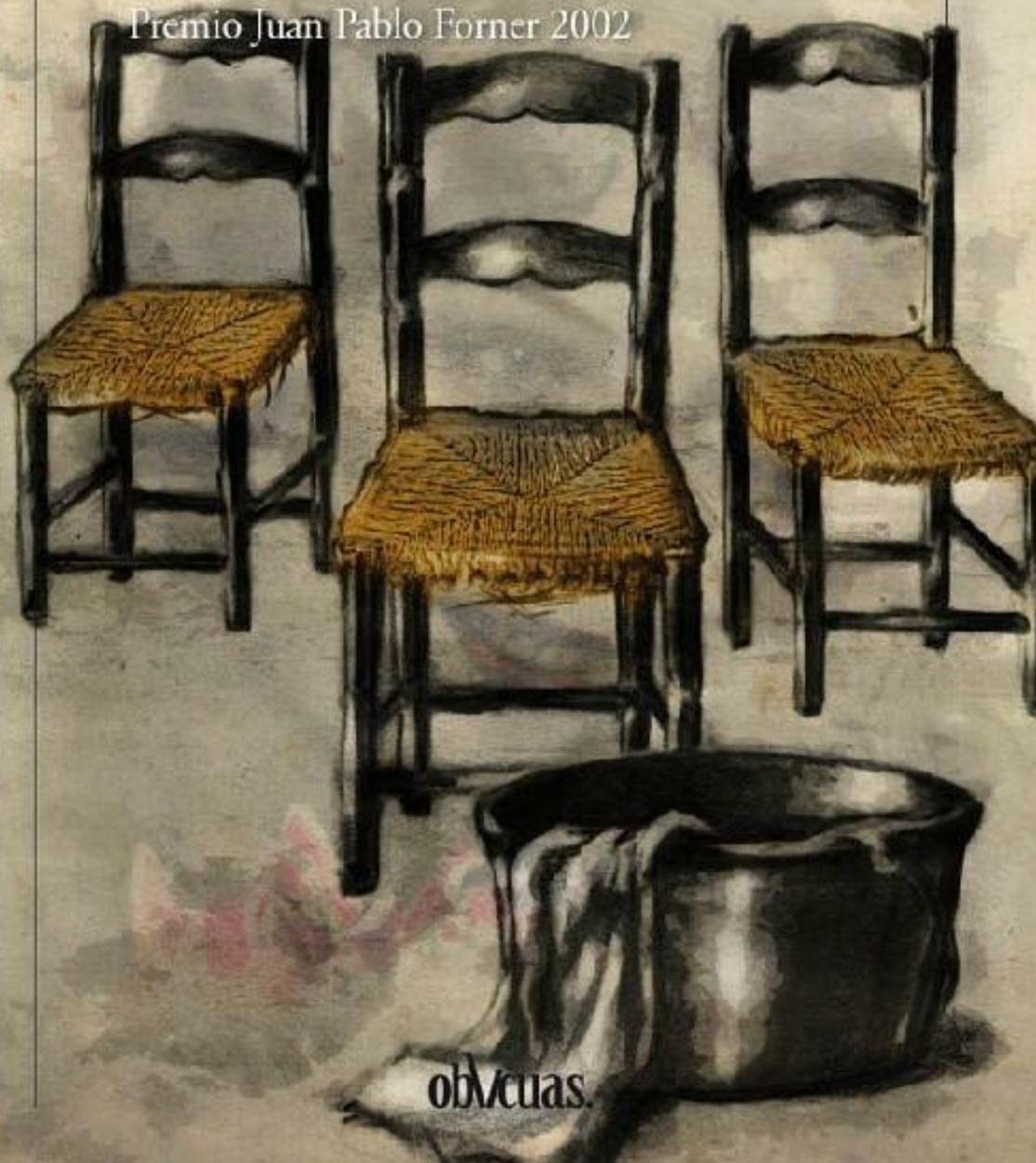
obvivas.

Tres sillas de Anea

Maribel Álvarez

ALEJANDRÍA NARRATIVA

Premio Juan Pablo Forner 2002



obvencuas.

Nada más acabar la Guerra Civil española, cuatro mujeres solteras alrededor de la veintena adoptan a una sobrina de cinco años que ha quedado huérfana después de la contienda. La niña actuará como testigo presencial de las conversaciones de las adultas: mujeres guapas de cierto nivel social con el único objetivo de encontrar un buen partido para casarse en un tiempo en que los hombres escasean.

Tres sillas de Anea nos sitúa en el Oviedo de posguerra, una ciudad asolada por la destrucción y donde se cierne la más envenenada de las mojigaterías.

ob/cuas.^{ediciones}

Tres sillas de Anea

Maribel Álvarez

www.edicionesoblicuas.com

Tres sillas de Anea

© 2015, Maribel Álvarez
© 2015, Ediciones Oblicuas
EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/ Lluís Companys n° 3, 3° 2ª
08870 Sitges (Barcelona)
info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-16341-44-3

Primera edición: marzo de 2015

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Cuando Amelia, de seis años, le preguntó a su tía Irene, de veinticuatro, por qué aquel señor sentado frente a ellas llevaba el puro colocado dentro del pantalón, ¿dónde, Amelita?, pegado al muslo, tía, supo que no debía volver a preguntar jamás cosas relacionadas con los señores y con los puros.

Recordó entonces que su papá no lo llevaba. Tal vez porque las hermanas de su papá no le consentían fumar. Qué asquito me da ese olor a picadura. Anda, hermano, vete a fumar al café, que aquí lo impregnas todo y luego no hay quien respire. No le digas que se vaya, tía Irene, llueve mucho. Que se ponga la boina o que se refugie bajo los aleros, hija.

Amelia recordaba otras cosas. Las carreras hacia el refugio cuando la sirena atronaba y que Irene no consentía en bajar, a pesar de la insistencia de sus hermanas.

Irene no podía olvidar el episodio de los piojos. Una noche en la que las bombas no cesaban, se había quedado a dormir en el refugio. A la mañana siguiente, cuando regresó a casa llena de picores, constató la invasión de piojos sobre su cuerpo; hasta en los agujeros del encaje del sostén se habían incrustado. Pensó que era lo peor que le había ocurrido en la guerra. Lloró tanto de rabia y de asco que a partir de entonces se propuso soportar sola los bombardeos en una minúscula carbonera abandonada, escondida bajo el arco de la escalera, en el descansillo del tercer piso de la calle de la Magdalena número doce.

Sus hermanas no se explicaban por qué Irene era capaz de permanecer sola en aquella relativa seguridad, con los miedos y las aprensiones como única compañía, pero el terror a los piojos era superior. Además, se me puede pegar cualquier otra porquería como la sarna, vete tú a saber, y yo me muero, qué asco, madre mía.

Y es que Irene era una belleza. La llamaban la Yin Arló asturiana, y no exageraban. Su pelo, un poco más oscuro que el de la actriz, flotante y acompasado, rozaba su perfil derecho. Las cejas, depiladas hasta conseguir el hilo que enmarcaba los ojos, como ejes en perfecto equilibrio. Se recortaba ligeramente los labios al pintárselos; demasiado gruesos, parezco qué sé yo... Alta, delgada. Irene se dolía; demasiado alta y demasiado delgada. Uno sesenta y siete y sesenta kilos. No se sentía contenta con sus pechos pequeños y rellenaba el sostén con algodón. En tiempo de escaseces, con pañuelos.

Irene se había reservado, con sumo cuidado de no estropearse, para cuando terminase la guerra. Entonces buscaría un hombre. Un hombre limpio, bien

afeitado, con la piel lustrosa y suave, aunque nada afeminado, no, eso no, uno de esos hombres que usan loción para la cara, de los que se arriman mucho y respiran sobre la piel. ¡Dios mío, el aliento de Armando! Cuando lo invocaba era como si todos los poros de su cuello fueran bocas minúsculas succionando ansiosas. Ella jamás le había confesado que aquel aliento la volvía loca. ¿Hablar de eso una mujer? Imposible. Me hubiera considerado una perdida, se decía con abatimiento, e Irene recordaba entonces las artimañas que empleaba para conseguir sus fines sin que Armando se diera cuenta. Le acercaba la cara hasta rozar la de él con coqueteos tímidos, luego apoyaba la cabeza en su hombro con gesto mimoso para que le acariciara la melena, para a continuación restregarse sumisa contra él hasta que su cuello quedaba completamente pegado a la boca de Armando. Era cuando a él se le aceleraba la respiración, la saliva se le agitaba entre los dientes, se le escapaba entre los labios medio abiertos, le humedecía la piel, y a los pocos segundos Irene necesitaba con urgencia un asiento porque las piernas eran un puro temblequeo y sostenerse en pie, un esfuerzo insostenible. Sentada, en un banco del parque y con mucha luz, para que la gente que pasase no viera en su actitud nada reprochable.

Esa postura de su cuello no suscitaba desconfianza, sin embargo, allí se encontraba su punto de aceleración. Estrujaba un muslo contra el otro con un movimiento apenas perceptible, apretaba la respiración y se tapaba la cara con el pelo. Sospechaba que su cara crujía y se le transfiguraba cuando le ocurría aquello. Armando le preguntaba que qué le pasaba, y ella decía que un escalofrío le había recorrido el cuerpo, que por eso temblaba, y es que la humedad del parque se le calaba hasta los huesos, aunque le encantaba, pero ahora vámonos, Armando, que llevamos mucho rato aquí y si vuelve a pasar alguien que ya nos ha visto, qué dirá de nosotros.

Los arrebatos de arrepentimiento la conducían de inmediato a la iglesia. Si no coincidía con algún culto establecido, ella misma lo inventaba: rezar siete padrenuestros a las siete de la tarde durante siete días, un Ave María al sonar las campanadas de las horas en la iglesia de San Isidoro, entrar en siete iglesias y persignarse con agua bendita. O cualquier cosa antes que confesarlo. Venceré la enfermedad, dame fuerza, Dios mío, pero no me obligues a pasar por esa vergüenza. No, no. ¡Ayúdame! Sus hermanas no entendían esa necesidad imperiosa de Irene de salir de pronto a todo correr hacia la iglesia y le aseguraban que se excedía con tantos fervores, pero ella les respondía que un impulso irrefrenable de agradecimiento y de fe la impelía a buscar a Dios.

Además, dejadme en paz con mis manías, que yo no me meto en las vuestras. E Irene cortaba cualquier posibilidad de que se inmiscuyeran en los asuntos de su alma. Qué sabrían sus hermanas de su sufrimiento después de las aceleraciones, de esa enfermedad incontrolable de la que eran presa los hombres a los que atacaba sin excepción y que, sin embargo, la había alcanzado a ella, Dios sabía por qué. Estaba segura de que el padre Mariano no la absolvería y la culparía, aunque no se lo dijese; el tonillo resignado al imponerle la penitencia, la respiración agitada, incluso la tos. Al fin y al cabo no dejaba de ser un hombre. No. Jamás lo confesaría. Si acaso en el último momento de su vida, cuando ya el terror al infierno la dejase sin habla, entonces, con los labios cerrados y la mente clara, recurriría a la Virgen Misericordiosa a fin de que le concediera tiempo para arrepentirse. Dios conocía su impotencia para luchar contra el mal. Era una dolencia de nacimiento, por eso no podía evitarlo; actuaba contra su voluntad, arremetía sin compasión. Ella era la portadora de ese pecado inconfesable del que jamás podría hablar a nadie. ¡Qué desgracia, Señor, por qué me has castigado con esto!

La vida comenzaba a reorganizarse. Nada más terminar la guerra las familias llevaron a cabo el recuento: hombres de menos, niños de más.

Amelia pertenecía al grupo de pares sueltos dejado por los bombardeos.

Era la sobrina de las cuatro hermanas solteras de su padre.

La madre de Amelia había muerto durante el parto de su segundo hijo, en plena guerra, en un hospital abarrotado de soldados. Lo llamó Luis. La sobrevivió ocho días.

Amelia fue rescatada por Matilde una tarde de frío inconsolable, próxima a las Navidades del treinta y siete.

Y ahora, su padre debía regresar del frente de un momento a otro.

Con ese equipaje, Amelia había entrado a formar parte de la vida escrupulosamente organizada de Irene, Amparo, Matilde y Custodia.

Uno de los cambios que Amelia notó al finalizar la guerra fue la aparición de un nuevo nombre en la familia. Mencionaban a menudo a un tal primo Antonio, o primo de las Américas, pero Amelia supo desde el primer momento que se referían a su papá.

Sus otras dos tías, Sagrario y Cerina, casadas, vivían en sendos pueblos de la provincia, con un marido cartero, Sagrario, y un guardia civil, Cerina.

Irene era bordadora y esperaba a que las ansias de vestirse con finuras y primores resucitaran en las mujeres.

Matilde dirigía la academia de corte y confección Mujer de Hoy, y ocupaba con su taller una sala enorme y desangelada al otro extremo del piso. Alguna alumna atrevida resistió las clases entre bombardeos.

Amparo cosía en blanco. Las mujeres ¿cómo se las arreglarán para encontrar hombres tan pronto para casarse, si casi no quedan, si hay que fabricar nuevas remesas?, se decía, mientras pasaba los pespuntos a jaretas y vainicas en camisones, bragas, sostenes. Amparo, además, fue la encargada de atender a la sobrina desde el mismo día de su llegada, por orden de Matilde. Su habilidad en el trato con los niños, su ecuanimidad, firmeza y paciencia la señalaron como idónea para educarla.

Custodia, sin oficio alguno, realizaba las tareas más duras de la casa. Iba a la búsqueda diaria de alimento. Se pasaba horas a la cola para conseguir algo, hacía las comidas, mantenía encendida durante el invierno la cocina de carbón las horas que Matilde determinaba: según la intensidad del frío, calculaba el gasto, y decidía entonces. Custodia lavaba a mano toda la ropa de la casa y la personal de cada una de ellas, y rehacía los colchones de lana cuando llegaba

la primavera. También fregaba las escaleras de la casa desde el tercer piso hasta el portal, un día a la semana, con esparto, lejía y arena de río.

Amparo limpiaba la mitad del piso e Irene la otra mitad. Matilde, nada. A las ocho y media en punto se levantaban ellas dos, y a las siete y media Custodia, para prender la cocina y preparar los dos potes con el hervido. Uno de malta con una pizca de café para Matilde y el otro de malta con achicoria o cascarilla para las demás.

A las nueve de la mañana, Irene y Amparo se colocaban bajo los pies las bayetas de lana para sacar brillo a los tablones de madera de castaño del suelo. Mientras jaleaban el cuerpo cantaban las canciones de moda. Amelia, entonces, se quedaba muy callada y escuchaba. Empezaba Irene con un tono suave: «Él llegó en un barco, de un mundo ignorado, él vino en el barco y me quiso a mí». Amparo se le unía y, al poco rato, también Luz, la vecina del segundo segunda. Sin darse cuenta se entusiasmaban y las voces subían de volumen hasta llegar a la calle. Algún transeúnte bienhumorado las secundaba con unas notas al paso. Otras veces era un malhumorado quien les respondía soltando una retahíla de improperios por la falta de respeto, por el insulto que suponía cantar después de tantos héroes muertos. Ellas murmuraban para sí que también su hermano faltaba por regresar, pero quién podía ignorar la alegría del fin de la guerra. De momento esquivaban la zozobra que surgía al pensar que Antonio ya debía haber vuelto. Calma. Ocurrían esas cosas. No podían ahogar el impulso de cantar, reír, porque su interior les decía que todo se iba a resolver en nada. Entonces se retiraban discretamente antes de que Matilde se enterase del percance. Solían terminar con una taza de malta las tres juntas y atentas a las noticias de Luz, que empezaron a convertirse en habituales: Creo que Martín, el cuñado de Isidro, el que arregla tan bien el tiro de las cocinas, vino ya de regreso. Conducía un camión de abastecimiento y cuando le comunicaron que la guerra había acabado, *desfrenó* el camión para que se despeñara, se deshizo del uniforme y apareció sin más en casa de su hermana. Ahora todo depende de la discreción y de que a un mal nacido no se le ocurra denunciarlo. Y vosotras, ¿sin noticias del primo de América?

—No, nada. Esperamos que en cualquier momento nos lleguen.

El pasado inmediato persistía en ellas con tal intensidad que brotaba en cuanto la taza de malta aparecía entre sus manos.

—Me aseguraron que lo hacen debajo de la manta.

—¡Por Dios, Luz! Cómo se van a dedicar a esas asquerosidades en el sótano mientras caen las bombas. ¿Te refieres a...?

—A ellos, a ellos. Eufrasia y Sagunto.

Irene se dio una palmada en el muslo y miró con entusiasmo a su hermana.

—¿Te acuerdas, Amparo, de lo que te comenté? Desde los primeros bombardeos los calé, Luz. Primero pensé que aquellos bultos tan raros que se notaban bajo las mantas eran por las sombras de las velas, porque yo soy bien pensada, chica, pero me puse a observar y los tejemanejes que se notaban por ahí abajo. No sé..., no me gustaban nada, ¿sabes? Porque a los demás, ni se les movía la manta, ni sus sombras, ni se les inflaba nada, salvo por algún sobresalto si caía un mortero cerca. Y a ellos, chicas, se les distinguía un algo diferente, como si, no sé cómo decíroslo. Pero tú sabes más de eso, Luz, que eres una mujer casada.

—Sí, aunque a Fernando le dura un segundo, chica. Plis, plas, y listo. Y ni se nota. Fíjate que a veces, desorientada, le pregunto, ¿ya, Fernando, o no has empezado?

—Luz, no nos des el detalle, que nosotras de esas cosas, nada.

—Ay, chica, pues si supieras..., tanto misterio y tanto cuento para tan poca cosa.

—Pues otras cuentan maravillas.

—¡Irene!

El entusiasmo de Irene fue cauterizado en el acto por la mirada de Amparo. Luz se reía. Boca grande y de labios glotones pintados con un carmín que se corría por la comisura. Con coquetería, se pasaba una y otra vez el dedo para limpiarse y así evitar el emborronamiento del color, que sabía que producía muy mal efecto. Bajita, con sus eses bien pronunciadas, carnales y blandas. Un ojo un poco más cerrado que el otro, razón por la cual se peinaba con una onda caída sobre el lado menor, como «la Verónica Laque» decía muy ufana y orgullosa de sí misma. Veintiséis años.

—Y ojalá no me quede embarazada nunca, decía.

—¿Te comentaron algo los vecinos, Luz?

—Clementina, la del cuarto segunda, me dijo el otro día mientras esperábamos a la cola del pan, que, por cierto, para mí no alcanzó, que a ella su marido le había dicho que no volverían a bajar al sótano mientras no nos reuniéramos todos para tomar una decisión sobre el caso. Que a él le parecía una inmoralidad sin nombre, que merecían la excomunión, que seguramente eran rojos, y que lo mejor para todas las personas decentes era avergonzarlos

y no permitirles desvestirse si querían disfrutar del refugio. Tanto colchón, tanto colchón. Ni que fuera un hotel.

—A lo mejor se abrazan por el miedo, pero por lo otro, ni hablar. Además, cómo les vamos a impedir que se refugien en el sótano.

—Nosotras no, Amparo, pero los de comunión diaria y golpes de pecho son terribles, chicas, y en este vecindario abundan.

—Cada uno es libre de pensar como quiera.

—Huy, Irene, eso se verá de verdad cuando volvamos a la vida normal. A saber cómo nos las vamos a apañar para convivir después de tanta tralla.

Interrumpían la conversación por unos momentos para seguir con risas y la malta medio fría, pero enseguida llegaba Amparo con refuerzos de malta hirviendo y un plato de galletas. Las amasaba Matilde con la harina y la nata de la leche con que pagaba las clases una chica de un pueblo cercano, que se lamentaba a Matilde de que, en cuanto acabase la guerra, ya no podría volver a clase porque su padre la obligaría de nuevo a pasar el día entero cuidando el ganado, y añadía que ojalá la guerra durase hasta que ella terminara de aprender. Luego le pedía perdón a Dios y a Matilde.

—Los hombres son tan brutos..., si solo existiéramos las mujeres, qué bien marcharían las cosas.

—Ya, ya, mira qué lista. Tú lo dices porque has conseguido marido.

—Mujer, tú con lo guapísima que eres, en cuanto se reanude la vida normal, ya verás, se te rifarán.

—Con tantos lisiados, enfermos o en la ruina, mal lo veo.

Irene meditaba sobre los pocos hombres que le quedarían para escoger. ¡Dios mío!, que se acabe pronto esta guerra, a ver si llego a tiempo. En el fondo estaba segura de que si sobrevivía uno, un único hombre, ese sería para ella. Recordaba que en los primeros meses de la guerra los bailes permanecían abiertos y ella se había empeñado en que Matilde le hiciera un vestido porque un chico estupendo y que era un buen partido y que parecía que... la había invitado. Su hermana la había sermoneado a gusto: Estamos en guerra, sin qué comer casi, con la zozobra de que una bomba nos deje sin casa o nos mate, ¿y lloras por un vestido, Irene? No tienes cabeza, hija. Al poco tiempo ya no quedaba en pie un solo sitio para ir a bailar.

Las confidencias de Luz sobre los tejemanajes en el refugio habían interesado de tal forma a Irene que inmediatamente tomó la decisión de regresar a él, olvidándose del miedo a los piojos con tal de no perderse detalle. Cuando la alarma no sonaba, muchos vecinos permanecían en sus

casas, pero otros tomaron la costumbre de pasar allí la noche para no verse obligados a trasladarse de madrugada; un vaso de agua, un despertador y una radio de galena. Entre las personas que bajaban cada noche al sótano se encontraban Eufrosia y Sagunto.

Pero a las diez Matilde dijo que qué derroche de velas, que todas a la cama porque aquella noche se percibía tranquila. Y miró hacia donde últimamente buscaban aviones, en lugar de párpados encendidos.

Cuando el cartero silbaba tres veces, Amelia bajaba las escaleras a todo correr con los cinco céntimos de la propina apretados en su puño. La tía Amparo ya le había advertido que no los perdiera.

Sebastián puso en sus manos tres sobres:

—Vaya, vaya, parecéis el Ayuntamiento, con tanta carta. Lo siento, Amelita, pero tu papá no habrá dispuesto ni de un minutito para escribirte. Seguro que no tardará en volver, ya verás.

Sebastián se había acostumbrado a que la niña se asomara a la barandilla de la escalera en cuanto él empezaba a llamar a los pisos, para preguntarle por la carta de su padre. Aquella tarde tampoco se la pudo entregar. Malos auspicios, pensaba, malo. Toma, guapa, le dijo, y le regaló un azucarillo medio desenvuelto y con pelusa pegada. Para que se te endulce la espera.

Las cartas que llegaban para el cabeza de familia y las que les enviaban sus amistades o sus hermanas venían siempre a nombre de Matilde, y Amparo e Irene debían esperar para leerlas hasta que Matilde terminara la clase y hubiera tomado su café con leche.

—¿Por qué no me escribe mi papá?

—Porque en la guerra se puso un poquito enfermo. En cuanto se cure, vendrá a la carrera.

—Sí, pero ¿por qué no me escribe?

Tras aquella serie de preguntas y respuestas, Amelia se refugiaba en el cuarto de baño. La mano grande de su papá, que apretaba la suya, qué frías, hija, yo te las calentaré. Su aliento en los dedos, en las palmas, el roce de sus labios, qué barba, papá, me pinchas, no, no, me haces cosquillas. El paseo por el parque, con los cedros gigantes bajo los cuales el barquillero se guarecía de la lluvia. No, hoy no me queda dinero, hija. Otro día, papá, no importa, además, no siento ni pizquita de hambre, bueno, un poco sí. El papá de Amelia, la sonrisa, el apretujón cuando llegaba por la noche antes de que ella se durmiera. Otro apretujón, papá. Sí, hija, los que quieras. La voz de su mamá desde la cocina: anda, déjala dormir y no la mimes tanto que se va a poner tonta. Hasta mañana, Amelita, que mamá riñe. No la escuches, tápate los oídos, papá. El último, dame el último.

Amelia cerraba con fuerza los ojos para que le llegaran recuerdos de su madre. Pronunciaba su nombre en voz baja, arrastrándolo con todas sus fuerzas. Clara..., Clara..., mamá..., mamá... La dibujaba en sus cuadernos, en los espacios en blanco de las páginas del catón y del silabario. Con saliva en

la pizarra; un reguero de bolitas transparentes que Amelia dirigía, concentrada, con los labios entreabiertos. Lo inclinaba hacia un lado y otro, volvía a escupir si le faltaban trazos que dibujar. Amelia marcaba un rastro de besos de caracol.

Añoraba las pestañas de patas largas que acariciaban sus mejillas. Me gustan mucho, me dan ganas de dormir, mamá, házmelo unas poquitas veces más. ¿Cuántas, Amelita? *Miles ciento*, mamá. Me voy a poner a cocinar, cariño, que papá vendrá a comer enseguida. Pues luego. Sí, luego, vida.

Amelia rompía en llanto cuando la imagen de su madre se le escapaba, pero la tía Amparo no la dejaba llorar, así que bebía tres vasos de agua muy deprisa hasta atragantarse y de esa forma podía disimular el llanto. Entonces recordaba a la tía Cerina, con sus lorzas de carnes tibias y olorosas, que le dejaba meter la mano dentro de su escote hasta que se dormía. Pobrecita. Mírala, Amparo, qué tranquilita está ahora. Echará de menos a su madre. Y su padre, el pobre..., por muy bien que la cuidéis vosotras, como sus propios padres...

La llegada de Amelia a la familia había sido terrible.

Amparo conservaba bien grabados en la memoria aquellos primeros meses. Al evocarlos, la veía con el gesto huraño de entonces y recordaba que esperaba a verla dormida para contemplarla a gusto. Así, sin el ceño fruncido ni los labios apretados, aparecía una carita muy redonda de mejillas rojas y aún cuarteadas por el aire del campo; boca pequeña, el labio inferior con una hendidura en el centro y dos minúsculos bultitos a los lados. Era una boca curiosa y atractiva. Ojos también pequeños. Una cabellera imposible de peinar. Pelirroja y rizada. Para su edad, menuda.

Amparo, ahora, ya había logrado domesticarle el pelo y no necesitaba esperar a verla dormida. Amelia reía con facilidad y todas opinaban que había heredado las carcajadas de Irene.

Pero al principio... y Amparo volvía a aquellos primeros meses.

La resistencia de Amelia para adaptarse a ellas, a la casa, a la falta de sus padres, incluso reclamaba que le llevaran a su hermano, que lo quería para jugar, que si no, no jugaría ya nunca más. Amparo no se sentía, ni siquiera ahora, con fuerzas para recordarlo. Suerte que Matilde había atajado los síntomas inmediatamente. Dio instrucciones de cómo actuar con Amelita. Que si ellas resistían, la niña iba a estar protegida. Además del amor con el que la arroparían entre todas. Y eso era lo más importante. Así que nada de llorar.

Empujar con todo el coraje. A dentelladas, si fuese necesario, les gritó. Pero sobrevivir.

Lo habían logrado.

Ahora quedaba pendiente el regreso de Antonio.

No figuraba en ninguna lista. No habían recibido comunicación de cárceles o campos de concentración.

De momento, ellas no se atrevían a indagar demasiado. Debían esperar a que fueran imprescindibles y, aun así, de forma solapada, eligiendo bien a la persona. Cautela. Mucha cautela. La prudencia lo aconsejaba. Su hermano había luchado en el bando republicano. Sabían de algunos combatientes que llegaban sin hacer ruido, de forma escalonada y que no se dejaban ver apenas. Ellas conjeturaban que Antonio habría encontrado un lugar seguro y que allí se quedaría escondido hasta que se le presentase la oportunidad de regresar o sencillamente, les llegaran noticias del pueblo de su mujer.

Y a las preguntas de Amelia, responder como mejor pudieran.

—¿Quiere que la peine de alguna forma especial, doña Matilde?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque hoy es sábado, y usted nunca me llama para venir a su casa en sábado.

—Pues no, nada especial. Márcame bien las ondas y ahuécalo un poco.

—¿Se lo dejo caer hacia un lado de la cara?

Bueno, pero muy poco, no quiero frivolidades

—Doña Matilde, se lo voy a peinar con la raya más alta, le favorece mucho más, ¿ve? Yo así la encuentro muy guapa, le voy a marcar una sortijina a este lado, ¿verdad, Amparo?

—Sí, pero ladéasela un poco más.

—Estupendo, Luisina, no te molestes tanto que no voy a ninguna boda, y tú no la animes, Amparo

—Ay, doña Matilde, no se deja que la ponga guapa, ¡hay que ver! y usted que con nada luce tanto...

—Anda, anda, no seas zalamera, Luisina. Tal como ha quedado está muy bien, déjame el espejo que me miro por detrás. Amparo, coge mi monedero y págale, las tres cincuenta de la semana, más el extra de hoy.

—¿Quiere que venga también mañana?

—No. Hasta el lunes, a las nueve y media.

Cuando Luisina hubo recogido el peine y el peinador, cerrado la puerta del piso, y Matilde la hubo oído bajar la escalera e incluso llegar al portal, les dijo a sus hermanas con la voz alterada y hasta un poco temblorosa: Estas peinadoras son como las porteras o las criadas, unas cuenteras. Hay que andarse con ojo porque están atentas a cualquier cosa que les llame la atención, por pequeña que sea, para luego sacar sus propias conclusiones y propagarlas por ahí.

—Exageras un poco, Matilde.

—¿No te fijaste en el tonillo que empleó para preguntar?

Amparo le hizo señas a Irene de que se callara y ella misma disimuló para no darle la razón a Matilde.

La tensión, los nervios, las expectativas. Irene entendió las indicaciones y se puso a limpiar el polvo insistentemente, ordenar lo ordenado, colocar las sillas de nuevo y desplazarlas un centímetro, decir, ay, Dios mío, soltar todo el aire y sonarse fuerte.

En la carta que Matilde recibiera, Buenaventura la citaba para la misa de once en la catedral. Llegaba con permiso de dos días y deseaba verla.

—¿Estás decidida a ir, Matilde? Ya sabes que... como os vuelvan a ver juntos...

—Qué insistente y pesada te pones, Irene. Más te valdría pensar en qué harías tú en mi caso. A ver si te portabas con más atino que yo, que no lo creo, ya lo sabes. Y no me pongas más nerviosa que ya voy bien colmada.

Ella sabía. Pero a los hombres hay que concederles todas las oportunidades. Son niños, son débiles, caprichosos, consentidos. Ella, ahora, sabía. En la carta apenas un indicio daba pie para hilar conjeturas; lo demás, fórmulas corteses. Un permiso y aprovechado, Matilde, después de tanto tiempo y con una guerra de por medio... Tantas cosas, Matilde, tantas. Sí, visitaré a mi madre, pero de paso, como tú y yo... Escucharlo. Mirarlo. Observarlo. No pensar, registrar. No acordarse de las noches en las que lo soñaba a su lado en la cama. La misma almohada. Las entendidas aconsejaban dos, pero ella se imaginaba con la cara de Buenaventura pegada a la suya sin costuras que las separaran, sin lazadas con cinta de retorta apretando fronteras. Sin puntillas ni bordados, sin zonas reservadas, sin nieves ni hielos; bocas, aludes de calor. No sé cómo eres con los ojos cerrados por el sueño. La imaginación se me agota y entonces lloro, Buenaventura.

—Que si estás decidida a ir, Matilde.

—Perdona. Me ha pasado un ángel. Sí, iré. Precisamente pensaba que es la persona adecuada para exponerle lo de nuestro primo Antonio.

—Huy, un militar, con lo hinchados que van por ahí, con el ansia de revancha que guardan. Te veo muy optimista, Matilde. Yo ni me atrevería a decírselo, es capaz de involucrarnos a todas ¿Además, de verdad lo piensas o es una excusa?

Amparo frunció los labios. Esperaba que Irene no siguiera por el camino que tan nerviosa ponía a Matilde y se apresuró a decirle:

—Cómo exageras, Irene, deja en paz a Matilde, que ella sabe muy bien lo que nos conviene. Si tú consideras que puedes confiárselo, inténtalo. Ya es hora de salir de la incertidumbre. Algunos días me ahoga la congoja.

—Tranquilízate, Amparo. Aparecerá cualquier día de estos. Dios nos ayudará.

—Pues grítale. Que te oiga. Que te escuche, Irene.

Ahora las hermanas se fijarían en el arreglo de Matilde. Debía aparentar, ante todo, discreción, dadas las circunstancias por las que aseguraba haber aceptado la cita. Aunque a Irene nada la convencería de que las ansias de su hermana Matilde iban por otros derroteros; deseos como alaridos secos.

El vestido rojo. El vestido rojo de seda se le ceñía como un calco. Resbalaba sobre sus pechos grandes, domesticados hacia abajo con intención de modestia, que se unían desde su comienzo y no se separaban jamás; el estómago y la cintura ceñidos y las caderas de zigzag, de se miran pero no se tocan, de invitación a viajar hacia los sures. La seda, que, descarada, señalaba con espejismos su hendidura. Piernas robustas, de caminar concreto, con redondeces de piedra de río.

No había vuelto a ponérselo desde el día en que estallara la guerra, bajo promesa hecha a sí misma de no sacarlo del armario hasta que terminase. Pero aquel final... al que encima exigían llamar «liberación»..., no, ese no, Buenaventura, aunque sé que esa es la imagen de mí que no puedes eludir, que se antepone a tu sentido común, a tus intereses, a tus compromisos, a esa vida que te has fabricado, cómoda y ascendente. Pero sé que no has podido olvidar el bramido de la seda cuando acariciabas mis pechos y yo te apartaba y tú insistías en desabrocharme para tocarlos mejor, y me asegurabas que solo te guiaba el deseo de que me adentrara en la ruta del zumbido, del estrépito. Me susurrabas al oído aquellas cosas que yo comprendía a medias, pero enrojecía de vergüenza al escucharlas. Yo necesitaba palabras amorosas, que en lugar de lanzarte sobre mis pechos me cogieras la mano y me la acariciaras, me soplaras besos, como en las novelas por entregas, que aunque las rechace en el quiosco y las critique y las llame cursis, necesito que un hombre me las diga para poder enamorarme y dejarme arrastrar hasta el laberinto, pero sin caer en la trampa. Necesito creer que es amor, para que mis oídos soporten el aullido y poder decirle al confesor, padre, soy inocente, no he pecado. ¿Ni de deseo, hija? No, padre. ¿Ni siquiera de pensamiento, alguna tentación nocturna, algún sueño perturbador? No, padre, él, que es un hombre muy hombre, usted ya sabe, sí, quiere, pero no me dejo, y rezo a la Purísima mientras él pelea con los botones de mi blusa y yo lo esquivo y le prometo que después. Que después.

Los hombres, y únicamente los hombres, son de materia inflamable, de bayoneta, de ceguera y embiste.

Amparo le aconsejó el traje de chaqueta verde. Que resultaría discreto y muy elegante. Matilde dudó por parecerle un poco soso. ¿Soso, para qué?, le dijo Amparo.

El primer noviazgo entre Matilde y Buenaventura había durado unos meses, pocos, pero los suficientes como para que todo Oviedo se enterase de que ya estudiaban el calendario. Ese era su primer encuentro después de que él la abandonase, de que ella se muriese de pena y de vergüenza, y ahora, cuando ya no esperaba nada, después de tanto tiempo... En este momento no debía recordar nada que la inquietase, nada que le perturbara los sentidos. Se encontraría con un Buenaventura viudo. Eso la inquietaba, como si la viudez hubiera podido dejarle algún estigma. ¿Habría cambiado su olor? ¿Llevaría el doble anillo con el nombre de los dos enlazado y un recordatorio de ambos de los de toda la vida? Ella había oído decir que los cuerpos cambian cuando los sudores se juntan.

Lo que a Matilde más le había dolido del abandono había sido la ausencia de palabras. Por las noches las perseguía con las suyas pero no las encontraba. Tan solo quedaban sus huecos, demolidos y saqueados. Entonces, las palabras de Matilde, errantes y desorientadas, se perdían, se estrellaban contra la pared del dormitorio, contra la luna del armario, contra la bombilla de cuarenta, y se quedaban allí, aplastadas, deshechas.

Se dio cuenta de que llevaba los únicos zapatos de vestir con un trozo de cartón para tapar el agujero de la suela. Se alarmó:

—¿Crees que se notará?

—No, mujer, pero no te arrodilles en la iglesia.

—¡Dios mío, es verdad!

—Los míos son de un número menos, pero si los soportas, te los presto.

—Sí, Irene. Le diré que me encuentro cansada, no se le vaya a ocurrir llevarme a pasear. Préstame también la barra de labios de contrabando que te acabas de comprar. Es francesa, ¿no? Ya te la repondré con creces. Y ahora que me miro bien, no me gusta nada el peinado de hoy. Qué calamidad, por Dios, no le veo la gracia por ninguna parte.

Siguió con la inspección de su cara. Quiso verificar los rasgos con los que la definía Buenaventura y encontrarse en ellos: facciones perfectas y sin sobresaltos, con los lunares como santo y seña para no equivocarse el recorrido hasta llegar a aquel situado en el lugar más peligroso de la cara, sobre su labio superior, en la comisura casi, como punto final a unos labios gruesos, lacónicos a veces. De sus ojos, Buenaventura le había mencionado el brillo, y

la nariz le parecía de corte antiguo, digna y elegante. Cómo no enamorase de alguien que tan exquisitamente la agasajaba, pensó Matilde mientras notaba el latir de su garganta al estrangular las lágrimas.

Llamó a su hermana para que la ayudara un poco con el peinado. Sospechaba que Buenaventura le iba a poner reparos.

—No te preocupes. Yo te lo acabo de ahuecar.

—Si no fuera por ti, Amparo.

—Tía Custodia, ¿te vas a la calle?

—Sí, a ver si encuentro un poco de comida.

—Pues te va a reñir la tía Irene.

—¿Por qué?

—Porque llevas las zapatillas de los remiendos.

La carcajada de Custodia cogió desprevenida a la niña. Sus hermanas no la oyeron, si no tal vez se hubieran puesto en alerta. Se acercó a Amelia y le dijo al oído, muy bajito: Yo me limito a ir a los recados, no busco novio, y le hizo señas de que lo guardara para sí. Amelita se puso muy contenta por la confidencia y le pidió permiso para sostener a *Mili* en brazos mientras ella regresaba.

Custodia vestía siempre batas abrochadas por delante. Verano e invierno, la misma forma y la misma tela. Con el frío añadía una chaqueta de lana, medias de lana negras y un abrigo beige descolorido del mismo tono que su cutis. Contaba entonces treinta y dos años, dos menos que Matilde, y nunca había sido joven. Cuando intuyó que salía al mundo adulto, se colocó un moño pequeño y apretado que se peinaba sin mirarse al espejo, dejó de quitarse un pelo que le salía de un lunar debajo de la barbilla, eligió el vestuario para toda la vida, los santos a los que rezarles, una afición secreta y un vicio también secreto.

—Ay, hermana, no puedo comer contigo delante. Con ese bigote me das grima.

—No te preocupes, comeré sentada en el cajón para no molestarte.

El motivo de uno de los reproches preferidos de Irene sobre el aspecto físico de su hermana, que perturbaba su comida y su digestión, era una pequeña sombra de vello clarito que enmarcaba la línea de su labio superior. Los dientes, muy blancos, grandes, con las dos palas montadas una sobre otra, que forzaban a sus labios a abultarse y sobresalir. Un gesto impertinente y descarado del que Custodia no parecía consciente. Los ojos más bonitos de entre las hermanas; un acopio de verdor humilde y pálido. Qué lástima, se lamentaba Irene, lo poco que los luce, quién pudiera cambiárselos. A Custodia se le había retirado «eso» a los veintiocho años y sus hermanas se enteraron por casualidad dos años más tarde. Insistieron entonces en llevarla al médico para que averiguara el porqué e intentar un tratamiento, pero ella se negó con tozudez. Matilde acabó por reprocharle su ignorancia, la aleccionó en que a las mujeres les viene «eso» por algo y que podía enfermar de tisis o de

cualquier otra cosa. Pero Custodia sabía ponerle remedio a todos sus males. Cogía a su gata en brazos y mientras la acariciaba, le decía: Ya verás, *Mili*, cuando acabe la miseria que nos ha dejado esta guerra y vaya al mercado todos los días, le pediré a la pescadera que me dé sardinas rotas para ti. Ten paciencia y no las escuches, ya se cansarán de hablar, de ordenar, de exigir, haz como yo. Ya sabes que se me acumula mucha cera en los oídos y no me la saco, así casi ni las oigo, y si no puedo evitar contestarles, por lo bajo repito amén, amén, y entonces se enfadan mucho, sobre todo Irene, que ya sabes que es una histérica, que le obsesionan los hombres. Si supiera lo que pienso de ella. Algunas veces se acuerdan de que pertenezco a la familia y me preguntan que si necesito bragas o sostenes. Consuélame, *Mili*, anda.

Cuando *Mili* llegó a la casa, ninguna de las hermanas quería un gato. Quizá la primera y la última vez que Custodia lloró y rogó, fue para que le dejaran criar a la gata. Al fin, Matilde accedió. Con apenas un mes y sin un gramo de carne, el animalito era una pequeña piltrafa que no cesaba de maullar. Custodia la colocaba bajo su asiento, entre sus piernas, para que no molestara a sus hermanas. Las dos encontraron acomodo en aquel cajón arrimado a la pared de la cocina que también se utilizaba para guardar herramientas. *Mili* comenzó a crecer y a engordar a partir del mismo día de su acogida. Además, con las enseñanzas de su ama y unas migas de pan mojadas en algo, *Mili* fue adquiriendo una habilidad. Cuando terminaban de comer, las tres hermanas de Custodia se trasladaban a la galería a charlar mientras ella se dedicaba a dejar limpios los cacharros, a abrillantar la chapa de la cocina de carbón y luego, arrodillada, a fregar el suelo. Como escaseaban las bayetas o resultaban muy caras, lo secaba con trapos, lo que retrasaba mucho el trabajo. Después, Custodia se sentaba en el cajón a reposar. Se bajaba las medias hasta dejar al descubierto sus muslos, acorralaba a *Mili* bajo sus piernas y la gatita desplegaba su habilidad. Daba varias vueltas dentro del pequeño recinto, se restregaba contra sus piernas, ronroneaba. Custodia cerraba los ojos al contacto con su pelaje de encantar serpientes, su bigote manso, su lengua de fósil, su rabo en alto, rozándola. Todo entre sus muslos, convirtiéndola en deudora perpetua. Si se tumbaba antes de tiempo, Custodia le daba un pequeño empujón para que se levantara, y de nuevo *Mili* reemprendía su periplo. Los dedos no podrían ser mejores, ni más expertos, ni más hábiles. Nada comparable con *Mili*, con sus movimientos basculantes, como si buscara con su rabo en periscopio la parte más íntima y sensible de sus muslos. Sus golpecitos eran similares a un latido externo, como cuando mamaba de su dedo

mojado en leche. Custodia abría un poco los muslos y el rabo de *Mili* penetraba por entre la ranura hasta el puño cerrado de sus deseos, donde se paraba. Su ama la retenía durante un rato. Luego otra vez, y todas las veces, hasta que al fin el ama se dormía y *Mili* también.

—Custodia, Conchita ha subido para avisarnos de que la estraperlista que se pone los miércoles delante del calderero ha conseguido patatas de Galicia y azúcar blanca. Espabílate.

Amelia esperaba ansiosa que su papá regresara. Sabía que la guerra había terminado y todo el mundo parecía muy contento, pero ella no. La tía Matilde le había dicho que su papá convalecía en un hospital y que poco a poco mejoraba. Quiero ir a verlo, tía. Los niños no pueden entrar, Amelita, pero volverá en un periquete, ya verás, y te llevará de paseo y a comprar barquillos. Vamos, sé buena niña y no preguntes.

Ella no preguntaba. Esperaba oír desde el cuarto de baño las charlas a media voz en las que se mencionaba al primo Antonio o al primo de América. A Amelia le resultaba incomprendible que se empeñaran en llamar a su padre de aquella forma tan rara. Además, a veces hasta se equivocaban, pero ya se había dado cuenta de que las personas mayores resultaban chocantes. Tampoco entendía que al final de las conversaciones a Amparo siempre se le cayeran los mocos y acabara sonándose muy fuerte y diciendo, ay, Dios mío.

Quiere pensar en cosas bonitas para contárselas a su papá cuando vuelva del hospital, porque ella sabe que su papá llora y eso a ella también la obliga a llorar, aunque no sabe muy bien por qué. También sabe que su mamá figura mezclada entre ellos, mezclada con los susurros y la pena y la guerra, y un niño que ha muerto sin enterarse de que ha nacido. Habría disfrutado de unos padres de los que dan besos, como los de los niños ricos, y una hermana celosa y con mucho cariño guardado entre los juguetes, entre la saliva, la piel y la sangre. Con un papá de los que van a la guerra sin querer ir a la guerra, cuyo único deseo era permanecer al lado de ellas, también del niño, ahora muerto. Amelia se impacienta por decirle que ellos dos deben irse a vivir solos, sin las tías. ¿No las quieres, Amelita? Sí, papá, pero quiero que me cuides tú, que me lleves al colegio y me prepares la comida. Tú, tú y tú. Y creceré muy deprisa porque ya eres casi muy viejo y te tengo que cuidar yo a ti. Amelia añora volver a su casa de antes, para jugar en la cocina mientras su madre preparaba la comida. Qué desordenada eres, Amelita, hija, no te consentiré que juegues más con las pinzas de tender, ni que te inventes muñecos usando mis zapatillas si no aprendes a recogerlo todo y a ordenarlo. Luego, en brazos a su cuarto. Amelia balanceaba las piernas, que colgaban del borde de su cama, y le preguntaba a su madre que si regalarían al niño que iba a nacer, que en la casa no cabía, y su madre entonces la abrazaba fuerte y le pedía que le abriera un huequito, que no ocuparía más que un cesto, y que lo podían colocar al lado del fogón, en la cocina, ¿y en la carbonera, mamá?, bueno, ahí creo que no se sentiría muy cómodo, Amelita, pero ya verás cómo

te va a gustar cuando puedas jugar con él. Amelia quería volver para ir a la escuela de su pueblo, tan bonita, pintada de azul. Una escuela pequeña pero al lado de un río muy grande, donde su padre pescaba truchas los domingos. Ella lo acompañaba, pero se obstinaba en no mirarlas cuando abrían tanto la boca dentro del cesto y se agitaban, y luego, una vez se quedaban quietas, la boca parecía el pico de un pájaro que esperase el alimento, y no quería comerlas, pero su papá insistía y ella no soportaba que su padre se enfadara y comía la trucha sin mirar al plato, solo a la cara de su padre. A que te gustan, ¿verdad que sí, hija?, y son muy sanas, y con ellas te pondrás muy fuerte para ayudar a tu mamá. Y Amelia sabía que después de comer podía ir a dormir la siesta con sus padres. Ese día especial que ella identificaba por levantarse cuando la mañana ya se había hecho grande, y por su mamá, que en lugar de dedicarse al trabajo diario, permanecía más rato que otras mañanas en el cuarto de baño y salía con un olor como de mujer y niña, lavanda y lejía, polvos de arroz y carmín, y un rastro de cebolla en las manos que persistía a pesar del lavado concienzudo. Se ponía pinzas en el pelo con las que marcaba las ondas que luego se le pegarían a la cara, como ribetes de blonda. Lápiz de labios, los polvos cuidadosamente esparcidos sobre las mejillas con un algodón, aunque ella soñaba con una borla rosada de las que usan las rubias platino del cine americano, las de las chinelas doradas y los albornoces blancos, a las que acompañaban gánsteres buenos con bigote y brillantina, trajes elegantísimos y coches negros con muchos dorados y asientos de cuero. Pero esas fantasías triviales quedaban postergadas para tiempos mejores, de abundancia y dineros. Entonces sí, se compraría una borla de avestruz rosa, muy rosa. De momento se conformaba con pintarse las uñas los domingos y con que Amelita soplara sobre el esmalte para que se secase cuanto antes, aunque luego duraba tan poco: fregar los platos, el suelo, lavar la ropa. Los lunes aún quedaba un pequeño rastro en el perfil de sus uñas.

Amelia notaba la cama de la siesta muy caliente, mucho más que la suya propia, aunque fuera verano. El calor olía a fruta del suelo, a agua de río, a moscas y tortilla, lo que la obligaba a restregar la cara contra las sábanas y a respirar hondo, como cuando le untaban de pomada el pecho. Repartir sus manos para tocarlos a los dos a la vez, la camisa de dormir de su madre, resbaladiza y olorosa, y su papá, que usaba camiseta y calzoncillos con demasiado azulete y aromatizados con jabón verde. Amelia esperaba que su padre se durmiera, y entonces su madre la llamaba bandida y le decía, anda, duérmete tú también, que no necesita que lo veles, porque le gustaba tocarle

las pestañas cuando tenía los ojos cerrados y la respiración tan profunda que no se despertaba por mucho que lo manosease una y otra vez por el borde de los párpados, por la barba bien afeitada de los domingos, por el pelo, tan crespo y rizado, que ella notaba unas cosquillas de morirse de risa al pasarle la mano.

Quería regresar. Esperaba en casa de sus tías, y, en cuanto su padre volviera, todo lo demás volvería. No soportaba oír hablar de ningún cielo, a su mamá no podría gustarle nada si ellos no la acompañaban.

Un vecinito de Amelia olía mucho a pipí desde que su madre muriera. Iba a todas partes de la mano de su abuela, que le daba un poco de miedo. Siempre iba vestida completamente de negro. Se le había desarrollado el bocio de forma tan desmesurada que no lograba cubrirlo con el pañuelo de la cabeza. Lo anudaba bajo la barbilla, se le torcía, resbalaba hacia a un lado, todo el bulto se quedaba al aire y aparecía una cabecita de recién nacido pero sin ojos ni nariz, solo con boca. Un pequeño orificio de labios marrones que siempre destilaba y tres pelos muy largos. A Amelia le daba asco aquel bulto y apartaba la vista, hasta que su madre la riñó y le prohibió decir la palabra asco, y mucho menos, al referirse a aquella abuela que se desvivía por Venancio. Otras mamás empezaron a darle muchos besos a Venancio para que dejara de orinarse, ya que no tenían pan para celebrar meriendas, le explicó también a Amelia su madre.

Ahora, a Amelia le inquietaba oler a pipí, porque entonces todo el mundo sabría que su mamá había muerto.

Ella pensaba contarle a su papá las cosas que ocurrían en el sótano durante los bombardeos y las carcajadas de sus tías y Luz al recordarlo. Otras veces lloraban, pero eso no se lo iba a contar.

—Somos unas insensatas, no se creería nadie que en medio de un bombardeo nos moríamos de risa.

—¿Sospechas que Álvaro lo dijo con malicia?

—¿Lo de que iba a prohibir comer fabada para poder bajar al sótano?

—Amparo, no seas ingenua, lo dijo cuando el olor se volvió insoportable. ¡Fabada! ¡En estos tiempos!

—Y Rosa, tan fina, diciendo que qué falta de respeto.

—Lo definitivo fue el ruido que hizo el pobre Ramón en medio del silencio después de caer el mortero. Parecía que rasgaran una sábana de esas gruesas de lienzo moreno.

—¿Moreno, precisamente, Luz?

—Mujer, parece que suene más fuerte todavía, como es tan tosco.

—Entonces, Matilde preguntó que qué ruido era ese, y todas soltamos la carcajada y ya no pudimos parar.

—Fíjate cómo es mi Fernando que dice que nos va a castigar Dios por reírnos tanto, y yo le digo que es lo único que nos resta, eso y la juventud.

—¿Quieres un poco más de malta, Luz?

—Sí, chica, porque hoy el estómago me llega a los pies. No pude encontrar más que dos patatas y un trozo de repollo.

—No nos queda ni una gota de leche. Así que también te servirá para lavar las tripas. ¿Queda sacarina, Irene?

Amparo se acordó de que reservaba una pizca de anís y dudó un momento si seguir guardándolo. Al fin, le dijo a Amelia:

—Baja la botella del Mono del anaquel de arriba del todo. Queda un culín. Tráela con mucho cuidado, vida.

—Amparo, ¡qué lujo!

—Sí, anda, vamos a endulzarlo un poco para celebrar que no hemos perdido las ganas de reír. Y tú, Amelia, puedes coger la galleta que guardé envuelta en la servilleta de cuadros verdes.

—Tráeme las agujas de sastre, Amelita.

—¿Las de juguete, tía?

—Sí, esas mismas.

Amparo usaba esas agujas para las jaretas muy finas de puntadas minúsculas, y cuando se ensimismaba. Cuando se ensimismaba, sus hermanas guardaban silencio hasta que ella volvía a dar señales de integración. Enhebraba una aguja, dejaba que los lentes le resbalaran hasta quedar apoyados sobre la punta de la nariz, abría ligeramente los labios, y el aire burbujecía al salir. La aguja empezaba a perforar la tela de su bata sobre el muslo. Un dibujo, un corazón imaginario confeccionado a impulsos, a cosidos sin hilo de la aguja de sastre de cabeza pequeña y punta afilada, a pinchazos pequeños y seguidos, de metisaca. El muslo recibía las penetraciones. Un pespunte fino y apretado lo recorría e iba perfilando aquel corazón que Lisardo le dibujaba por las noches, cuando las sombras caían sobre la tapia del cementerio, adonde ellos iban en busca de roces y palabras sin testigos de aquella gente pueblerina, siempre atenta a todo, expectante y curiosa, que mascullaba malicias con tanto deleite como si fuese un manjar. Sobre todo, él buscaba la soledad a la espera de que llegara el desvarío, pero Amparo lo frenaba con energía y dulzura y Lisardo renunciaba con la promesa del más adelante, cuando ya el cura los hubiera bendecido y se pudiera consumir en la cama con el consentimiento de todos. Mientras tanto, él, con la uña larga de su dedo meñique, de liar cigarrillos, de elegancia de pueblo, marcaba sobre el muslo cerrado de Amparo un corazón con redondeces de pechos, boca y sexo. Él, como todos los mozos, aceptaba la espera, se resignaba a ese compás de permanente excitación, de sueños que apretaban con tenazas a su subalterno, de congojas en los despertares, cuando aquello que crecía desmesuradamente con el recuerdo de su uña sobre el muslo, resultaba tan difícil de domar. Todo ocurría por ser tan joven y esperar tanto, por eso debía levantarse al alba, vestirse deprisa con prendas ásperas e irse a desayunar al lado de la abuela, que ya había dispuesto el primer almuerzo, el del tocino frito a la lumbre de carbón, el chorizo de la matanza y un poco de picadillo que la abuela añadía por su cuenta: Anda, hombre, que todavía te falta completar las hechuras, y necesitas mantenerte fuerte para cuando te obligues a cumplir y a trabajar duro en el campo y la casa, y a criar a la prole. Si me sobra la fuerza, abuela. Bueno, bueno, pues raciónala, si lo sabré yo. Y no dejes nunca el trago de vino en la comida y el aguardiente para encima, después de haber rebañado el

plato, hijo. Lisardo salía entonces al frío del amanecer con tanta energía de más, que las vacas no podían seguirle el paso y las azuzaba con la vara mientras contemplaba su andar oscilante y perezoso, y le volvía a la mente la imagen de su novia con aquel cuerpo tan robusto, pero sin sobras, firme, de pechos grandes, ¡qué tetas, Virgen Santísima!, que aún no había accedido a enseñarle, pero le había dejado besarla en la boca, aunque no sabía por qué ella no le había consentido que le metiese la lengua a pesar de que le ofrecía los labios, un poco finos para su gusto, entreabiertos y salivosos. Las orejas pegadas, pequeñas y olorosas como setas silvestres, donde también entraba su lengua desasosegada. Los ojos de Amparo sí lo trastornaban, porque eran tan grandes que nunca podía escapar a su mirada. Todos los ángulos cubiertos, como de moneda antigua, y de un color que él intentaba encontrar en las hojas de los árboles cuando el otoño las alteraba, dándoles una intención diferente cada día, entre violento y mustio, entre tierno y pálido, entre panal y castaño. Él le decía que de lo que de verdad sentía unas ganas como para morir se era de que se casaran, para que se quedase ante él desnuda, como aquellos troncos que contemplaba, pero con la piel tan delicada como la de las terneras recién nacidas, o la de las ubres de la madre; para notar al tocarla la misma tibieza que cuando se salpicaba al ordeñar, o al tragar y tragar leche para estar más blanco y más fino, como su abuela le aconsejaba.

Amparo seguía su recorrido por el muslo, siempre el derecho, al que él pegaba el suyo sentados sobre la tapia del cementerio, cuando los trabajos con el ganado podían esperar al día siguiente y se había pasado el chorro del agua del pozo por el cuerpo y se había afeitado con los ojos puestos como podía en el trocito de espejo roto de la cocina, mientras su madre frotaba la plancha de hierro contra un papel de estraza hasta dejarla limpia, no fuera que un tizne le ensuciara la camisa de ir a cortejar. Anda, vete, y no te des esos calenturones, que es malo para la sangre, id a pasear, a la plaza del pueblo o a bailar a la romería. Cuando te cases, entonces, pero ahora, hijo, ten cuidado, que ella es una chica decente y Dios nos libre de que te dispires más de la cuenta. Pues cumpliría como un hombre, madre, no se preocupe. Amparo le decía que sí, que ya desde niña deseaba que Dios le enviase muchos hijos, como a su madre, y a Lisardo se le volvía la boca agua y aumentaba por debajo del pantalón al imaginar aquella perspectiva de lo que se hace para llegar a tantos hijos, y apretaba más la uña contra el muslo de su novia y dibujaba los corazones, uno sobre otro, montados, estrujados, clavados, hasta que Amparo le decía que no se la hincara tanto que le saltaría la sangre y le dejaría una

señal para siempre. Él la curaba entonces. Aplicaba su boca abierta de aliento tórrido sobre el laberinto de perfiles de su muslo. Ella se desprendía precipitadamente de él, de su atrevimiento, asustada por el calor que se le extendía a todo el cuerpo y le llegaba a la cara y de allí pasaba a la cabeza y al cabello. Y se reía, y entonces Lisardo la abrazaba de forma tan apretada que Amparo creía que toda la fuerza de los hombres la reunía su Lisardo, porque sus costillas se le clavaban a pesar del grosor de sus senos y de la resistencia que ofrecían, fuertes y duros. Pero llegó aquella fatídica fiesta en el pueblo, con la gran comilona, la romería, y, más tarde, cuando ya el vino había corrido tan abundante por su cuerpo que todo él olía y su aliento era pura quemazón sobre su cara, le dijo, vamos hasta el cementerio a ver si me despejo un poco, Amparo. Amparo no sabe aún qué le ocurrió a Lisardo, qué bruja le habría dado el bebedizo que lo trastornó por completo, porque, al llegar a la tapia, en lugar de sentarse encima, él le pidió que se sentaran en el suelo, y ella le dijo sí, aunque un poco asustada por el color de cieno en la cara de Lisardo, por su expresión de conjuro. Sobre la hierba, él se volvió loco. Le arrancó la ropa y la deshonoró con una cosa tan grande que no le cabía, y ni siquiera supo por dónde, del dolor que se le expandió por toda esa parte de su cuerpo. Lisardo rugía. Se convulsionaba. Amparo lloraba sin consuelo posible.

No volvieron a verse.

Había ocurrido un verano. Amparo había ido a Candás a cuidar a su prima Margarita. De niñas habían vivido casi juntas, después, Amparo, con toda su familia, se había trasladado a la capital. No se escribían porque sus conocimientos apenas daban para ello, además, era una costumbre que los pobres no habían adquirido. Amparo y sus hermanas se comunicaban con su prima a través de La Carretona, un correo humano que recogía a pie de tren los encargos que únicamente se podían realizar en la capital, ya fueran a viva voz, cartas, paquetes, documentos... Por ella les llegó la noticia de que Margarita se encontraba muy enferma, que su padre se había muerto, y que si una de ellas se podía desplazar a cuidarla. Así fue como Amparo pasó unos meses en Candás. Cuidaba a Margarita y se enamoraba de Lisardo.

«La Carretona» habría sido la encargada de transmitirles a sus hermanas que ella se quedaba en el pueblo, que se prepararan porque se barruntaba boda. En lugar de eso, Amparo se presentó en casa de sopetón y con el semblante oprimido, lo que extrañó a sus hermanas, pero ella dijo: Nada, no me pasa nada, y tampoco ha pasado nada con Margarita. Ya está mejor. No me necesita. Y si alguien pregunta por mí le decís que me he muerto. Sus hermanas

intentaron saber, le preguntaron, pero ella cortó los incipientes interrogatorios al instante, así que no insistieron.

Matilde dijo Dios aprieta pero no ahoga, y esperó. Irene sufrió mucho por no poder conocer el porqué y más adelante el detalle. Custodia ni se enteró.

Desde entonces percibieron en Amparo una actitud más irónica que de costumbre hacia los hombres. Ella argumentaba que, con los ejemplos que cundían, mejor sola. Mucho mejor. Sin comparación.

Pero de vez en cuando conseguía aislar la parte podrida. Entonces, se ensimismaba.

Sus hermanas nunca se atrevieron a investigar aquellos estados. Las especulaciones se licuaban como lava intravenosa, pero jamás se arriesgaron a preguntar.

Ahora, Antonio se le atravesaba en sus ensimismamientos. Entre ella y Lisardo, se interponía su hermano. Pero los recuerdos no le llegaban tan limpios, tan feroces. Y Antonio lloraba. Y veía a su hermano joven, a su hermano anciano, a su hermano niño. Cuando su madre le decía: Anda, Amparito, hija, ve a buscar a Antoñito, que es la hora de comer, y a este niño, ¡Jesús!, nunca le muerde el hambre, a ver dónde aparece hoy. Y ella lo encontraba dormido dentro del capazo de la ropa para planchar, en el cesto de la leña, abrazado al perro de lanas.

Antonio, no llores, Antonio.

A Amparo le constaba que la envoltura de los años la habían fabricado con papel falso. Las letras se iban cayendo, las palabras se deshacían, y sin nombre, no hay persona.

—Tía Amparo, el muslo te sangra.

A Custodia se le paralizó la mano sobre el lomo de la gata.

Amparo y Matilde estrellaron su miedo contra la esfera del reloj de pared. Las nueve de la noche.

Irene se puso la mano en el pecho, sujetándoselo. Abrió la boca. No dijo nada.

—¡Por Dios! ¿Quién puede ser a estas horas de la noche?

Custodia se ofreció:

—¿Queréis que mire? ¿Pregunto?

—Quietas. Yo voy.

Matilde se dirigió a la puerta. La llamada, violenta e impertinente, se repetía mientras recorría el pasillo. Al pararse ante la puerta, una voz dura, de hombre, preguntó: ¿Vive aquí Irene Martínez?

—Sí, aquí es, pero ¿qué..., quién es usted?

—Abra la puerta. Le traigo una carta.

Matilde descorrió el cerrojo y entreabrió apenas una rendija, sacó la mano y le dijo:

—Démela, soy su hermana.

—No, señora, se la tengo que entregar personalmente. Que se presente.

Él mismo empujó la puerta y pasó al recibidor. Cerró tras de sí. Llevaba uniforme de falangista, con algún adorno de más. No se quitó la gorra. Se midió con Matilde. Se estiró un poco y quedó a su altura. Bien afeitado y una sonrisa fijada con el sello jactancioso de la seguridad.

—Que venga ella sola.

—Espere un momento.

Matilde inició el recorrido de vuelta por el pasillo para decírselo a Irene, pero ella y Amparo habían escuchado la conversación mudas y medrosas. Matilde le hizo una seña para tranquilizarla y le susurró: No es nada. Una carta, Irene, una carta, remarcó. Irene rechazó con un golpe de cabeza las noticias sobre las llamadas en plena noche. Sí, sí, se trataba de una carta, así que, serenidad, Irene, una carta. De manera instintiva se desató el cinturón de la bata y se lo ató de nuevo más ajustado. Buscó y encontró al tacto el imperdible prendido en el sostén lleno de medallas minúsculas de todas las vírgenes y santos de su devoción. Respiró al sentirse protegida. Se quitó los lentes. Se sacudió la melena. Llegó ante él. Le dijo, usted dirá.

Él no le contestó. La miró con descaro. Le entregó la carta.

—¿Nada más que esto? —le preguntó Irene.

—Sí. Léala y devuélvame la.

Rasgó el sobre marrón. Se le cayó al suelo la parte del yugo y las flechas. Sacó los lentes del bolsillo de la bata. El papel era muy blanco y no llevaba membrete.

Leyó su nombre. Empezó a temblar.

«Tengo información sobre su hermano y poder para intervenir algo, o mucho, en su favor. O nada. Depende. Pero únicamente se la daré a usted en persona. Está preparada para que cualquier día que yo designe la recoja un coche entre las nueve y las diez de la noche y la traiga ante mí. SOLA».

Se la quitó de las manos. Irene retrocedió contra la pared. Él abrió la puerta y se fue.

Y a continuación:

Los gritos ahogados, las carreras para encerrarse en el cuarto interior de la casa, distante de puertas y ventanas. Las cortinas, corre las cortinas, Amparo. Las llamadas a Custodia. La tila, mujer. Los no grites, por Dios, Irene, cálmate, intenta tranquilizarte. He visto a la bruja del cuarto tercera al acecho. No, ahora no pienses en lo que decía la carta, reposa un momento, serénate, y luego, luego. Y no te preocupes, estamos juntas para afrontar lo que sea. Los abrazos, ellas, que no se tocaban nunca. Tila. Más Agua del Carmen. Te estás arañando la cara, el cuello. Dios no nos va a abandonar ahora. Y ya nos contarás lo de Antonio, pero primero eres tú. No grites, por lo que más quieras. Custodia, prepara manzanilla para aplicarle compresas en los ojos. Se le pondrán perdidos.

Y después:

Los silencios.

Las cuatro. Con la vista puesta en un punto encasquillado.

Los miedos ocultos de cada una.

Las noches. Bolas de nieve negra. ¿Vive aquí...?, y se lo llevaban a la tapia del cementerio y se le convertía en mierda, y se le enterraba en la bola negra de la tierra sin bendecir, y la bola negra de las lágrimas era un veneno de tan alta condensación que quemaba el lagrimal, deshacía lo blanco de los ojos y solo quedaba la bola negra.

Y de pronto un grito.

Ahogado.

—¡Sola cómo voy a defenderme! No respondo de mí. Saldré despavorida o perderé el conocimiento o empezaré a pegarle puñetazos como intente

tocarme. Yo qué sé cómo voy a reaccionar. ¡No respondo! ¡No respondo!

—Mujer, a lo mejor no intenta nada de eso.

—¡¿Que no qué?!

—Matilde, la alarma de Irene está más que justificada. Es muy sospechoso que quiera verla por la noche, sin decir dónde, ni quién, porque no firmaba, ¿verdad, Irene? Y que además le envíe un coche.

—Nunca hay nombres en estas cosas oscuras, Amparo.

—A una mujer decente jamás se le propondría nada parecido. ¡Qué desvergüenza, Dios mío!

—Sí, qué forma tan desalmada de recibir las primeras noticias de Antonio..., pero por otra parte, se deduce que Antonio está en un lugar concreto del cual él tiene el control y está dispuesto a ayudarlo, decía. ¿Verdad?

—Sí, lo decía, pero con qué garantías, ¿Matilde?

—Con ninguna. Lo quiere negociar a cambio de esa cita con Irene. Todo queda en manos de Irene.

—¡Cómo que en mis manos! ¡Cómo te atreves a decidir por mí!

—Cálmate, Irene, pero temo que con la oferta de la ayuda venga encubierta una amenaza. ¿Qué le podría ocurrir a Antonio si no aceptas?

—¿Me responsabilizas y me pides que me calme? Pero ¿qué pretendéis? ¿Hacerme chantaje vosotras también? ¿Y a mí? ¿Qué me ocurrirá a mí? ¡A mí! ¡A mí!

—Matilde, deja en paz a Irene. Déjala tranquila. ¡Pobre Irene!

Por un instante el silencio llenó todos los huecos de la galería y se depositó sobre ellas como si fuera un gas pesado. Se oyó el murmullo de los rezos de Custodia pasando sus dedos sobre el rosario, aparte, en la cocina, sentada sobre el cajón. Irene retorció el dobladillo de la bata, se pasaba las manos por las piernas arriba y abajo, se frotaba los tobillos, luego los brazos. Se ceñía una y otra vez la bata sobre el pecho. Sentía frío y Amparo le puso una chaqueta de lana sobre los hombros. Matilde quiso mirar a lo lejos, pero era de noche y tropezó con los cristales de las ventanas. Amparo fruncía ligeramente los labios, un gesto que repetía a menudo y del que no era consciente.

Antonio. Posibles noticias de Antonio.

Creo que deberíamos irnos a la cama, sugirió Amparo, al darse cuenta de que la tila de las taza se había terminado. Cuando comprobó que el Agua del Carmen había logrado calmar a Irene lo suficiente como para dejarlo todo en

suspenseo durante unas horas. Matilde añadió, seguiremos mañana, si os parece. S.

Amparo arrastraba un recuerdo cogido por debajo de los brazos que dejaba una huella de sudor oscuro en el suelo. Se met en la cama. Miró al techo. Al cuarto llegaba un arañazo de luz oblicuo. Un sonido en serie, perezoso y acompasado, y la imagen: Antonio, repetido mil veces en un recortable de papel de periódico unido por las manos.

Amparo lloró. Perdona, Antonio. Ni siquiera hemos podido alegrarnos al saber que ests vivo.

Matilde sujetaba con rabia un pensamiento dañino para el que debía encontrar solución, a ser posible, antes de que sus hermanas repararan en ello: el qué dirán. Matilde notaba que un puño le oprimía la nuca al pensar en las consecuencias que tendría para todas el que alguien viese a Irene subir o bajar de un coche, o a través de las ventanillas durante el trayecto. Las normas sobre la moral eran exigidas e impuestas y se inculcaban en todos los ambientes bajo la amenaza del infierno, del aislamiento social, del desprecio, y hasta de la cárcel si se infringían. Y un coche era un lugar para los muy ricos, para los que mandaban, o para pecar. Debían evitarlo desde el primer momento porque una vez lanzada la murmuración era imposible pararla. Por si no fuese suficiente, pesaba sobre ellas la condición de ser mujeres, que llevaba implícito el mal, les habían asegurado últimamente las personas entendidas.

Matilde no dejaba un resquicio libre por el que se le pudiera colar otro pensamiento que no fuera el que en aquel momento la obsesionaba: una salida que les permitiera conservar la dignidad exigida a las mujeres decentes para poder seguir viviendo con la cabeza bien alta. Eso de ninguna manera lo podemos poner en peligro, aseguró Matilde para sí con la fuerza de su cólera intacta.

Se arrop bien en la cama, se puso de lado y cerró los ojos. Los rezos para más adelante, se dijo. Al cabo de un buen rato de cavilar se le ocurrió una estrategia que consideró casi perfecta: difundir ellas que una coronela iba a casar a su hija por poderes y no le permitan salir de casa, así que Irene se veía obligada a ir a la suya para recibir instrucciones sobre el ajuar. Se le había rogado que mantuviera en secreto la identidad de la familia y que, como era muy ostentosa, recogían a Irene en su coche a cualquier hora, a capricho de la novia. Custodia lo propagaría en los puestos del Fontán y ellas entre el vecindario. Podían desconfiar de esa historia, pero era lo de menos, porque esa norma s funcionaba: mentir. Lo creyeran o no.

Lo trataría con Amparo. A Irene se lo evitarían mientras fuera razonable hacerlo. No se sintió miserable por dar preferencia a evitar a toda costa las murmuraciones, en lugar de pensar en Irene. Porque lo suyo se resolvería sin problemas graves, estaba segura. Y Antonio en casa.

Con esas ideas en la cabeza podía intentar dormir.

Irene se removía en la cama sin ser capaz de conciliar el sueño. Sentía en su cuerpo la misma sensación que cuando la invadieron los piojos, con la diferencia de que ahora no se la podía quitar de encima con un baño caliente. La cita, la noche, un automóvil, un hombre. Un hombre: ¿un monstruo, un asesino, un sádico?, o un cerdo, sin más. Un hombre. Y las dos palabras se le pegaban al paladar como si comulgara con hostias de serrín.

Una vez más volvió a traer la carta a la memoria. ¿Se le había olvidado algo? ¿La recordaba mal y eso la inducía a interpretarla con peor intención de la que realmente contenía? Matilde había insistido en inculcarle la idea de que tal vez la persona en cuestión estuviera dispuesta a ayudar pero en la sombra, sin significarse, para no correr el riesgo de que la reconocieran. Pero sin ninguna otra mira. Ella sabía que pasaban cosas muy extrañas, lo que en lugar de tranquilizarla le creaba una gran incertidumbre. Presumía de conocer muy bien a los hombres, desconfiaba de ellos, y en las últimas horas se habían confirmado sus peores predicciones. Lo menos malo que entraba en sus cálculos era que tal vez quisiera jugar con ella, que supiera que eran cuatro mujeres solas y por lo tanto víctimas fáciles, pero ¿por qué con ella y no con otra de sus hermanas? Seguro que escondía algo sucio, seguro que la había escogido porque la conocía, y a saber qué pretendería. Lo que... ¡Mierda! ¡Dios!

Volvió a memorizar la carta: El papel blanco, muy blanco, la tinta muy negra. Y de pronto una letra. Una ese. Cuando le exigía que fuera SOLA. Aquella única palabra escrita en filigrana, con una ese mucho más grande que las otras letras mayúsculas. Casi en posición horizontal, anillada sobre sí. Curvas como pequeños senos por las que había pasado muchas veces la pluma, para engrosar, afinar el perfil, rematarlo y destacar el pequeño puntito que la particularizaba, como un pezón minúsculo en cada una de las dos curvas. Anchas y de cintura fina. Una ese que absorbía el resto de la palabra, que envolvía las letras, sometiéndolas. Aquella ese.

Un grupo suelto de colonias de la memoria vagaba por la cabeza de Irene dando bandazos. Se iban, regresaban para dejar un huevo, desaparecían por el

oído izquierdo. Con gran esfuerzo logró retener la colonia y apareció la imagen: una ese exacta. Casi exacta.

Una ese como firma de otra carta recibida años atrás, sin remite, una carta perfectamente redactada de letras sin borrones, asentadas sobre los renglones; sensual y perezosa, descansando sobre las mismas redondeces de pechos, pero sin pezones, sin pecados, la ese inocente y antigua, la letra que ella había trasladado a sus cuadernos de iniciales para bordar sobre pañuelos, sábanas, una letra perfecta y solitaria, independiente de las otras letras. Todo el esmero concentrado en aquella ese. Una carta de amor, blanda, de niño, parecía, de adolescente limpio, parecía, de hombre bueno, parecía, que había guardado durante mucho tiempo por si algún día identificaba a su emisario. Al fin, seca y amarilla, acabó por tirarla. Pero sí, hablaba de su amor por ella cuando la observaba jugando en la calle y los vestidos se le levantaban por saltar a la comba con tanto ímpetu, sobre todo aquel verde intenso con flores moradas; cuando cantaba con sus cuerdas templadas todo el cancionero de moda, cuando sudaba y se secaba la cara con el borde del vestido, cuando chupaba un caramelo con sus amigas, que pasaba de boca en boca, de jugo en jugo, de secreto en secreto. Él le decía que se contentaba con mirarla tras los visillos de la ventana cerrada, mientras dibujaba círculos de humo azulado, sentado sobre un par de almohadones.

El niño de blancura de niño muerto. El niño de las toses de color cereza. Con sus piernas de mentira, con su saliva caliente que le resbalaba por la barbilla, y el vaho de sus deseos que dejaba una mancha en el cristal. El niño al que su madre colocaba una manta sobre los hombros que le llegaba a los pies, al que consolaba con la promesa de que cuando sanase también bajaría a jugar. Pero él ya había adivinado que para entonces ella ya no jugaría en la calle. Observaba cómo sus risas iban dibujando el nuevo perfil de su cara, cómo sus pechos empezaban a crecer y él miraba los de su madre para ver si se le parecían; pero donde a su madre le sobresalía una balastrada, a ella se le marcaban dos pequeños bultitos con una llave para darles cuerda, y unas piernas largas, delgadas y sueltas, de marioneta de postín. Y siempre la oía reír; por la mañana, durante la siesta, después de la siesta, a la hora de la onza de chocolate, pan y plátano, a la hora en la que su mamá rezaba el rosario a su lado mientras lo encomendaba a san Cirilo, a quien su madre profesaba una devoción fuera de lo común.

De pronto a ella y se le olvidaron los juegos de niña y dejó de salir a la calle. No supo que él la seguía esperando cada tarde, cada minuto. Y el día

que al fin la volvió a ver, a la vez se vio a sí mismo como presa de un encantamiento; sus manos, su cara, su cuerpo, todo su volumen no abultaba más que un fardo vacío, mientras que ella se había convertido en una mujer.

Él tampoco supo que, ya entonces, ella había aceptado el destino idóneo para todas las mujeres sin excepción: casarse. Irene había aprendido que la vida no era otra cosa, así que, llegado el momento, se consagró a la tarea de conquistar al hombre más guapo de Oviedo.

Irene había perdido la cuenta de las veces que las campanadas habían sonado en el reloj de la academia, pero lo cierto era que llevaba mucho tiempo en la cama sin dormirse.

Eses, como sogas.

Respiró desde las honduras.

Y le subió a los ojos una sensación de ternura y pena de sí misma al haber recobrado aquella parte de su pasado.

Luego, la guerra.

La guerra la había dejado sin inocencia y su hermana Matilde la acusaba de haber cambiado para mal. Como si a ella se le pudiera responsabilizar de algo. Por suerte la guerra no la había dañado demasiado, salvo por su hermano, y ahora por él... le sacudió un acceso de rabia contra Matilde. Su hermana la tachaba de egoísta y ella no sabía por qué, si no hacía nada, si no pensaba en nada, qué pecado había en querer divertirse un poco y luego claudicar, como todas. Qué mal había en eso. Además, también a ella le daban mucha pena los pobres que llamaban a la puerta de casa, con un repiqueteo tenue del picaporte, o a veces con la mano, como si el gesto de llamar a una puerta pudiera juzgarse como un atrevimiento desmedido, y se sentaban en el descansillo de la escalera a esperar. Si hubiera algo de comida..., acabo de salir de la cárcel, decían en un susurro, pero eran tantos, y ella no tenía más que un poco de dinero. Guardaba algunos céntimos por si en alguna ocasión se viera en la necesidad de pagar sus gastos de bar. No había ocurrido nunca, pero por si acaso. Era la situación en la que Matilde más la reñía, y le soltaba la perorata de que su hermano podía verse en las mismas circunstancias, sabía Dios dónde, que había que repartir lo poco que se tenía, que ellas eran afortunadas con un techo sobre sus cabezas y comida, aunque fuera tan escasa, y le exigía que antes de decirles que no había nada, mirase en todos los potes, en la alacena, en el horno, en la chapa de la cocina, en la fardela del pan. Entonces Irene lloraba y le aseguraba a Matilde que la pena la ahogaba; muchísima pena, que de tanta pena, ni siquiera se veía capaz de abrirles la

puerta, y que no sabía por qué reaccionaba poniéndose a cantar para que se le olvidara todo, y que lo lograba. Qué poca cabeza, Irene, por Dios. Y por qué pensaba en aquel momento en todas esas tonterías, cuando en su vida se había presentado aquella coyuntura tan extrema, tan terrible. Ella, que quería pasar desapercibida para los conflictos, que se conformaba con tan poco: no sufrir y casarse. ¿Era tanto?

Irene contó el tercer recorrido de Custodia por el pasillo hasta el váter. Demasiada tila. Y total a ella...

Custodia, al volver a la habitación, pidió a su Ángel que la ayudara a conciliar el sueño, que lo que le podía pasar a su hermana se le había incrustado en el estómago, y como no se le deshacía, no podía dormir. Y que con Engracia ya lo saldaría.

Amelia sentía el desasosiego que se respiraba en la casa, pero no sabía qué preguntar y soltaba frases tontas. Sus tías no la entendían, así que cada una le decía algo para quitársela de encima. Deambulaba tropezando con todo y sin soltar los dos lápices de colores que apretaba entre los dientes; un resto en rojo y azul de una alumna de Matilde, y otro verde, entero, regalo de Amparo. Varios trozos de papel. En el de estraza no podía dibujar porque no se distinguían apenas los colores y se lo devolvió a Custodia, y el de seda de la academia se le rompía por la firmeza de sus trazos, así que no le quedaban más que dos hojas amarillentas de una libreta que Amparo había encontrado en la estantería del cuarto de los trastos. Sujeta con cuerdas, combada por el peso de periódicos viejos, revistas y sobrantes diversos, Amparo defendía su existencia con el argumento de que guardar lo que fuera siempre la sacaba de apuros.

—¿Cómo se dibuja un hombre malo?

—Pues como los demonios de las estampas. Pintas el que te parezca más feo, y ya está.

—Pero los novios no son como demonios, son como hombres, pero malos, y yo quiero dibujar un novio malo.

—Los novios son buenos y siempre quieren a las chicas. Dibújalo guapo, como un príncipe.

—No. Son malos.

—Ay, Amelita, que me sacas de mis casillas, anda, dibújalo como quieras y quédate tranquilita en el cuarto de baño que los mayores tenemos que hablar.

—No quiero irme. Quiero escuchar.

—No, las niñas no pueden.

—Pues mi mamá me dejaba, y en cuanto venga mi papá escucharé siempre.

Amparo ya no siguió la conversación con Amelia, simplemente le abrió la puerta del cuarto de baño y le dijo, pasa.

—Bueno, pues dame la muñeca y la caja de zapatos.

—¿Cómo se pide?

—Por favor.

Amparo agotó la poca paciencia de que disponía para Amelia en aquel momento. Irene necesitaba que la escuchase y ya la había llamado dos veces. Y Matilde quería comunicarles ciertas sospechas.

—Sí, ya, inofensivo, oyó que decía Irene. No puedo soportar que intentes tranquilizarme con argumentos idiotas, sin ninguna base. Cerdo. Pensando en

él me ha salido un sarpullido por todo el pecho. Mira, mira cómo se me ha puesto. Qué rabia, qué odio, qué desesperación. ¿Dónde me llevará? ¿Qué pretenderá hacer conmigo? ¿A qué santo me encomiendo?

—Le he dado vueltas y más vueltas, Irene. Y por el dato ese de la inicial del nombre de Saúl, creo que puede tratarse del hijo de doña Manuela, que, si recordáis, su marido y su padre eran militares y vivieron unos años en el quince, en el primer piso, encima de la guarnicionería. Después desaparecieron, pero ahora viven aquí otra vez.

—Pero eso es una insignificancia. La coincidencia de esas letras, por muy singulares que sean, no sé, podría reducirse a solo eso, a una coincidencia. Son muy pocos indicios, ¿cómo has ido a parar a ello?

—El instinto y poco más.

—¿Cómo sabes que viven otra vez aquí?

—Me encontré con Encarnita en el puesto de la rifa benéfica y, como por casualidad, le dije que me parecía haber visto a Saulín y me contestó que sí, que habían vuelto. Que Saulín, ahora convertido en don Saúl, ostenta un cargo importante del Régimen a pesar de su juventud, pero que pasa temporadas en un hospital, aunque aseguran que ha superado la tisis. Me dijo al oído que se comenta que va maquillado para disimular la palidez. Creo que se trata de él, si os fijáis, concurren varias cosas. Forzosamente debió de vivir en nuestra calle. Como es tan corta, pronto hice recuento y comprobé los cambios de inquilinos. Se ajusta. Los únicos que se mudaron fueron los panaderos, que regresaron al pueblo después de morir Miguel, el hijo pequeño. Tere, la planchadora, que se quedó viuda y se fue a vivir a Alicante con una hermana, y Araceli, la camisera, que perdió la vista y también volvió al pueblo. Descartados todos, no queda más que esa familia. Entonces todavía vivía el padre de Saúl, un militarón tosco y alto, con una nariz tremenda, os acordaréis, supongo, aunque eran un poco huraños y apenas salían de casa. Luego, al enviudar ella, se marcharon sin despedirse de ningún vecino de la calle. No sé. Quizá nos asista la suerte y se trate de un capricho que arrastra desde la infancia y que ahora se ve con la posibilidad de satisfacer. Creo que aunque sea un aprovechado indecente, el recuerdo de esa época le inducirá a no portarse como un desalmado contigo. Si es él, claro. Me tranquilizaría en parte.

—Sí, tranquilizar..., fíate de los caprichosos y de los lisiados, que por más que quieran no les funciona la cosa, cualquiera sabe las guarradas que les

gustan. Con lo asquerosos, lo cerdos que son los hombres, y encima, tísico, qué asco, por Dios, ¡qué asco!

—¡Irene!

—¿Remilgos, Matilde? ¡Asco!, ¡asco!, sí. Y en cuanto al cargo y al mote con el que según Encarnita lo apodan, no es como para confiar en encontrarse a una buena persona.

—Irene, no lo nombres, que las paredes oyen.

—A mí qué me importa ya todo, si me convertiré en una perdida, si no podré mirar a nadie a la cara. ¡Morirme! Es lo mejor que me podría ocurrir.

—No digas disparates, Irene, y deja de llorar. Esta noche le pediremos consejo al padre Mariano.

—Ya te dije que ayer me recibió un momento y que en cuanto empecé a contárselo me despidió a toda prisa. No disponía de tiempo, me soltó sin ninguna consideración. Me envió a hablarle a no sé qué padre, pero ya no le hice caso. Llorar, era lo único que me salía del cuerpo, llorar a moco tendido.

—¿Que no te hizo caso, Irene? Pues hoy volveremos. Y nos va a escuchar.

—¿Y le decimos quién me plantea la situación?

—El que sospechamos.

—¿Saúl...?, solo tenemos la ese. No podemos asegurarlo.

—Sí, Irene, podemos. Pero lo explicaremos a media lengua, que es como mejor lo entienden los curas.

—O por el mote.

—El Inquisidor.

Por la mañana abrían las horas y las desinfectaban, las frotaban con el estropajo de esparto, con arena y lejía, luego pasaban los paños del polvo, dejaban que entrase el aire de la calle, un lustre inclemente directo desde el monte Naranco. Amparo empezaba con una canción de Estrellita Castro. Irene no se unió a ella hasta la tercera mañana. Resistió, se lavó el cuerpo más a fondo que nunca; los piojos, los piojos. Matilde le regaló un lápiz de labios y en la tarde del tercer día lo estrenó.

Pablo le había enviado aquella misma mañana una nota en la que se interesaba por su salud, y que si el malestar se le había pasado y podía salir. El niño que le subió la nota a casa tendría unos seis años y esperaba por la propina. Irene le preguntó si el señor que le encomendara el mandado no le había dado nada y él dijo que no. Irene sabía que sí, pero en aquel momento Matilde oyó la conversación y le dijo a Irene: Yo tengo a mano una perrina, toma, dásela.

Irene se encerró en el cuarto de baño. Al cabo de unos minutos, Amparo la oyó canturrear. Dio gracias a Dios, por el carácter de su hermana, porque su inconsciencia se convertía en aquellas circunstancias en su mejor defensa. Salió resplandeciente.

Todo lo que una mujer soltera consideraba un buen partido lo reunía Pablo. Guapo, vestido con trajes cruzados, camisa blanca y sombrero. ¡Ay, qué guapos están los hombres con ese atuendo! Educado, con el porvenir de un viajante de comercio de artículos codiciados y residencia en San Sebastián.

Como todos los anteriores, loco por Irene.

Matilde respiró tranquila al oírla bajar la escalera con su taconeo habitual. A continuación, su cabeza empezó a maquinarse.

Amparo encontró mayor holgura a la hora de soltar sus ayes.

Merendaron silenciosas y con apetito.

Custodia les servía, además de cumplir con sus quehaceres, para prepararles la tila. Después, se retiraba como siempre al cajón de la cocina con *Mili* sentada sobre su regazo, mientras le pasaba alternativamente sus manos sobre el lomo.

Otra vez está mudando el pelo, comprobó Custodia al mirarse la mano. Recordó la bola que se le había formado en la otra muda y que casi la ahoga, pero estaría pendiente y hasta se la sacaría de la boca si corriera peligro. Ahora debía alimentarla mejor para que el pelo le saliera fuerte y reluciente, para que cuando se ovillara bajo el sol en el repecho de la ventana, se le viera hermoso, lleno de vida; *Mili*, bajo ese calorcillo, desperezándose y lavándose con su lengua de ablandar piedras sin dejar ni un rincón de su cuerpo por repasar, como una avariciosa del brillo.

Custodia intentaría comprar al menos un chicharro para cada una. De esa forma *Mili* podría disfrutar de un banquete de espinas y cabezas, aunque Irene protestaba porque decía que se quedaba con hambre, que prefería una patata o un trozo más grande de pan, pero Matilde opinaba que era más nutritivo y que se apretara otro poco el cinturón de la bata, que el hambre se estrangulaba de esa manera y que ya lo sabían todas de sobra.

Sí, Custodia se preocupaba mucho por Irene, seguro que tanto como sus hermanas, aunque estas creyeran que lo único que le importaba era la gata. Se parapetaban tras el argumento de que no quería a nadie, que era una descastada y que se aislaba, que era muy rara. Custodia se dejaba chupar los botones de la blusa por *Mili*, mientras pensaba en su hermana Irene, y la seguía acariciando cuando la gata le mamaba la solapa de la blusa hasta dejarla chorreando. Custodia podía imaginar el terror de Irene. Seguro que no sabía cómo era un hombre desnudo, ni lo que trajinaban, ni cómo lo trajinaban, porque a pesar de que la volvían loca, los deseos de Irene iban directos a dejarse cortejar, agasajar, invitar, a que la obsequiaran con algún detallito de los especiales para las mujeres, aunque Irene llevaba cuidado porque Matilde la reñía. Era un poco alocada, pero con toda certeza no había pasado nunca de eso. El aliento caliente de *Mili* le traspasaba la bata, la enagua, las bragas, le quemaba el ombligo...

Custodia tampoco conocía el cuerpo desnudo de un hombre, ni la forma, la medida, el grosor de aquello tan diferente de las mujeres. Se había fijado en el bulto, a veces tan sobresaliente del pantalón, pero jamás se había preocupado de lo que ocurría debajo, se moriría sin saberlo, pero para lo que le

importaba... Ella, tampoco se había interesado por conocer cómo era lo de las chicas, un poquito al tacto, pero nada más. Sin embargo, a ella y a las otras niñas, las había tentado observar a los chicos a hurtadillas cuando al salir de la escuela se colocaban en fila para orinar contra la pared a ver quién llegaba más alto, y provocar a las niñas para que los miraran. Pero no se imaginaba en qué se transformaban de mayores, ni por qué se volvían locos e incluso llegaban a matar. Custodia recordó los ejercicios espirituales de unos años atrás. A ella no le gustaban los bancos abarrotados y se colocaba de pie cerca de una de las grandes columnas de piedra. Poco a poco la iglesia se llenaba hasta no quedar un solo hueco libre. El sermón comenzaba. A los pocos minutos percibía a alguien detrás de ella, muy cerca, tan cerca que el calor que desprendía le penetraba a través del paño del abrigo. Arengas del padre. Silencio entre los fieles. Al cabo de unos instantes le llegaba por la espalda el sonido de una respiración en aumento, en accesos, como si bajase y subiese una escalera a toda prisa. Tal vez padeciera asma, o uno de esos catarros tan difíciles de curar, el caso es que la respiración agitada duraba un rato, luego parecía calmarse. En más de una ocasión ella sintió la necesidad de alejarse un poco porque le angustiaba aquella cercanía, pero con la iglesia tan llena resultaba imposible, y aunque alguna vez se giró disimuladamente, la oscuridad del lugar no le permitió descubrir a ningún sospechoso en concreto, solo gente, hombres y mujeres piadosos concentrados en las palabras del padre, que arreciaba contra el pecado, sobre todo contra el de la carne. Debía de tratarse de un hombre profundamente religioso al que las arengas del sacerdote desasosegaban y afligían al comienzo, para luego confortarlo con la promesa del perdón y el cielo. No, nada más, demasiada gente, y demasiados cuerpos que se apretujaban unos contra los otros. El padre Arturo, que convocaba más feligreses que nadie.

¿Y por qué me he acordado de esto ahora, *Mili*? Bueno, qué importa. Me siento apenada por Irene. En cuanto reúna la peseta que me cobra Engracia, iré corriendo a que me lea las cartas. Un corte de amiga, como dice ella, y que prepare algo especial. Irene necesita ayuda, y Engracia es tan lista y tiene tanto poder. No podré sisar los diez céntimos para el cupón de la rifa.

Mili, gandula, no duermas más.

Un hombre. Necesitaban, al menos, un hombre en la familia, mejor dos, pero diferente al que debían ayudar a salir de la cárcel. Matilde se vería obligada a cederle a su hermano el mando de aquella familia de mujeres, aumentada por la presencia de Amelita, pero sabía, estaba segura, de que su hermano no aceptaría. Se moriría de miedo. Él siempre le había mostrado su admiración por lo dispuesta, inteligente y decidida que era y que las aptitudes de ella para organizar la casa y a todos ellos superaba con creces a muchos hombres, así que con él, no podría contar.

De todas formas la guerra había forzado un reajuste casi automático. Matilde no hizo sino retomar lo que quedaba.

Los ingresos de Irene y Amparo no cubrían sus propios gastos y Custodia no producía, así que, Matilde se vio obligada a poner las ganancias de la academia al servicio de todas. Reunía el dinero y repartía en sobres, hechos por ella misma con el papel sobrante de la academia, la cantidad imprescindible para cada partida; comida, carbón y algún retal de tela para seguir con una apariencia aceptable. No le alcanzaba para nada más. Cada mañana, Custodia recogía de encima del armario de la cocina el dinero que Matilde le dejaba para la comida. Con las cinco pesetas y los cupones de racionamiento, Custodia lo resolvía, según ella, milagrosamente, según sus hermanas, con desastres diarios.

En Matilde ganaba forma la sospecha de que los hombres no arreglaban ninguna cuestión familiar importante, pero los consideraba insustituibles; un envoltorio, un parapeto, un forillo, pero un hombre.

Proyectaba casar primero a Irene. Aprovechar el entusiasmo de Pablo y la debilidad de su hermana. Forzarla un poquito, cogerla desprevenida. Con el nuevo acoplamiento podrían reducir el gasto y repartírselo con ella. Le exigiría a Irene que se encargase de Amparo, y ella podría casarse con Buenaventura y llevarse a Custodia. Para que nos ayude, Buenaventura, ya verás, si es una infeliz que ni siquiera habla, y es mi hermana. Se sentía satisfecha con esa planificación. Quedaba pendiente el ponerla en marcha. Faltaba Amelita. Su padre saldría de la situación en la que estuviese, aunque aún no supieran cuál, y entonces ya hablarían. Mientras tanto, ella se haría cargo de la niña. Seguro que Buenaventura se dejaba conquistar con facilidad.

Ni siquiera les había mencionado a sus hermanas la posibilidad de casarse porque quería que todo saliera según el plan trazado, para que no se alarmaran, para no descomponer el grupo. Ella no debía casarse antes. Pero la

oportunidad que se le ofrecía ahora podía ser única y última. Buenaventura, ¿la esperaba si le explicaba que todavía no era posible? Qué zozobra, por Dios. Necesitaba ganar un poco de tiempo. Matilde le había susurrado, no nos precipitemos, no hay prisa, debo pensar. No pienses, Matilde, si en su momento te hubieras decidido, yo no me habría casado con otra. Ahora volvemos a disfrutar de una segunda oportunidad, no tienes la suerte. Te convertiré en la más feliz de las mujeres. Te quiero, Matilde, no dejé de pensar en ti durante mis años de matrimonio, no, no es que no quisiera a mi mujer y a mi hijo, no.

Para Matilde, él era como una fotografía de la incertidumbre, como un paisaje atravesado por una mira telescópica.

Matilde deseaba dejar de representar el papel de hombre de la casa y pasar al de mujer-esposa, con apellido añadido, que le preguntaran, ¿señora de quién?, para poder deletrearlo despacio, masticar las sílabas y acoplarlas a su nuevo nombre, al nuevo estado con el que todas soñaban. Matilde conocía poco más que la piel tersa de la cara de Buenaventura y la de sus manos, también suaves, con un poco de vello negro en la parte exterior del dorso; el respirar le llegaba de tan hondo, que en su avidez al subirle por la garganta se le rompía en quejidos que se le estrellaban contra la cara, contra la palma de las manos. Él, fornido y delgado, tan correcto siempre, con el traje militar, los galones y las estrellas, elegante y atractivo, con la gorra de plato, los guantes blancos, y tan ceñido todo él, que Matilde pensaba que por eso le subía el quejido, no encontraba sitio el aire entre pecho y telas, entre cruces y corazón, entre músculos y deseos. Las cejas muy negras, al igual que el bigote. Finamente recortado. Un hombre. Pero militar, lo que había suscitado discusiones con sus hermanas, quejas discretas de Amparo: me duele que aceptes a un militar, Matilde, aunque si a ti te parece bien, es tu vida. Las impertinencias de Irene: mucha promesa de que ni un caqui más en la familia, pero ante una propuesta de matrimonio, cómo claudicamos, ¿eh, hermana?

Esta vez no pensaba consentirle a Irene ni siquiera que opinase. El rechazo a los militares se les había agudizado a todas durante y después de la guerra, pero ella sabía que él era diferente. Lo defendería con todo su coraje. Es un militar de carrera, y sé que no le llenan del todo ciertas cosas, pero qué remedio le tocó. Una guerra entre hermanos es lo último que él deseaba, me lo dijo, pero qué querías que hiciera, ¿que desertara, que se enfrentara él solo a los mandos, que se condujera directo al deshonor, al consejo de guerra? Es bueno, lo sé, y no permito que me acuses de esa manera tan despiadada.

Además, las mujeres no debemos entrometernos en el terreno de los hombres. Sobre todo, si son importantes.

¡Y qué, si me quiero casar! Como tú, como todas. ¡Sí!

La escena, aunque únicamente se desarrollaba en su cabeza, casi le provoca el llanto. Nada ni nadie iba a obligarla a desistir.

Su hombre. Por fin. Gracias, Dios mío.

Aquellas manos pálidas y tersas, de estuche con fondo de terciopelo donde se guarda ese recuerdo cursi del primer novio, el tono de voz, el gesto. Lo que conocía de él le parecía perfecto, y lo que se imaginaba, también. Aunque el imperativo de sus padres para el matrimonio era el de un hombre honrado y trabajador, a ella le embelesaba la finura de su hombre. Después de tantos años enamorada, resignada y escondida tras el silencio de quien ya no espera, había vuelto a notar el eco en el estómago, el hervidero, y el brillo de los ojos, que ni ella misma se explicaba cuando se miraba al espejo; desaparecida la oquedad, un rosario de margaritas alrededor del cuello, con síes que se desprendían como carámbanos de tiza fresca. Un hombre para descargarse de responsabilidades, para decirle sí, como tú quieras, la razón te asiste, cómo se te nota la hombría, cuánto vales, Buenaventura, cómo te respetan, qué autoridad. Te confieso que... a mí me hubiera gustado nacer hombre y ser como tú. Te admiro. Además de todas las otras cosas que tanto me atraen de ti.

Le preocupaba un poco la relación de casada, el sentirse obligada a acceder a eso, aunque había oído decir a una alumna suya que la mejor actitud era permanecer muy quieta, probar a rezar un avemaría mientras tanto, que la cosa no solía durar más, y que en cuanto terminaban, se dormían al instante y que algunas veces ni siquiera se despertaban para quitarse de encima, que había que empujarlos para que se echaran a un lado, porque ya roncaban. Ella siempre reprendía a las chicas si se soltaban a contar intimidades, porque las había solteras y se les debía respetar, pero a la vez no se perdía nada, clavaba con fuerza los alfileres en el acerico mientras escuchaba e impartía indicaciones; corta por aquí, la sisa más estrecha, el dobladillo invisible, las pinzas del pecho bien marcadas, sí, patrones de sostenes también, incluso bragas para el ajuar, claro. No, calzoncillos no, prendas interiores de hombre de ninguna manera, y no expliques más cosas de esas, Patrocinio.

Pero ahora, con lo de Irene, todo se había paralizado. Debía mostrarse mucho más fuerte y segura de lo que su capacidad le permitía. Simular entereza. No flaquear. ¿Se trataría de Saúl? ¿O de alguien mucho peor? Nunca podría dañarla demasiado un viejo conocido. ¿O sí? Qué locura, Dios. ¿La

forzaría, quienquiera que fuese? Cómo quedaría Irene después, qué futuro, qué heridas, qué renunciadas. ¿Y Pablo, qué? No quería pensar tampoco en la posibilidad de que al final dijera que no. La honra de su hermana no se ponía en cuestión, pero entre su honra y la vida de su hermano, ella decidía que la vida.

Qué vergüenza. El padre dominico cómo las había tratado. Sacrificarse hasta la muerte, la muerte de ambos, si Dios lo consideraba necesario. Dios nos da, Dios nos quita. Pero ante todo, no poner jamás en riesgo la virginidad, el don máspreciado, la virtud irrenunciable. Cómo se atrevían siquiera a ponerlo en duda. Matilde juró que jamás volvería a escuchar a un cura, y que si se casaba, cometería el sacrilegio de comulgar sin confesarse.

Recordó una sentencia que su padre citaba a menudo: Dios protege la inocencia. Seguro que, al final, a su hermana Dios la protegería.

«Queridas *ermanas* y sobrinita: Me alegraría que al recibo de estas cuatro letras os *encuentreis* bien nosotros bien a Dios gracias la presente es para deciros que al fin podemos ir a *beros* aunque con mucho trabajo ya pudimos reunir los dineros de los billetes y un poco de menudo por si acaso las ganas terribles de abrazaros me consumen llegaremos el sábado trece a las *nuebe* aparte del retraso. *Buestra* hermana que no os *olbida* Cerina».

Ella misma firmaba también en nombre de Basilio.

Decidieron contestarles a vuelta de correo para avisarlos de que no fueran a verlas, que la cama se había partido comida por la carcoma, y que el colchón se lo habían regalado a una pobre mujer viuda con cuatro hijos a quien en un registro le habían destrozado la casa y la habían dejado sin nada, que esperaban reponerlo enseguida, pero que de momento no habían podido, que guardaran el dinero porque muy pronto lo resolverían y que las ganas enormes de verse alcanzaban a toda la familia.

—Quiero que venga la tía Cerina. Les puedo prestar mi cama, que no está rota.

La carta con la respuesta la había escrito y firmado Matilde en nombre de todas después de un examen concienzudo de la situación. ¿Enterarse Basilio de lo que probablemente se verían obligadas a aceptar para ayudar a su hermano? No. De ninguna manera. Ellas respetaban las ideas republicanas de su hermano, aunque les dolía que les saliera tan caro, pero eso no formaba parte de sus cálculos. Cuando Cerina preguntase por su hermano, ellas dirían que bien, que pronto regresaría. Basilio, al cabo de un momento, sin venir a qué y con cualquier excusa, se cagaría en esos rojos de mierda que debían pasar por el paredón sin dejar ni la muestra. Cerina le diría: calla, Basilio, por Dios, anda, vete a tomar un vaso de vino. Solas. Ellas solas, como para todo. Si se hubiera tratado únicamente de su hermana ni se les habría ocurrido decirle que no, al contrario, una más para consolar y servir de parapeto contra el desaliento, pero con él allí, no. Siempre pegado a su mujer, soltando bromitas que ellas encontraban obscenas, tropezando todo el día por casa con el elemento masculino, grosero y sudoroso, con los pantalones de guardia civil, y en camiseta, que en casa hay confianza para deshacerse de pertrechos engorrosos, alegaba ante las protestas de Irene. Las inundaba con su olor peculiar de hombre que bebe y suda, de piel ceñida a los músculos. Él, con su alta estatura, de pecho muy ancho y un poco de barriga. No te rasques tanto, hombre, que me pones nerviosa. Si no me rasco, Irene. Cada vez que vengo te

encuentro más delicada, no sé adónde vas a ir a parar con tanto remilgo, señoritita. Además, mira, solo me toco un poco, ¿ves?, porque cuando llevo fajín y cinturón se me queda la piel como muerta de tan apretada, y necesito resucitarla. Él, con una manta de vello en el pecho que trepaba hasta casi la barbilla, se deslizaba hacia los hombros y seguro que llegaba, por abajo, hasta sabe Dios dónde. En Irene crecía la zozobra cada vez que anunciaban visita, ante el pensamiento de que debía convivir con ellos durante unos días. Su dormitorio era el más grande y conservaba la cama en la que habían dormido sus padres, así que reunía las condiciones indispensables para un matrimonio. Cuando Irene la recuperaba, siempre le salían sarpullidos durante los primeros días, a pesar de que la desmontaba por completo, sometía el somier a un lavado de agua hirviendo con sosa cáustica y lo dejaba al sereno, en el balcón, durante varios días, luego, forraba el colchón con una tela gruesa. Qué maniática eres, Irene, por Dios, no será para tanto. ¿Que no? Qué asquito, madre mía, si tú supieras. Qué espanto, aguantar a ese hombrón encima, pobre hermana. Pero Amparo le contestaba a Irene que pobre por qué, si se la veía la mar de a gusto. Matilde, entonces, las instaba a no hablar de intimidades, por eso Irene las guardaba para sí después de pasarse la noche en vela mientras los imaginaba.

Desde su cama podía oírlos. Seguía los movimientos que su imaginación le dictaba cuando se desvestían. Él ¿la ayudaba? Se percibía un tejemaneje de ruidos de prendas y risas, ay, que me caigo, sujétame. Tan fuerte no, hombrón, que eres un hombretón que me deja morados por donde me toca. Eres delicadita, ¿eh?, te pareces yo sé a quién. No empieces, Basilio, que son mis hermanas y las quiero mucho. Empiezo, pero a otra cosa. Despacito, Basilio, no quisiera que nos oyeran. Anda, colócate bien, que esto te gusta más que comer con los dedos. Sí, sí, me gusta, pero no hables, por favor, métemela sin decir nada, que también me gusta.

Cerina dejaba escapar un sonido pequeño y apretado de patitas cortas y mullidas, de estallido de uva negra mezclado con los bramidos de Basilio que Cerina intentaba ahogar. Irene estaba segura de que su cama explotaría de un momento a otro. Cada copo de lana del colchón crecía, se hinchaba, arremetía contra el techo de la funda y saltaba en pedazos. Irene se mordía los nudillos apretados para sentir dolor, se lanzaba desde un cuarto piso en llamas, colocaba la cabeza sobre el raíl del tranvía, se tiraba al mar; azotado, tumultuoso y violento.

Ellos, los dos, roncaban. Irene, despierta, los odiaba. Intentaba calmarse e intentaba recorrer con sus manos los laberintos que tan bien conocía Pablo. El aliento de Pablo, los dedos largos de Pablo. Pablo, el último, el hombre apuesto y educado, con aquel abrigo con el que la abarcaba, lo abría y la invitaba a entrar: mira, Irene, si hay lugar para los dos; y ella se metía con él dentro, porque sí, sentía frío, pero nada más que por eso. Las noches en otoño son heladas y hoscas, Pablo. Y con el calor de sus labios y apenas un ligero roce, provocaba que aquello comenzara a invadirla con densidad de niebla, amotinada y pertinaz, hasta desencadenarle la enfermedad: las aceleraciones. ¿Tiemblas, Irene?, le preguntaba Pablo, pero no podía contestarle hasta que las aceleraciones, que disimulaba como podía, se le habían extinguido y quedaba en ella como una laxitud, un debilitamiento que le dejaba la voz encharcada y un hormigueo en todo el cuerpo, de peregrinación, de cadenas y cruz.

Al cabo de un rato se daba cuenta de que le dolían los muslos de apretárselos uno contra otro. Intentaba relajarse. Su hermana dormía. ¿Dormiría abrazada a él? ¿Desnudos? Si se despertaba a media noche él..., sí, seguro, porque más de una vez, cuando ella había logrado quedarse dormida, una nueva turbulencia la sobresaltaba. Su hermana, como entre sueños, se removía inquieta y pronunciaba velados noes, o ¿eran síes? No. Irene juraría que lo rechazaba, porque lo oía a él rezongar un rato con voz de tralla, levantarse incluso a beber agua. Dios mío, pensaba Irene, que no me dé a mí la sed también y me tope con él por el pasillo medio desnudo y me roce, qué asco, se habrá tocado la cosona aquella y ahora tocará a mi hermana. No se habrá lavado las manos, y mañana, cuando se levante, antes de asearse cogerá el pan. ¡Ahhh!, cortaré mi trozo, me levantaré a cortarlo. A cortarlo.

—¿Vendrá el tío Fantoche con la tía Cerina, Irene?

—Amelita, descarada, ¿de dónde has sacado llamar así a Basilio?

—Lo dijiste tú, tía Irene.

—Bueno, bueno, fue una broma tonta que se me vino a la boca en aquel momento, pero a ti no se te ocurra repetirlo. Se enfadaría muchísimo, y de momento no, no vendrán. Además, no era fantoche, creo que..., no sé, se me ha olvidado.

—¡Era fantoche!

—¿Te quieres callar ya, Amelia?

Irene le daba empujoncitos a la niña para echarla fuera de la habitación mientras exclamaba: Y déjame en paz, anda, Amelia. Pensaba que la niña era

un tostón, un latazo, como todos los niños. Qué paciencia hay que tener y que no tengo. No te acuerdes de mí para eso, Señor, cuando me case.

A Irene la naturaleza la había confeccionado con materiales repelentes al dolor, a los problemas, a las complicaciones del vivir. Ni siquiera toleraba la poca molestia que podía causarle Amelia. Evitaba todo lo que podía evitar y ni siquiera aceptaba conversaciones en las que el sufrimiento o la renuncia estuvieran presentes. Incluso si sus hermanas hablaban de política, ella les solía pedir que cambiaran de tema, que para qué darle vueltas si total todo se había perdido. A pesar de sus criterios diferentes, ninguna olvidaba dar gracias a Dios por haber hecho caso a su padre cuando les prohibió que abordaran esas cuestiones porque eso no era cosa de mujeres.

Al principio Matilde y Amparo se habían rebelado, pero con poca fuerza; el padre mandaba, así que se resignaron a ceder, a la vez que se acostumbraron a ocultar sus opiniones, que, además, también según su padre, no era cosas de mujeres decentes y sensatas. Pero ahora que sabían cómo y adónde habían ido a parar aquellas revolucionarias felices, le daban las gracias, aunque no la razón, a través de sus rezos.

Irene, lo que de verdad añoraba de la República eran las libertades de las que había gozado. Pero ahora que todo había pasado al capítulo de pecado pensaba que más le valía adaptarse. Ellas eran mujeres, y por lo tanto habían recuperado la clase de segunda a la que probablemente pertenecían. Como su padre, también Pablo se lo había asegurado.

La militancia política de su hermano sí las sorprendió. El asombro les llegó de golpe, las atropelló dejándoles un rastro de señales negras. Ninguna de las hermanas se permitió opinar porque era un hombre, pero ahora que dependía de ella que su hermano saliera bien librado, Irene empezaba a sentir un odio cerval contra el revanchismo impuesto por los ganadores de aquella guerra. El odio trepaba con la maña de una madre silvestre, con sus garras punzantes, con sus tenazas para asfixiar.

Ni siquiera le podía confesar a Pablo una parte de la situación. Y tal vez a él menos que a ninguno. Llegado de zona nacional, de puro sentir nacional, meticuloso en cuestiones de decencia, del qué dirán, de lo que su familia sentía y pensaba con respecto a las normas. No. A Pablo, no. Claro que ningún hombre, por comprensivo que pareciera, podría aceptar el sacrificio moral que se le exigiría a ella y a quien fuera novio o marido. Aunque se tratase de salvar a un hermano.

Le producía repulsión tan solo imaginar que el Inquisidor la rozase, pero si fuese como Basilio, tal vez, porque a su hermana, los toqueteos de Basilio y lo que llegaba después le gustaban. Eso bien que se notaba. Tal vez pudiera vencer el asco y consiguiera soportarlo. Cerrar los ojos, pensar en Pablo, actuar como muchas mujeres dicen, dejarse, no ofrecer resistencia, imaginar, imaginar. Le costaba tan poco. Ella nunca se había quitado la ropa ante ningún hombre; desabrochado algún botón de la blusa..., sí, claro, subido la falda como al descuido, para bajársela atropelladamente con expresión de excusa y sorpresa en el rostro..., sí, levantado las mangas hasta dejar los hombros al descubierto..., sí, bueno..., sí. Había permitido, sin permitirlo, manos faldas arriba, muslos arriba, a través de la seda de las medias, pero por los lados, nunca por en medio. Aunque recuerda aquella vez que a Arturo se le escapó sin querer un dedo hasta el lugar en el que se le producían las aceleraciones y se vio impelida a reñirlo, a insultarlo, y estuvo a punto de amenazarlo con romper, hasta que Arturo le pidió perdón. Pero a lo mejor, este era uno de esos tipos a los que lo que les gusta de verdad es mirar, y entonces le resultaría muy fácil. Si se quedaba inmóvil ante ella sin intentar tocarla, incluso casi ni le importaría, porque la causa era vital. Se desabrocharía poco a poco los botones de nácar de la blusa azul, se bajaría la cremallera de la falda de tubo negra, luego... ¡Estoy loca! ¡Completamente loca! ¡Cómo puedo imaginarlo siquiera! Dios mío, me trastorno. ¡Ayúdame!, dame una hora corta si decides mi muerte, pero no consientas que se me vuelva a desatar este desvarío. Virgen Santísima, ¡no lo permitas!

Nada se movía, nada cambiaba. Nadie llamaba a la puerta a horas impúdicas y confusas con repiqueteo amedrentador. Los días se habían detenido bajo una capa de congoja transparente. Desprovistos de la fantasía que inspira un escaparate vacío, con el humo de las cocinas de carbón agrisando el gris del cielo.

—Debemos enviar a Amelia al colegio, eso dará más normalidad a todo.

El tazón del café con mezcla de malta y leche muy caliente, sostenido con las dos manos para aprovechar bien su energía, sorbido despacio. A Matilde le pendía de una fosa nasal una gotita. Irene la miró escandalizada y con repulsión. Calculó que se le caería dentro de la taza. Se fue hacia la ventana. Contempló el paisaje. Tan conocido para ella como su propio vientre. Tejados enmohecidos, los prados que rodeaban la capilla del Cristo de las Cadenas y aquellos tres robles que, a medida que envejecían, iban juntando sus cabezas hasta tocarse.

Amparo dio como suficiente una escuela para Amelia donde le enseñaran las cuatro reglas, para después iniciar el aprendizaje de un oficio y poder ganar un sueldo que aportar en casa hasta que se casara. Irene le dijo a Matilde que lo que ella decidiera, ya que todas dependían de su organización y que, a su parecer, lo expuesto por Amparo era lo lógico para Amelia.

Pero Matilde les comunicó que había pensado que Amelia recibiera un poco más de enseñanza que la que ellas habían recibido, puesto que la niña parecía bastante lista y corrían otros tiempos. No agregó que dudaba sobre programar un futuro para Amelia sin contar con su padre.

—¿No habrás pensado en las monjas? Además, la escuela es gratuita.

—Un colegio seglar y sin pretensiones, lo que tal vez nos exija un pequeño reajuste en el presupuesto.

—¿Reajuste? Como no dejemos la suscripción del periódico...

—Eso no, Irene, seguirá y a nombre de padre, como siempre. Y añadió Matilde que en cuanto a lo de aprender un oficio y colaborar en la economía común, se daba por supuesto.

Matilde podía decidir sola muchas cuestiones familiares, pero pensaba que sus hermanas debían intervenir o, al menos, opinar. Los pareceres de Amparo resultaban atinados, pero Irene era holgazana hasta para pensar. Claro que en su situación no debía pedirle demasiado, pero sí insistirle un poco. Matilde confiaba en que la buena gestión de Buenaventura podría librar a Irene del Inquisidor, pero era imposible acuciarlo y decirle, además, el porqué. Esperar.

Ya habían pasado varios días desde la visita del falangista y nadie había vuelto para reclamar a Irene. Si fuese Saúl, podía estar sufriendo una recaída e incluso estar hospitalizado. ¿Sospecharía algo Encarnita si se hiciera la encontradiza y le preguntase por él?

Seguir con la charla sobre el colegio de Amelita parecía lo oportuno, y hacer un alto para intentar convencer a sus hermanas de que debían cobrar más por las maravillosas prendas que salían de sus manos. Que debían valorarse más y sacar más provecho de sus habilidades.

—Si fuéramos tan listas como tú, hermana.

—Irene, siempre con tus salidas de tono. Amparo, tú y yo vamos a revisar alguna prenda nuestra inservible a ver si podemos apañar un abrigo para Amelia. Para ese extra no hay dinero.

—Había pensado aprovechar el tuyo granate, Matilde. El paño se conserva bien de la cintura para abajo, y como es muy amplio, alcanza hasta con un poco de campana en la espalda. Le damos la vuelta o una tintada, y nuevo. Y le puedo alargar los vestidos del año pasado. Ya lo he comprobado.

—Atinas con todo, Amparo. Eres de lo más eficaz. Si a las mujeres nos dejaran arreglar el mundo, otro gallo nos cantaría.

—Bueno, bueno, déjate de alabanzas que no vienen a qué.

—No te estarás volviendo ahora libertaria, ¿verdad?

—Porque no puedo, Irene. Bueno, y ¿quién acompañará a Amelia al colegio?

—Las Recoletas está muy lejos.

—Pues yo creo que ese paseo por las mañanas te sentaría muy bien, Irene.

—¿A mí? ¿Sentarme bien? Con la cara con la que me levanto, hinchada de no pegar ojo, que me dura a veces toda la mañana, ponerme a pintarrajearme, a calzarme con tacones altos tan temprano, vestirme de arriba abajo con el sostén y las bragas de salir a la calle, después, llegar a casa y desvestirme para ponerme a limpiar, y luego volver a vestirme con la bata de sentarme a bordar. No, hermana, vaya trabajo y vaya lío. Por mí que se apunte a la escuela del Fontán, que puede ir sola y eso no nos complica la vida a ninguna.

—¿Por qué no le decimos a papá que vuelva de la cárcel del hospital para llevarme al colegio?

Pero ninguna de sus tías, absortas en sus pensamientos, la oyó.

Lo tiró al suelo empleando una fuerza absolutamente desmesurada. No era más que un papel, pero los animales muertos pesan en exceso y su rescoldo quema las manos.

El aviso. Una simple nota bajo la puerta dejada en el silencio de cualquier minuto del día. La encontró Custodia al entrar en casa.

Irene debía de estar lista para las nueve de la noche de ese mismo día.

Eran las seis y media de la tarde.

Sin que nadie se lo ordenara, Custodia puso sobre la chapa de la cocina el pote con el agua para hervir la tila y echó un puñado abundante de flores. Cogió a *Mili* en brazos y se sentó con ella en el cajón de la cocina.

Amparo condujo a Irene hasta una silla. La ayudó a sentarse. Ella ocupó la suya de modo que pudiera rozarle el brazo, y esperó a que Irene estallara.

No pronunció palabra.

No lloró.

No hizo gesto alguno.

A Matilde le costó un gran esfuerzo encontrar una excusa para terminar las clases antes de hora y se sentó en una silla al otro lado de Irene.

Las cuatro hermanas pendientes de un pezón oscuro con patas de araña que marcaba sus minutos sobre un pecho redondo y plano.

Las siete de la tarde.

Irene había dejado el bolso a su lado, al alcance de la mano. Lo abría, lo cerraba, continuamente. Comprobaba su interior. El cierre estallaba cada vez y Matilde daba un pequeño respingo. Sentada en la silla baja de anea y en zapatillas y bata, esperaba que el tiempo pasase.

Amparo mal disimulaba las lágrimas.

Custodia aumentaba sus ofrendas al Ángel, lo invocaba mediante las últimas oraciones que la echadora de cartas le había recomendado tras una bendición especial.

Matilde intentaba medir las consecuencias y colocarles un patrón. Pero la pieza era demasiado grande, torcido el sesgo, imposible de encarar. Los riesgos eran imprevisibles y no se podía confiar en nadie ni en nada, si a caso, en la suerte y en la protección de Dios.

Custodia les puso entre las manos otra taza con infusión. Cada una de ellas la cogió y se la llevó a los labios.

Amparo sorbía en silencio.

Matilde la probó y la dejó a un lado.

Irene soplaba, el humo se movía con pereza hacia otro lado, formaba remolinos; un ovillo, un piojo, un eclipse. Volvía a soplar.

Custodia se la terminó enseguida.

Irene gritó:

—¡No! ¡No!, cuando comprobó la hora, cuando palpó el bolso, cuando dijo, me tengo que vestir.

Se puso un vestido color crema de manga larga y cerrado al cuello. La falda ceñida y un palmo por debajo de la rodilla. Sus únicos zapatos, de tacón alto. No tengo más que este par, dijo no se supo a quién.

Las nueve de la noche.

Las diez de la noche.

Las once de la noche y Matilde dijo:

—Por lo que sea, lo ha pospuesto. No viene, hoy seguro que ya no viene.

—¿Qué hago?

—Cenar y a dormir, Irene. Puede ser mañana, o pasado, qué sé yo. Es de suponer que dará señales de vida.

Irene, entonces, lloró.

—No dudes en salir, Irene, en seguir tus costumbres como la de cada jueves. ¿No te parece, Matilde?

—Naturalmente. Aquí no ha pasado nada. Quién sabe si ese hombre nos acecha, por si nos desmoronamos.

—No me asustéis. ¿Creéis que puede andar escondido por los soportales del Ayuntamiento?

—De un hombre que es capaz de pedir lo que pide, se puede esperar cualquier cosa. Pero tranquilízate, no lo pienses, y disfruta.

—¿Disfrutar? ¡Qué me pides! Ahora que me has metido el miedo en el cuerpo me dices que me tranquilice, que disfrute.

—Matilde no lo ha dicho con esa intención. Hija, con estos nervios no se nos ocurren más que disparates. No le demos más vueltas. Anda, ponte guapa. Además, seguro que si es Sa... Bueno, él no se atreverá a dejarse ver.

—Por suerte para mí, no lo reconocería.

—Yo creo que tampoco, Irene. Intento traerlo a la memoria y lo único que me llega es una cara tapada por una bufanda, aunque los ojos, no sé, tal vez sí los reconocería, pero claro, hay que añadirle los años que han pasado.

—Amparo, dame aunque sea una gotita de Agua del Carmen, a ver si se me aplacan estos nervios.

—No queda, Irene.

—¿Y anís de guindas?

—¿Y el aliento? Cómo vas a salir con Pablo oliendo a anís.

Los jueves, Irene salía con Pablo. Ella había estipulado un día o dos entre semana y luego sábados y domingos. No habían recibido noticias del Inquisidor durante los últimos días. Sin decírselo, se daban ánimos entre sí para que la vida pareciera lo más normal posible, pero cualquier tropiezo se volvía astilloso. Siempre con el temor a que Pablo se enterara o sospechase. Los hombres son tan listos, ay, Dios, qué novena con peregrinación a Covadonga le voy a ofrecer a la Virgen si salgo bien librada.

A Irene se le había desencajado ligeramente la cara y los vestidos se le escurrían por el cuerpo al no encontrar escollos. Por suerte, la delgadez en aquellos tiempos resultaba natural. Los gordos sí debían de dar explicaciones.

Su relación con Pablo aún se sostenía en la fase de las debidas distancias. Se mostraba respetuoso y siempre se paraba a tiempo, demasiado a tiempo,

rezongaba para sí Irene, que acto seguido pedía perdón al santo que tuviera más a mano. La mayor parte de las veces se limitaban a pasear por la que había sido la calle más elegante de la ciudad, Uría, y que ahora estaba mellada y sucia, a tomar un café y dejar pasar el tiempo sobre los mullidos de los sofás recuperados de los destrozos. A ella le subía un no sabía qué, cuando recordaba el tacto de la mano de Pablo sobre la suya, cuando con todo su lado derecho, hombro, brazo, costado, cintura, cadera, muslo, rodilla, pantorrilla, empeine, se pegaba al de él mientras esperaban que el camarero les sirviera el café y Pablo le explicaba detalles de sus visitas por la provincia. Pero hoy, sus no sabía qué, se encontraban estancados. Se miró al espejo. Acababan de inaugurar un salón de baile, el primero de la posguerra, pero a Pablo no le gustaba bailar y a ella, aunque la volvía loca, hoy no le importaba.

Claro que aquel momento era distinto. Debía pensar en su respuesta a Pablo, que le preguntaría, muy cortés, como siempre, adónde le gustaría ir aquella tarde. Le convenía un lugar que no propiciase la charla. En cualquier momento ella podía mostrar una actitud extraña, triste o desasosegada, y Pablo la interrogaría. Al cine. Pablo le iba a aplaudir la idea. Con lo mucho que le gustaba. Una película cualquiera que le entusiasmaría a él y le permitiría a ella fondear durante dos horas. Sin besos de sesión numerada, sin palabras con textura de carne en su oído izquierdo. Una película sin pecado concebida.

Irene seguía con el estudio de su cara frente al espejo. Amelia la llamó y le preguntó si podía entrar y sentarse en el borde de la bañera mientras ella se arreglaba.

Conocía por instinto todos los pequeños trucos que la favorecían, y con poco más que un lápiz de labios, polvos, colorete y una pastilla de rimel, conseguía un efecto deslumbrante. Después de la inspección, supo que aquella tarde necesitaba añadir más maquillaje para restituir el brillo que le faltaba. Amelita volvió a llamar a la puerta, e insistió en que quería verla maquillarse, pero de mal humor, Irene le contestó que no podía entrar, que la ponía nerviosa y que se fuera a jugar.

—¿Al menos, me dejas escupir en la cajita negra, tía Irene?

—Eres pesadita, ¿eh, guapa?

Terminó diciendo como para sí misma, qué incordio de niña, por Dios, y le dijo a Amelia que no, pero al instante se echó atrás y la llamó:

—Anda, ven, hermosa, que tú no me molestas. Es que estoy un poco alterada hoy. Y te dejaré escupir en la cajita cuando la pastilla sea muy pequeña.

Terminó el arreglo. Se sonrió. El ánimo le llegó solo, sin invocarlo, sin rogarle, sin rezar. A ella no le pasaría nada, estaba segura. Una broma de muy mal gusto. Pensaba en la posibilidad de que Ricardo, aquel chico que estaba empeñado en casarse con ella y llevársela al pueblo, que era tan bruto, tan cafre... Recordaba haber visto su fotografía en el periódico cuando, nada más terminar la guerra, lo nombraron alcalde. La camisa azul ¿no sería él?, ¿y una mujer?, ¿podría planear y ejecutar eso una mujer? ¿Contra ella? ¿Y por qué?

Las hay tan envidiosas, tan vengativas y hasta tan malas como cualquier hombre.

Amelia preguntaba si todavía quedaban niños debajo de las piedras. Aunque le contestaban que no, ella procuraba no pisar ninguna para no oírlas crujir. Prefería quedarse en casa. Conservaba la muñeca rellena de serrín y con piel de retales de colores que le habían cosido en una noche sus tías Amparo y Cerina después de uno de esos días en los que Amelia no hablaba y desprendía un olor agrio. Tenía, además, un conejo de hojalata con una cuerda más grande que el propio conejo, y unos platitos de hierro con un azucarero de porcelana. Con todo ello y la imaginación, Amelia se instalaba en un rincón del cuarto de baño donde podía quedarse sola. Sin embargo, sucumbía a la invitación de Amparo: ¿Vamos a mirar escaparates, Amelita?

Ninguno tan seductor para Amelia como el de la perrona (perra gorda) y el de la perrina (perra chica) donde Amparo accedía a comprarle un regalo de vez en cuando. Amelia deliberaba, apretada su mano dentro de la de Amparo. Su tía le daba ánimos: Anda, Amelia, ¿qué quieres, qué te gusta? A Amelia le costaba gran esfuerzo decidir entre una libreta con las tapas rojas, aunque el papel era marrón, y un pasador de pelo con una flor. Una niña a su lado, con la boca pegada al escaparate, observaba cómo Amelia iba de un objeto a otro a saltitos, como si se aguantase las ganas de hacer pipí. Una línea verde y recta salía de una de las fosas nasales de la niña y se paraba al borde del labio superior. El cristal del escaparate quedaba opaco a aquella altura, y ella misma lo restregaba con la manga de su abrigo para aclararlo, sin dejar de mirar a Amelia. Amparo se empezó a impacientarse porque Amelia no se decidía y porque no podía dejar de mirar a aquella niña. Al fin, le tocó el brazo y le preguntó a la niña que qué era lo más bonito para ella.

—Todo —dijo sin mirarla, e hizo un gesto con los brazos abiertos abarcando el escaparate entero que acabó de embadurnar. No despegaba los ojos de lo que allí había amontonado, pero le dijo a Amelia mientras lamía la luna:

—Mi madre me prometió que para Reyes me regalará una naranja con mucho jugo. Faltan cinco meses, ¿verdad?

Amparo les compró un pasador de pelo para cada una.

Amelia ya había aprendido el valor de las excusas. Como Amparo le prohibía llorar, si no encontraba un cuarto de baño para esconderse empleaba uno de sus tres argumentos; una cosa en un ojo, me pica la garganta, o mucho frío, mucho frío.

—Bueno, y ahora, ¿por qué lloras?, ¿qué te pasa, Amelita, hija?

—Quiero ir a mi casa, porque allí las calles no están rotas y no hay niños debajo y quiero que mi papá venga a buscarme.

Para muchas de las preguntas que flotaban en el ambiente, las hermanas no atinaban a responder. ¿Por qué había ocurrido aquella guerra tan atroz? ¿Cómo es que dejaron de valer los votos e impusieron los fusiles? Cuando los milicianos salían en camiones hacia la cuenca minera, ¿qué había en sus canciones para que resultasen tan alegres y esperanzadoras? ¿Se trataba solamente de meter en cintura a cuatro militarillos sublevados mequetrefes y arrogantes? Ellos iban a la lucha para salvar a su pueblo y a toda la humanidad y ellas reían mientras alzaban el puño y los saludaban a todos. Luego, el impacto de aquellas milicianas con su fusil, su gorra bajo la que asomaba la melena, su uniforme con los primeros botones de la guerrera desabrochados: una instantánea poderosa. Y sus caras, con la cuota de frenesí del primer empuje. ¿Quiénes se equivocaron tanto cuando decían que en cosa de nada, en unos días, todo resuelto? Debía de ser porque ellas no entendían. Jamás odiaron tanto como para encontrar justificación a aquella guerra y nunca les desapareció la sorpresa, que llevaban sobre sí como una confusión entre panes y peces.

Y podían considerarse afortunadas. Ningún muerto en la familia, salvo la desgracia de su hermano. ¡Dios mío, Irene!, suspiraba Amparo día y noche. Amparo sabía que las personas sacaban fuerzas portentosas en situaciones extremas. Irene respondería. De esa única fuerza se podía entender la supervivencia de las madres de los escondidos en el monte. Una alumna de Matilde le confió el secreto de su hermano huido. La familia del chico tomaba todas las precauciones posibles, especialmente ante sus propios vecinos, para que no se notara ningún movimiento extraño. La madre, María, la partera, la que los había ayudado en tantas ocasiones. Casi todos los críos nacidos en los últimos treinta años habían sido traídos al mundo con su única ayuda. El caldo para las recién paridas; anda, tómate esto, mujer, ya verás qué pronto te reanimas, que eso no es nada, un pan bajo el brazo y un consuelo para la vejez. Ropitas; que gastadas de tanto pasar por el agua del río, planchaba y guardaba para la siguiente mujer que las necesitase. María, querida por el pueblo entero. Por eso no podían entender que se tuvieran que guardar de todos, vigilar hasta el paso más insignificante, no fueran a sospechar que en lugar de ir a recoger castañas al monte, o leña, o arándanos, descubrieran que bajo el refajo agrandado le llevaba a Manolín, a su hijo querido, las comidas preparadas de madrugada y casi a tientas, para no encender una vela. Por

muchas explicaciones que dieron en el pueblo sobre la marcha del hijo a las Américas, alguien más hipócrita, más perverso, se había dedicado a espiarlos. Al fin, un día, la Guardia Civil apareció en su casa para detener a María, la partera. Se ensañaron en el júbilo del registro: rajaron y pincharon con la bayoneta los sacos de grano, las varas de hierba, destrozaron la casa. No pudieron descubrir indicio alguno pero se la llevaron, porque un vecino recto y honrado, un hombre de bien, la había denunciado, y a él no se le ponía en duda. Regresó a la casa una semana más tarde. Con la cabeza rapada y sin lengua. Al cabo de muy poco tiempo la encontraron muerta en medio del bosque con una saca de arándanos pisoteada a su alrededor y la cabeza ensangrentada.

Amparo presentía que al fin la situación de su hermano se iba a resolver, aunque estuviera de por medio el sacrificio de Irene. Confiaba en que no le dejara una mella incurable. Si me hubiera tocado a mí, recapacitaba Amparo, no, seguro que no lo soportaría. Pero no debía reconocerlo ante su hermana, sino al contrario, animarla y quitarle importancia en nombre de los tiempos tan difíciles que les había tocado vivir, que había desgracias mucho mayores en otras familias.

Si esta vez Irene se decidía a casarse, ella y Matilde le darían a Pablo una explicación en la que aceptarían su casi total responsabilidad. Ya se las arreglarían para envolverlo bien, y sobre todo, que quedase claro que Irene, y por desgracia, había sido la elegida como víctima por el verdugo. Pero ¿y si abusaba de ella aunque no llegase a todas? ¿Debemos esa lealtad, o podemos ocultarla, guardarla para nosotras?

Matilde opinaba que no se debía decir esta boca es mía, y abogaba por el derecho de la gente a guardar secretos, sobre todo, si descubrirlos no reportaba más que desgracias y sospechas y la obligación de lavar esos honores de los que ella dudaba tanto. Además, quién no tenía un baldón que ocultar en aquellos tiempos.

Amparo opinaba que se debía decir, porque con lo mala que era la gente, si Irene conseguía un buen partido para casarse correrían en busca de algo para malograrlo. Por muchas precauciones que tomaran, siempre quedarían expuestas. Un anónimo, un “amigo”, un protector de la moral bienintencionado. Sabían que la gente se comportaba así, sobre todo al final de una guerra en la que lo único que había quedado en pie eran los odios. Y si se descubre, imagina, Matilde.

—Si ya estuviera casada supongo que se daría maña para que él la perdonase, y con el tiempo se le pasaría.

—Es una triste gracia desear que la perdonen.

—Sí. Pero ¿podemos nosotras cambiar las cosas?

—¿Y si la devolviera?

—Ni lo menciones. Y Custodia, en este asunto, sin respirar.

—Pasa mucho más tiempo en la iglesia, Matilde. Es su forma de ayudarnos.

—Nadie le impide decir algo. No sabremos nunca si le duele, si le preocupa, es consagrada. A mí que me toca pelear con ella por la dichosa comida, me deja harta. Por cierto, con el menú de hoy se quedó tranquila; patatas con arroz sin ninguna sustancia, pasado todo como si fuera una cataplasma, un par de sardinas para cada una y las manzanas del postre, que con toda seguridad eran recogidas del suelo. ¿Tú crees que eso vale las cinco pesetas que le doy cada día?

—Con el estraperlo es muy difícil calcularlo, Matilde, y si necesitó comprar una pastilla de jabón Lagarto o un poco de café, ya sabes cómo se dispara todo.

—Como es inútil preguntarle... Por cierto, hoy olía la escalera a guiso de carne.

—Un gato menos.

—Es para mí y es de Buenaventura, así que no te alarmes, Irene. Primero, la leeré en voz baja.

Irene, sentada frente a Matilde, decidió dejar de bordar mientras aguardaba. Recogió el bastidor y clavó los ojos en Matilde. Escrutaba su gesto, esperaba poder deducir algo, pero Matilde sabía contenerse, hasta que al fin se decidió por un párrafo de la segunda página.

«Ya puedo darte cuenta de las indagaciones sobre tu hermano y que han dado resultados satisfactorios. Su salud es buena, le levantarán la incomunicación muy pronto y desde León lo trasladarán a Asturias. No se sabe a qué cárcel, si a la de Oviedo o por la provincia, pero lo tendrás a mano para visitarlo. Comprendo tu congoja, pero debes permanecer tranquila. Aquí no hay más que gente de orden preocupándose de que todo se arregle y por una paz duradera. Me informaré cuanto antes de en qué cárcel lo confinan y bajo qué mandos, y te pongo dos letras para decirte lo que haya podido averiguar o hacer. Ten esperanza. Y ya lo comprobarás. Sabes, Matilde, que lo que esté en mi mano..., sin comprometerme, claro».

—¡Léemelo! Léemelo otra vez. ¡Dios mío! Nuestro hermano.

—Cálmate, Irene, no te pongas a llorar ahora, ten un poco de temple. ¡Custodia! ¿Dónde andabas, mujer, ¿no ves a Irene?

—He ido a abrir la puerta. Ha llegado Amparo.

Amparo preguntó sin abrir la boca y Matilde le respondió en el acto.

—Noticias de Antonio.

—¿Buenas?

—Sí.

Y volvió a leer el fragmento.

—¡Qué alivio, Señor! En León. Pero ¿por qué en León?

—Es lo de menos ahora, Amparo.

La expresión de Irene se transformó en un segundo. Reapareció el brillo, inspiró tanto aire como para ahogarse en él. Precipitó el epílogo:

—Ya nada me obliga a aceptar el chantaje del Inquisidor, quienquiera que sea. ¡Soy libre!

—¿Y si se debe precisamente a la gestión del Inquisidor, Irene? ¿Tú qué opinas, Amparo?

—Aunque este cambio no se deba a él, tal vez podría modificarlo a su antojo si se ve rechazado.

—¿Y si lo alargamos diciendo que me encuentro enferma?

—No colará, Irene. No será ningún tonto. Además, Buena— ventura cuenta que la situación de Antonio se va a normalizar, pero que depende de muchas cosas todavía.

—Yo soy la única sin salida, ¿verdad? ¡La única!

Claro que, la carta de Buenaventura, a saber qué otros mensajes le enviaba a Matilde.

Amparo meditaba con cierta inquietud. Había sentido tanto alivio cuando la otra vez la dejara Buenaventura. Era pecado mortal o sacrilegio. No quería ni conocer la categoría, pero no podía remediarlo. Aceptaba que Irene se casase, pero le resultaba insufrible que lo hiciera Matilde. La había observado y parecía haber superado la decepción del abandono y disfrutar de su situación de señorita. Las señoritas del doce, y Amparo se mulló complacida por el nombre con el que se las conocía en todo Oviedo. Pero no podía engañarse. Cuando Matilde salía con su amiga Teresina a mirar escaparates o a dar un paseo, la contemplaba desde la cristalera de la galería mientras se alejaba. El cuerpo robusto y bien formado de Matilde levantaba el ánimo de los mediohombres con los que se cruzaba; sobre todo, cuando se ponía el vestido de piel de ángel, entonces, su grupa díscola y a la vez de mujer modesta marcaba su compás; a la una, a las dos, a la una, a las dos, entre las aguas de la tela que, como lenguas, buscaban los puntos en los que entremeterse. Ella no era en sí provocativa como Irene, pero su cuerpo enviaba el SOS de los perdidos en alta mar.

Amparo deseaba de forma casi angustiada que Matilde se quedara con ellas. Que tampoco esta vez fraguara lo de Buenaventura. Lo deseaba a sabiendas de cómo sufriría su hermana y de que a ella los remordimientos de conciencia le pesarían encima como la losa del Santo Sepulcro.

Dios mío, lo de Irene nos está trastornando a todas. ¡Cómo pueden venirme estos pensamientos!

Pero ¿y ella?

Casi treinta años. Vieja. Lisardo me ha hecho vieja.

Amparo había cogido sus ilusiones y les había cortado las pestañas. Lisardo las había apretado en un ramo grande y arrancado de cuajo. Los tallos, acerados, se le clavaban, la pinchaban, ya no desprendían perfume ni susurraban: ven, acércate. Lisardo: un dibujo sobre su muslo derecho.

Y no quería nada más.

El destino decidiría por ella.

En ese aspecto se sentía hermanada al de Custodia; al de su hermana no le habían dado cuerda y no llovía, los otoños no eran como los de antes de la guerra, los veranos tampoco, las heladas del invierno, sí, esas sí, el caminar sobre duro y resbaladizo, las lágrimas que saltaban por el frío y discurrían mejillas abajo sobre la piel insensible. Los días, tan angostos, que no se acababan de atravesar nunca. El envejecimiento era lo único que llegaba con puntualidad. La única cuerda que Custodia tenía dada.

Amparo sospechaba que la carta que Buenaventura le escribiera a su hermana debía de contener altas dosis de... Matilde, el mañana, para nosotros el mañana, serás la dueña de la casa, toma, gasta lo que quieras para ti, no te cosas los vestidos, a la esposa de un coronel se los confecciona la modista, sí, los tuyos, Matilde, esposa. ¡Esposa! ¡Qué palabra tan bonita! Para ti lo que quieras, una joya, eso es, te la regalaré por nuestro aniversario y daremos una merienda para que se la enseñes a las esposas de los otros militares. ¿Que no la quieres? Acostúmbrate a querer lo que yo quiero, que para eso soy el hombre. Sí, Buenaventura. ¿Ir a ver a tus hermanas, Matilde? Para qué, déjalas tranquilas. Pueden necesitar algo. Anda, anda, si les sobra salud y seguro que para comer les alcanza. No sé, Buenaventura, si no te importara... Bueno, pero un ratito nada más después de comer, que quiero verte en casa antes de las cinco, cuando yo regrese del cuartel.

Con un hombre así, seguro que Matilde se casaba.

Incluso ella. Aunque fuese militar. Pero Amparo no veía más allá de la niebla del Naranco. Sus tentáculos se esparcían sobre la ciudad y extendían un velo de viuda sobre las casas derruidas, sobre la negrura de los edificios quemados durante el cerco a Oviedo; rellenaba los huecos de la metralla, las pozas de los obuses.

Oviedo, con la cara reventada por una paliza de muerte.

—Tía Custodia.

—Qué.

—¿Quieres mucho a *Mili*?

—Sí, muchísimo.

—¿*Mili* es una chica?

—Sí, una hembra.

—¿Las hembras pueden tener hijos?

—¡Amelita! Cómo puedes preguntar algo así. Las niñas no deben ser tan curiosas.

—¿Pero podría tener gatitos o no?

—Yo no sé nada de esas cosas, Amelita.

—¿No sabes cómo se hacen?

—No. No lo sé.

—Pues enséñame a jugar con *Mili*.

—No seas tontina, no hay nada que enseñar. *Mili* es muy juguetona. Ve con cuidadito para que no te arañe y ya está.

—No. Yo quiero que me enseñes a jugar con ella como cuando te sientas en el cajón de la cocina y te hace cosquillas con el rabo.

—Amelita, déjame ahora, que la prisa me come.

Custodia se quitó las dos horquillas con las que se prendía el moño, se las sujetó entre los dientes mientras se enroscaba el tirabuzón, y sin mirarse siquiera, volvió a clavárselas. Salgo a toda prisa a una novena al Cristo, les dijo a sus hermanas. Irene le contestó que qué ganas de ir tan lejos si había un montón de iglesias a mano, pero Custodia no la escuchó.

Para llegar a casa de Engracia debía atravesar medio Oviedo. Pisaba con cuidado de no resbalarse. La gente tosía con ruido de rotura de cristales y luego escupía en el suelo.

La casa de Engracia constaba de una cocina, un retrete y un cuarto. Por la mañana hacía la cama, la recubría con otra colcha adamascada en granates y allí se sentaban las visitas a esperar. Aquel espacio tan pequeño en el que se desarrollaba todo, añadía intimidad durante la consulta. Corría una cortina de tela que separaba la cocina del cuarto, y sobre una mesita pequeña y con una vela siempre encendida, Engracia adivinaba futuros con ventanales abiertos, sin timbres de alarma y con ollas a rebosar. No soy yo, decía, es el Ángel.

Custodia le preguntó que cómo se presentaba el futuro para su hermana Irene.

—¿Otra vez tu hermana, Custodia?

Extendió las cartas después de barajarlas un buen rato para que no se quedaran entre ellas mensajes anteriores que confundieran al Ángel, mientras insistía en saber por qué Custodia iba tan a menudo a preguntar por Irene.

—Se casará con un hombre de buena posición, pero debe tomar precauciones. Una mujer rubia está trabajando el mal de ojo para echarlo a pique. Quizá necesite que yo le prepare protección. Hoy veo otra interferencia. Alguien poderoso pretende hacerle mucho daño. Busca venganza.

—¿Hombre o mujer?

—No está definido aún.

—¿Pero lo logrará?

—No, a tu hermana la protege el Apóstol Santiago, que no es de los que más se prodiga entre los vivos, pero a ella la ha acogido bajo su custodia. Es una de las escogidas. Me indica que estés alerta porque pronto se presentarán cambios. ¿Te miro algo para ti?

—Hoy no.

—Toca las perras por encima para despistar al Ángel. Hoy no te cobraré nada. Escápate cualquier mañana, que ya sabes que no recibo, y me cuentas cosas. A la que salgas, acompaña a la ciega hasta aquí.

Los dos medios muslos de Engracia rebasaban los bordes de la silla. Los apretó y ajustó dentro de la bata. Se envolvió bien las piernas y dejó al descubierto los pies hinchados dentro de las zapatillas de su marido. Parecía encontrarse mal pero le dijo a Custodia que estaba muy vivida, que eso era lo que le pasaba. Con tanta consulta y tanto ángel.

Custodia respiró con alivio. Con el Apóstol Santiago custodiando a su hermana, quedaba protegida por completo. Por otra parte, hasta los santos importantes la elegían.

—Matilde, cuesta veinticinco pesetas.

—Dónde vamos a ir a parar, esto no hay quien lo soporte, ¡veinticinco pesetas!

—Creo que debemos esperar a ver si alguna otra estraperlista lo trae un poco más barato.

—Llevamos dos meses sin probar un aceite pasable. Tráelo, Amparo, porque eso que dice el periódico de que lo van a regular, no lo creo.

Amparo salió a realizar aquella compra tan importante en compañía de Amelia. Llevaba las veinticinco pesetas, aunque intentaría conseguirlo por un precio más razonable. Las estraperlistas se situaban todas en la misma zona, en los alrededores de la plaza del Fontán. Sentadas en pequeñas banquetas, cantaban las mercancías ocultas bajo las sayas anchas y largas al paso de las personas que, por su actitud, denotaban un interés controlado por comprar: harina blanca de Castilla, café, huevos, aceite, tabaco, boroña. A cómo el aceite, se preguntaba en un tono tan bajo que solo la práctica lo convertía en audible. A veinticinco, guapa, contestaban todas. La que parecía más vieja le dijo a Amparo que le regalaba una docena de huevos si se lo compraba, que llevaba días sin vender una escoba, y que, sin embargo, se había visto forzada a pagarle al guardia, que no se le escapaba ni una. Y que los tiempos, muy malamente también para ellas.

Amelia servía de tapadera.

La estraperlista le preguntó a la niña qué quería: le daba a elegir entre castañas pilongas, castañas frescas, una manzana del suelo, palo dulce o regaliz. Amelia se acordó de las manzanas envueltas en caramelo y del algodón de azúcar en los puestos de la feria de San Mateo entre los que su papá le daba a escoger. Una cosa sola, Amelita, la que más te guste. ¿Y mañana también podré escoger, papá? Sí, hija, mañana también. Pues hoy, el algodón rosa, pídelo del rosa, papá, que es el más bonito de todos.

Amparo zarandeó ligeramente a Amelita y le dijo que diera las gracias.

—Gracias, señora estraperlista.

—¡Amelia!

—Qué, tía Amparo, si ya le he dado las gracias.

Amelia no entendió la regañina de Amparo. Lo único que le importaba era degustar deprisa aquél regaliz tan sabroso, como si alguien se lo pudiera quitar de la boca. A eso se añadía la emoción de que la estraperlista le hubiera dado a escoger, guapa, lo que más te apetezca, además de acariciarle el pelo.

Amparo no había sido capaz de enfrentarse al atroz estado en el que había quedado su ciudad. Alguna escapada con Irene al cine de al lado de casa si ponían una película de Rolán Colmán. Se limitaba a lo imprescindible, como si la destrucción pudiera ser todavía algo cotidiano y no mereciese la pena el recuento de sus perfiles grotescos. Pero sí, hoy, sí. Decidió dejar a la niña en casa y emprender un recorrido completo, resignada a identificarlo, a ponerle nombre.

—Anda, Amelita, sube. Cuidadito con la compra. Esperaré a que llegues arriba.

El incendio que había cercado la ciudad durante el asedio había llegado casi hasta su casa. Se había detenido a la entrada de la calle de la Magdalena. Amparo contempló la calle Marqués de Castañaga: ruinas negras. Dio la vuelta y se decidió por el centro, donde los comercios indicaban una cierta actividad, con los cristales limpios, el escombros apartado de la entrada y alguna tentación que contemplar; donde mirar un escaparate sin miedo a las bombas provocaba lágrimas de una densidad diferente.

Para poder continuar necesitaba la presencia de ánimo que le proporcionaría un café con leche sentada en la sala de meriendas de una confitería. Entró en La Ilusión. No, medialuna no, gracias, solamente el café, aunque olía tan rico a mantequilla... La mesa al lado de la ventana de la calle le permitía recibir mensajes caducados y sin botella. Un hombre con una sola pierna. Mujeres en grupo con niños pequeños. Otro hombre, con muletas, sin las dos piernas. Chiquillos correteando solos, pobres, los únicos que iban solos. Más mujeres. Con la bolsa de la compra o vestidas elegantemente: zapatos de tacón alto, muy peinadas y pintadas, algún abrigo de piel. Otro hombre, viejo; otro, con americana raída, pantalones deshilachados por los bajos y sin camisa ni calcetines, caminaba rozando las paredes de los edificios con el aspecto de un fugitivo. Venta de rifa benéfica, loterías, cupones para enriquecerse en un santiamén. Hombres. A cuartos, a medias, vejez, muletas; o militares, con sus uniformes impecables, medallas, muy tiesos, las botas brillantes rechinando al doblarse, caras lustrosas, tanto como las botas, bigotito fino. Soldados con tiña, flacos, y tan pocos hombres normales, como los de antes, que ver a alguno casi despertaba sospechas. ¿Cómo es que estaban enteros, bien vestidos y rollizos? ¿Dónde se ocultaron mientras los pobres soportaron la guerra?

El café, qué rico.

Amparo creía que lo normal debía ser encontrarse alegre porque la guerra había terminado, a pesar de la situación de su hermano, que ensombrecía cuanto tocaba. Pero no podía. Le daba pena su ciudad, que veía a través de ese aire que ha pasado por encima de muchos cadáveres de piedras antes de depositarse en el suelo dejando residuos negros. Que se metía en los ojos y escocía como carbonillas encendidas. Trozos de fachada que se sostenían sin nada detrás, sin paredes, sin estancias. Un váter colgado en extraño equilibrio, un trozo de dormitorio pintado de azul. Niños entre las ruinas buscando chatarra. Hombres y mujeres. De vez en cuando sus pies despertaban una granada, una mina, un resto de metralla cortante; el cepo de un prestidigitador. Amparo sabía que la tristeza era como un trozo de esa metralla que se enquistaba, se envuelve en tejido blando para disimular, se adorna de venas azules, construye terminaciones nerviosas. Acababa por ser un hijo ciego.

Para una medialuna no me alcanza. Me conformo con el café.

Por suerte sus padres no habían vivido aquello. Su madre, pequeña, de caderas anchas; parir. De cara redonda y expresión alborotada. Su padre, con aquella corona que la boina le había marcado en la cabeza, y su madre que siempre le decía: Anda, hombre, quítatela de una vez, que si te descuidas duermes con ella. Y que me entierren con ella, contestaba testarudo él. Aquellas calles adoquinadas, con el tranvía eléctrico, y su padre que maldecía sin parar aquellos inventos modernos. Con lo útil que era el tirado por mulas, y esa manía de quitarles el espacio a los burros y a las personas, que ya no podían circular con tranquilidad, con el peligro que suponían aquellos mostrencos del demonio.

Luego ellas se habían quedado con sensación de viudedad al morirse ellos, uno tras el otro, en apenas dos meses. Qué suerte, se habían muerto en la cama rodeados de sus hijas y de su único hijo. Las muertes que vivieron después tan diferentes: Voy a la cola del agua, hasta luego, y luego, se descubría un caldero solo y agujereado y alguien a quien llorar unos días, pocos, porque la pena se desmorona al tocarla y hay que lavarse las manos para quitar el rastro arcilloso. Otro caldero huérfano y sin chaleco contra la metralla aparecía agujereado al día siguiente o al cabo de cinco minutos.

También habían asistido al trasiego de niños a países de otros rojos hermanos, para ponerlos a salvo, medida preventiva que duraría unos pocos meses. Esto se acabará en nada. Adioses y una bolsita para el viaje con pan y algo, y lágrimas secas. Estaciones abarrotadas y no te preocupes, mi vida, pronto estaremos otra vez juntos.

El otro trasiego, el de los expósitos, los hospicios, los albergues, el torno, la Santa Madre Iglesia, las Damas de la Caridad, el Auxilio Social. Aguantar las colas con el peso insoportable del plato y la cuchara esperando tras aquel olor nauseabundo, imprescindible respirarlo, cupón de canje por la obra de caridad, benefactores sin rencor.

Las filas de niños cogidos de la mano de dos en dos, en absoluto silencio por las calles de Oviedo, con monjas vigilantes para que las miradas no se les escaparan a puntos viciosos: una pastelería, una tienda de juguetes. Niños rapados, con los piojos al aire, las niñas con el pelo muy corto, pero pelo, nada de marimachos. Debían de distinguirse bien las hembritas de los varones. Los uniformes grises o negros, ¡qué ironía!, duelo hendido hasta la médula.

Amparo no sabía si en algún momento iba a dejar de oír en su cabeza el sonido de las bombas. ¿Otro café?

Un afilador gallego pasaba cantando una muñeira. De vez en cuando trababa el carrito para vocear sus habilidades.

Un chico de unos catorce años, con uniforme de ordenanza de algún lugar oficial, cantaba una copla de Imperio Argentina. De pronto se quedaba quieto y concentrado para repetir alguna frase de la que no se sentía satisfecho.

Amparo no pidió el segundo café. Salió a la calle. El paseo de la Escandalera rebosaba gente deseosa de encontrarse. Saludos estentóreos o preguntas a medio terminar y los mejores deseos en las despedidas.

Con urgencia se habían acostumbrado de nuevo a reír. A olvidarse de las ruinas, a celebrar bodas, a parir, a esperar calladamente por los que debían volver.

Pero las ruinas eran un calendario de hojas perennes.

Los nuevos ricos se amontonaban como escombros con tentáculos, y a los ricos de antes o los arruinados de ahora, los miraban por encima del hombro. Pero ellos sabían que conseguir que los aceptaran era cuestión de tiempo y de atesorar riqueza. Los estraperlistas, los chatarreros, los usureros, construían su dique bacteriano.

Pronto los tratarían de Don.

Habían empezado a fabricar hijos porque España se los pedía y ellos nadaban en la abundancia. El gasto de la prole se acometía con placer; cebados, rollizos, lustrosos. Tal así debían de ser los hijos de los ricos, los de los militares, los de los elegidos por Dios para conducir a la Patria. La Iglesia fue la primera en bendecir el dinero infectado y reservarles la primera fila de los reclinatorios. Empezaron a verse de maderas nobles tallados a mano, con

almohadillas de raso bordadas e iniciales de oro en el apoyabrazos. El sacristán les dedicaba diariamente su experto frotar.

También habían empezado a relucir los abrigos de pieles y las joyas, los domingos, en la misa de doce en la catedral. Los pobres esperaban en la puerta de salida, pero el sol cegaba a los adinerados feligreses, que se abrían paso con urgencia para ir a tomar el aperitivo.

Oviedo, la larva mutante.

La casa vivía en actitud de espera. Les habían dicho que el tiempo era un buscapiés que alcanzaba enormes velocidades a medida que transcurría. Pero ellas sentían sobre sí el paso lento del gorgojo.

Irene: los avisos.

Todas ellas: los avisos.

Todas ellas: el hermano.

Las tres: un hombre, un futuro.

Amelia: su papá.

Custodia: la gata.

Tal vez las tardes eran un poco más silenciosas que antes del aviso. Después de comer ocupaban sus sillas de anea en la galería. Las de Irene y Amparo, exactas y sin marca alguna, las distinguían sin dudar y no se equivocaban nunca. Aseguraban que cada asiento conservaba intacta la virtud íntima y personal de cada una y que no debía intercambiarse. La silla de Matilde era un poco más alta y con el respaldo mullido. Custodia no tenía. Los ventanales daban a las espaldas de las casas y lo feo quedaba al descubierto como un paisaje mezquino. Se veían tejados torcidos, a medio derrumbarse, de un rojo renegrido. Había que pasar por encima de ellos para llegar a los prados que rodeaban la capilla del Cristo de las Cadenas. Allí la vista se detenía golosa, deslindaba verdes. El cuadro que les hacía falta en el comedor. Porque había un comedor cerrado en el que no entraban más que un día a la semana para limpiarlo. Los únicos adornos de la galería eran los bultos de las labores de cada una cuidadosamente envueltos y colocados sobre sus asientos, y las vistas de la capilla. Entraba un rayo de sol esquinado. Irene lo aprovechó. Dentro, caliente.

Irene sacaba del bolsillo de la bata el espejo de aumento y las pinzas de depilar y repasaba todos los poros de la cara, luego las piernas. Matilde solía cabecear, Amparo leía un par de páginas de unas novelas por entregas que alquilaba en un puesto del Fontán. Después se lo explicaba a Irene. Amelita también seguía la historia y a veces preguntaba:

—¿Por qué llora tanto Herminia? ¿Por qué es tan desgraciada?

A las tres en punto, con la llegada de la primera alumna de Matilde, todas se movilizaban para empezar con la tarea de las tardes.

Irene colocó sobre el bastidor una camisa de seda. Debía bordarle las iniciales jota eme con letras de imprenta. Nada de adornos, le había dicho la señora de J. M. Bien tensada la tela, seguía el dibujo de la letra. Primero el

perfil, luego el realce y el manejo constante del punzón para darle brillo al hilo. El sonido de la aguja al entrar y salir de la seda. Y una imagen que también entraba por el delgado ojo de la aguja.

Ella.

Se veía mucho más pequeña y llevaba una maleta de cartón que pretendía simular piel de cerdo, con cerrojos grandes y dorados con los que pretendía encubrir su porte barato, pero no importaba, porque la maleta pertenecía a una muchacha que se trasladaba a un colegio, una huérfana de la guerra. Es buena niña, edúquenla ustedes, hermanas, se ha quedado sola, su madre ha muerto y su padre... bueno, ya se sabe el poco tacto que emplean los hombres con las chicas. Quién mejor que ustedes para conducirla a los buenos hábitos, la moral estricta, la dedicación al Señor. Ella las necesita para educarse dentro del seno del amor cristiano, para que luego escoja con libertad entre el matrimonio con un hombre o con el Señor, pero ustedes son las llamadas a inculcarle lo que es recto y honrado.

Otra camisa. De algodón con rayas azules muy delgadas. Bordar a quince centímetros más abajo del hombro y a siete de los botones de la pechera en letras de imprenta, eme erre.

Ella quería ser artista. Esperaba con su maleta de chica pobre de provincias la llegada del tren. Un billete de tercera, un bocadillo envuelto en una hoja vieja de periódico y a Madrid. Después de toda una noche y casi un día, la capital. Una pensión barata, muy barata, buscar un trabajo por horas y luego intentar encontrar un lugar entre las chicas de conjunto de una compañía de revistas, donde las piernas constituían el tesoro fundamental. Aunque fuese en la última hilera, en un lateral, no importaba, en cualquier momento algún lince del negocio la descubriría. Irene era la Yin Arló asturiana y se encontraba en el mejor momento. Apenas pasados los dieciocho, con un cuerpo por verificar, con todos los certificados de garantía y ninguna póliza prescrita. Irene. Lista y sin protección contra los ataques de los magos: contrato, piso y lo que quieras.

Un pañuelo de batista. Blanco. Letras de enlace: casar una eme con una o.

Tal vez un marido rico, le gustaban tanto los señores... Los que llevaban sombrero de fieltro en invierno y jipijapa en verano. Complemento de sus elegantes trajes. Los de verano en hilo; o los más modernos, de mil rayas, con aquel crujido de papel de regalo, zapatos con dos tonos y el blanco muy blanco, de blanco España y frotadura. Señorito, déjemelos cuando se vaya a dormir y mañana se los entregaré como una patena. El pañuelo doblado,

impecable, con su piquito que asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta que no se quitaban nunca. Los señores no se quedan con los brazos peludos al aire y enseñando los primeros pelos del pecho, que nadan a contra corriente, con ese olor ácido de un sudor sobre otro y un pañuelo desgarrado colgando del bolsillo trasero del pantalón. Los señores en invierno, tan elegantes, con trajes de Tamburini a medida y abrigos hechos por el mismo sastre que conoce tan bien el cuerpo del cliente, la camisa de seda natural con las discretas iniciales sobre el pecho. Lástima que fumaran, que lo considerasen tan de hombre y se empeñaran en llevar un puro entre los labios o la pitillera colmada. El aliento no era el mismo. Recordaba al de Valentín, con un ligero olor a palo dulce y a regaliz. No fumaba a causa de su asma, y bien que lo lamentaba, no se consideraba hombre del todo. Si él supiera con qué deleite saboreaba sus besos de colegio; aquella lengua corta por el frenillo, que le metía tan despacio y no le llegaba hasta más allá del interior de los labios. Y las aceleraciones marcadas por el ritmo de su lengua y el prensar acompasado de sus muslos. La enfermedad y el pecado que juntos la torturaban. El arrepentimiento, el padre Saturnino, las novenas. En alguna ocasión había llegado a pensar en castigarse con un cilicio, pero que no le doliera demasiado y que no le fuera a producir moraduras que le dejaran señales para siempre. Por otra parte, le iba a resultar muy difícil ocultárselo a sus hermanas y mucho más justificarlo. No. Decididamente, el cilicio no. Virgen Santina de Covadonga, perdóname, pero no.

Esta vez estalló la rabia, los insultos, que obligaron a sus hermanas a taparse los oídos, a no tomárselo en cuenta. Se vuelve loca, se vuelve loca. El trajín, la tila, las carreras por la casa sin sentido alguno, las visitas continuas al váter, las conjeturas, los cálculos, los ruegos al cielo. Reza, reza, recemos todas. La imposición de la calma exigida con rotundidad por Matilde.

Crearon un módulo de silencio en el que no podría caber ni una letra engrasada.

—¿Y si esta vez tampoco viniera?

—Si lo quiere es asustarte, Irene...

—Pero ¿hasta cuándo, Amparo? ¿Hasta que yo reviente?

—Nos está midiendo. Supone que estaremos locas por saber de Antonio y que aguantaremos.

—Si a Buenaventura le pudiéramos explicar nuestra situación, nos aliviaría, porque podríamos saber si alguien más ha intentado beneficiar a Antonio.

—Por prudencia decidimos que no, Irene. Nunca acabo de confiar en los hombres.

—¿Ni siquiera en Buenaventura, Matilde?

—De forma incondicional, no.

—¡Asústame! Añade un poco más de angustia.

—Irene, yo no quería... por Dios, cómo puedes pensar que... ¡Custodia!

—Ya voy. Un momento, que la estoy enfriando.

A Matilde le fallaban los cálculos. Llevaba días buscando a Clementina por los alrededores del mercado. Había elaborado una mentira adecuada para poder sonsacarle información cuando la encontrara. Al cuarto intento la vio. Saludos efusivos, parabienes, para luego decirle que desde el tranvía le había parecido distinguir de lejos a Saúl. Qué casualidad, fíjate, después de tantos años y Clementina le había respondido que se había confundido. Que la criada le había dicho el día anterior, en el puesto de la carne, que el señorito vivía en Madrid.

Paralizarse y esperar.

Irene. De nuevo la silla frente al reloj, el mismo bolso con el cierre de chasquido, la mano sobre él, la cara levemente hinchada, los ojos enrojecidos, la contención de las lágrimas que producían en su garganta un burbujeo de fuga de cañería.

Y los pensamientos que desaparecían por un bodoque abierto. Les seguían las manos, luego comprobaba que también le cabía la cabeza, y si cabe la cabeza, cabe el cuerpo entero, lo había dicho un contorsionista y a ella le había impresionado tanto que nunca se le olvidó. Y podía quedarse allí dentro sin sentir frío, ni hambre, ni miedo. Piojos. Sí, en el agujero había piojos, se estaba llenando de piojos y ella debía salir de allí sin perder un segundo. ¡Piojos!, dijo en voz alta. Sus hermanas la miraron, luego miraron la hora.

Abrió y cerró el bolso. Se levantó de la silla y se fue a vestir.

Se sentó de nuevo frente al reloj.

Abrió y cerró, abrió y cerró.

—Van a dar las seis.

—Sí, ya lo veo.

—¿Quieres alguna cosa?

—Que se muera.

A las seis y diez llamaron a la puerta.

Se miraron.

Sin pronunciar palabra Custodia se levantó y fue a abrir.

Irene oía a Custodia regresar por el pasillo gritándoles a todas: ¡Ha estallado otra guerra! ¡Ha estallado otra guerra!

Pero Custodia le dijo en voz baja:

—Irene, te esperan abajo.

Se levantó de la silla. Cogió el bolso, descolgó la chaqueta de la percha, miró su reloj de pulsera y dijo, el de pared atrasa.

La acompañaron hasta la puerta Amparo y Matilde. Sin decirse nada cerraron cuando ella hubo salido.

El la esperaba con la puerta de la parte trasera del coche abierta. Desde su asiento al volante, se giró ligeramente para decirle, suba y cierre de golpe. Y arrancó deprisa.

Se sentó sin apoyarse en el respaldo. El cuero del tapizado le produjo una sensación pegajosa y fría. El asiento era muy grande. Se agarró al borde. El coche emprendía la subida por Arzobispo Guisasola cuando Irene vio los ojos del chofer en el retrovisor. Le preguntó, dónde me lleva, por lo que más quiera, dígame dónde. No le contestó. El chofer dio un giro brusco al cambiar de calle. Irene se tambaleó en el asiento. Se colocó más cerca de la ventanilla y se sujetó al agarrador. Apoyó la cabeza en él, cerró los ojos, dijo en voz baja muchas veces, Dios mío, Dios mío. Sintió ganas de orinar, su estómago

parecía un émbolo. El coche continuaba hacia la parte alta de la ciudad, bordeaba el parque de San Francisco. Irene volvió a colocarse en el centro del asiento para buscar los ojos del chofer e intentar preguntarle otra vez. Contuvo el vómito. Esperó. Lo buscó, pero él no la miraba. Tocó con los nudillos la ventanilla de separación. No le contestó. Intentó abrirla. No pudo, no se movía. Volvió a golpear. Dónde me lleva dónde me lleva quién es usted. Nada.

Irene se tragó la náusea. Buscó un resquicio para mirar a través de las cortinillas. Entraban en la calle Fruela en dirección a su casa. ¡Volví! ¡La llevaba a casa! Irene encontró los ojos que buscaba. ¿Amables? ¿Sonrientes? Estaban ya en la plaza del Ayuntamiento. Giró otra vez con brusquedad para entrar en la calle de la Magdalena. Irene se golpeó contra la puerta. Se acercaban a su casa. Pasaban por delante. No se paró. El coche seguía. Irene golpeó con fuerza el cristal. ¡Pare! ¡Pare! ¡Pare! El coche continuaba por el mismo recorrido de antes. Volvió a girar con brusquedad al entrar en la calle Santa Susana. El parque. Irene vomitó sobre el asiento. Vio los ojos. Lloró. Gritó. Sacó un pañuelo del bolso. Quiso limpiar el asiento, pero el pañuelo era muy pequeño. El vómito pegajoso lo empapó en el acto. No lo recogió. Se separó con asco. El retrovisor. Sin ojos. Llegaban a la calle Fruela de nuevo. Otra vez en dirección a su casa. Plaza del Ayuntamiento, Magdalena. El coche iba muy deprisa. La calle muy corta. Al llegar al portal dio un frenazo tan violento que Irene se golpeó contra el cristal de separación. ¡Parado! El coche parado delante de su casa. El chofer entonces se giró. La miró directamente a los ojos. Le dijo, se puede bajar. Y no se preocupe. Yo lo limpiaré.

—¿Ya he llegado? ¿Ya está? Pero mi hermano, ¿qué? ¿Sabe usted algo de él?

—Yo sobre eso no sé nada.

—¿Pero usted...?

—No insista. Salga, por favor.

Irene no sabía abrir la puerta. El chofer le daba instrucciones. Irene sin atinar, sin ver, sin poder coordinar lo que él le decía, estaba a punto de gritar. No sé, no sé. No puedo. Ayúdeme. El chofer le abrió desde fuera. Irene, por primera vez, lo vio. Un tacón se le enganchó en el tapizado del suelo. Más nerviosa aún, casi con las lágrimas a punto, le dijo, perdóneme. Él le sonrió ligeramente mientras sostenía la puerta abierta, se tocó la gorra en señal de saludo y añadió dando intensidad a sus palabras:

—No se preocupe, ya verá como todo se arregla.

—¿Usted cree?

Entró en el portal. Sin respuestas pero sin náuseas.

Amparo no lo entendía. Matilde lo intentaba. Custodia se limitaba a sentirse feliz por la rapidez en la vuelta de su hermana. Irene, después de lavarse a conciencia, ponerse el camisón y sentarse en su silla, se encontró tan bien que les dijo que ni siquiera necesitaba llorar.

—Calculo que no llegará a más. Se ve su intención.

—Creo que estamos en lo cierto, es el Inquisidor y no quiere exponerse a que yo lo reconozca. Puede que le apetezca jugar conmigo y eso es lo que se ha propuesto: jugar.

Amparo parecía decirse a sí misma: es tan absurdo lo de hoy, tan incomprensible. Claro que los hombres son tan raros, que a saber. De locos. Todos.

—Poco importa si lo de Antonio sigue adelante y contigo no pasa de ahí, Irene.

—Intuyo que sí, no sé, había algo en el chofer como si me lo quisiera asegurar y no pudiese.

—Pero el chofer...

—Ya os lo he dicho. Es una intuición.

—Exige poquita cosa, ¿verdad?, pudiendo comer carne se conforma con pescado. Lo dijo Custodia. Tres cuerpos se irguieron a la vez de cintura para arriba, dieron un giro a sus cabezas y quedaron enfocadas directamente hacia Custodia. Cada una de ellas se llevó la mano al punto exacto donde se producía la reacción. Custodia se levantó poco a poco y, sin añadir nada más, salió de la galería al refugio seguro del cajón de la cocina. Llamó discretamente a *Mili*.

En otro momento se podían haber reído hasta pedir por Dios, basta, basta que nos morimos.

A la mañana siguiente Irene se levantó tarde. En el reloj del Ayuntamiento habían dado las diez.

—Me encuentro bien, no te preocupes, Amparo.

—De todas formas, hoy me encargaré yo de tu parte de la limpieza.

Irene le contestó que tal vez un rato más en la cama le sentaría bien. Amparo le dijo, sí, sí, claro, descansa, duerme, reponte.

—Quizá cuando me levante, me acerque a la iglesia de los Dominicos.

—Si quieres, te acompaño.

A Amparo todavía le quedaba pendiente una buena parte de la limpieza de la casa. Se instaló sobre las bayetas de lana y con la gamuza del polvo en la mano, comenzó el repaso de las fotos de artistas del cine mudo que decoraban parte de la pared del largo pasillo. Se entretuvo en las de Greta Garbo y Lon Chaney.

Quiso cantar pero pensó que sería mejor no levantar la voz para que su hermana durmiera a gusto. Las lágrimas por aquel pequeño paréntesis, por el respiro, por el Dios mío, no ha pasado nada irremediable, le producían escozor de orines en los ojos.

Irene y ella casi se consideraban gemelas. Juntas en la misma cama hasta que se casó la primera hermana y entonces pudieron ocupar una cama cada una. Amparo no se atrevió entonces a decirle a Irene que echaba de menos encajarse en su cuerpo por las noches, que le costaba mucho más dormirse cuando el miedo a cualquier cosa le subía piernas arriba y se paraba al final de los cabellos; que se le anudaban, se le retorcían, soltaban chispas con los colores del demonio. El frío del invierno, los pies helados y el yo te los calentaré, Amparo, métemelos debajo de las piernas. Las conversaciones en voz baja para que su madre no las urgiera a callar, que era muy tarde y que qué cotorras estaban hechas, como si las horas del día no les cundieran lo suficiente. Los planes para empezar: siempre un hombre. Para terminar, hijos y nietos. Pero siempre juntas, para contarse esas cosas tan misteriosas que ocurren en la vida de las mujeres que producen ese respingo en la piel al imaginarlo, que revoluciona la caja de grillos con la P de príncipe, del beso que ha de despertarlas. Vírgenes y por dónde será, y la exigencia de sangrar mucho para que él esté contento y qué raros son los hombres, qué cosas tan extrañas les gustan, ¿verdad, Amparo? ¿Me lo contarás todo? Sí, ¿y tú a mí?

Habían pasado muchos años y ella no le había contado a Irene su desengaño y la pena que le había causado Lisardo, y seguro que Irene también le ocultaba

cosas, pero mantenían intacta la cepa.

Los tablones de castaño encerados crujían como ratas apesadas.

A Amparo le caía el sudor mejillas abajo, aumentaba el caudal entre sus senos, y se convertía en torbellino al llegar al ombligo.

Amparo ya le había prometido a Dios renunciar a todo lo que podía esperar en este mundo, a condición de que Irene saliera con bien del trance.

Dios ponía plazos. El del día anterior se había cumplido, y su instinto le profetizaba que dentro de nada todo quedaría resuelto, que a cambio de las renunciaciones que ella le había prometido, Él estaba formalizando los pagos. Claro que Dios tal vez no se había apercebido de que a ella no le importaba tanto un futuro con marido. Ella no deseaba que su vida se desviara más que el recorrido por los Cinco Misterios que rezaba antes de dormirse, en su cama, con sus buenas mantas y el colchón de lana de su abuela. Un lujo. Su rutina, sus hermanas, su casa, recuperar a su hermano y no volver a vivir otra guerra. Quizá renunciaba a lo que en realidad no le importaba. ¿Y si Dios se lo tenía en cuenta? No, tampoco, porque si pudiera acceder a alguien como Buenaventura... Su hermana Matilde sí contaba con la suerte de su lado. Reconocía en ella mucha más inteligencia y una soltura digna de admiración. Salía, se relacionaba, cultivaba amistades. Por otra parte quedaba Irene que con su belleza conseguiría lo que quisiera. Pero ella no daba un paso más de los necesarios. Como excepción se permitía ir a bailar tres noches al año, cuando se celebraban las fiestas de San Mateo, y eso porque venían sus amigas del pueblo y en tropel se lanzaban a esas tres noches de pillaje. Sin embargo, durante la guerra, en varias ocasiones montaron baile en el patio interior de la casa. Se accedía a él después de atravesar el túnel que servía de refugio. No habían podido estrenar alpargatas, ni zapatos, ni vestido, pero se habían divertido tanto... y casi emborrachado. No sabía cómo, pero siempre había alguien que sacaba una botella de anís, vino, sidra o aguardiente casero. Hasta galletas. La juerga era completa aunque no hubiera apenas hombres con los que bailar, pero se morían de risa al ver a Carpio, el manco, uno de los pocos, agarrar a Dolores con el muñón. Él mismo decía que todo lo que le quedaba lo tenía así de fuerte y de duro. Las carcajadas que sonaban, advertían algunos, pondrían en movimiento a los «pacos».

Recordaba con ternura aquel esfuerzo por divertirse y seguramente volvería a hacerlo en cuanto a todo se le diese el título de normal. De todas formas, Amparo daba a su vida tan pocas oportunidades de cambiarla, que la posibilidad resultaba tan lejana como absurda.

El suelo de tablas de castaño brillaba. El sol le permitía comprobar que no quedaba ni una partícula de polvo. Si hubiera sido pequeña, le habría dicho a su hermana que, si observaba con atención los reflejos en la madera, vería aparecer la imagen fugaz de la bruja de Blancanieves.

A las diez, Custodia ya se encontraba en casa después de haber dejado a Amelia en el colegio e iniciaba el itinerario de todos los días. Bajaba la leve cuesta de la calle Sin Nombre hasta el Fontán, con los dineros apretados en un billetero deformado. Allí esperaba a Ramona, que llegaba desde la Manjoya en burro con las cántaras de la leche recién ordeñada. Más puntual que el tranvía, decía orgullosa al apearse, y los caminos cada día más malamente. Parecen dos leguas en lugar de una. Cuando nieve, ya veremos si llego.

Saludaba con un ¡qué frío, rediós! Vengo soplando los dedos porque los sabañones me matan.

—Mujer, ponte unos guantes.

—Cuando los den con el racionamiento, Custodia.

A Custodia siempre le había gustado la vista que se alcanzaba desde el centro de la plaza del Fontán, y a veces hasta se paraba unos momentos a contemplarla, a pesar del olor putrefacto de algunos productos mezclado con el de los frescos. Las viviendas que enmarcaban el cuadrado de la plaza tenían galerías de madera con grandes cristaleras, muchas de ellas todavía sustituidas por cartones. Begonias aparatosas que crecían en el lado por el que entraba el sol. Viejecitas en sus sillas de anea, situadas de tal manera, que la vista de la plaza fuera la distracción de cada mañana de cada día del año, hasta que en cualquier amanecer el hueco lo ocupaba otra begonia.

La vejez y las bombas habían torcido los edificios como si el peso de sus habitantes lo hubiera decantado. Las estructuras se restregaban unas contra otras como hermanas de leche. Soportales bajo los que las parejas, por la noche, apretadas contra una de sus columnas de piedra, carbonizaban el guijarro de la honra. Soportales para guarecerse de la lluvia, para sentarse los hombres a jugar una partida de cartas en la sillita de la costura prestada por sus mujeres después de escuchar la retahíla de recomendaciones para no estropearla, porque los hombres, ay, Dios, cómo son de desidiosos. O la de las procesiones; el lugar desde el que los niños contaban los rayos.

La única casa moderna del barrio asomaba por encima de los tejados, la más alta de la ciudad, con dos ascensores, portería, calefacción y una placa de latón que anunciaba: Hay gas. Coño qué alta, coño qué lujo, coño ya parecemos *Madriz*, se veía tan ladeada que daba miedo pasar cerca. La habían desalojado después de un bombardeo feroz pero no le habían colocado un solo puntal, como si esperasen a que un buen día se desequilibrara del todo. Un trabajo menos. La admiración que había suscitado en su momento la hizo

ganarse el mote y todo Oviedo la llamaba «la casa del coño». Custodia contemplaba ahora su perfil canalla.

Las bombas que se habían cebado con aquella parte de la ciudad, presentaba ahora un aspecto enfermizo, de mal alimentada y raquítica; coja y manca, pero ya se sabe lo que ocurre cuando se pasa por semejantes bretes.

Le gustaba. A Custodia le gustaba su ciudad, en especial aquella parte que recorría diariamente, como su cuerpo al despertarse, pero hoy sus pies nerviosos se encaminaban hacia otra zona.

Sentía unas ganas enormes de ir a ver a la echadora de cartas. Ante todo, agradecerle el que Irene se fuera librando. Había que insistir sin desfallecer. El Ángel debía resolverlo al completo, pero paciencia, se veía asediado por tantas peticiones desesperadas le aseguraba Engracia... mientras lanzaba un suspiro largo y entrecerraba los ojos con un parpadeo agitado. A Custodia le urgía consultarle algo muy especial para ella, pero mentalmente, sin preguntárselo. No le daría pistas a Engracia, solo le pediría que le echara un corte, que lo estudiara, a ver cómo se le presentaba el porvenir. Esperaba que el Ángel no se encontrara perezoso o en su temporada de reponer energías, porque entonces Engracia no lo molestaba.

Subió un momento a casa para dejar la compra. La cantimplora de leche y las cerillas. No había pasado aún por la tienda de Manolo. A la vuelta. Después del corte.

Engracia llevaba años diciéndole que la veía rica y casada, y Custodia siempre se reía a carcajadas. Con los pocos hombres que había, le comentaba, cómo, por qué y para qué se iban a fijar en ella. Pues chica, parece una letanía, pero te repito lo que me dicta el Ángel: Rica y casada.

Engracia, con un aplomo y una energía que no utilizaba para otras cosas, le aseguraba que su Ángel era el mejor del cielo. Un hombre. Es un hombre, Custodia. Un vecino del cuarto segunda al que cuidé durante los últimos años, sobre todo cuando cayó enfermo, hasta que se murió. No nos unía ningún parentesco, él era viudo, y sin familia. Extranjero, ¿sabes?, de León o Almería, bueno, de por ahí, y yo me desviví por él. Antes de morir se me dijo, no dispongo de bienes, Engracia, pero te voy a proteger desde el cielo. Me puedes llamar cuando quieras que yo acudiré y te ayudaré a resolver todos tus problemas y los de las personas que tú quieras. Y la salud y los dineros no te faltarán. Y, chica, así fue. Desde entonces yo miro las cartas y él me guía. No se equivoca nunca. Me dicta las oraciones y ya ves la cola que se forma.

Custodia aseguraba que la creía a pies juntillas. Sus hermanas no sabían nada sobre aquellas visitas. Con su escepticismo, así les iba. En qué habrían terminado todos los dramas familiares si no fuera porque ella los resolvía por mediación de Engracia. Lo malo fueron los apuros económicos, porque Engracia insistía en que la puntualidad para pagarle al Ángel era primordial. Lo primero que les preguntaba a los consultores era si llevaban el dinero. Entonces les pedía que lo depositaran sobre la mesa; lo tocaba, se persignaba con él, lo besaba apretado dentro de su puño, lo guardaba entre pechos y sostén, y ya podía empezar.

Ahora la necesidad de saber la apremiaba, quería... porque ella notaba que un nuevo latir obcecado y persistente se le escondía tras el estado angustioso que le provocaba la situación de Irene.

Y podía ser lo más importante que le ocurriera en la vida.

El Ángel. Él, recapacitaba Custodia, guarda la cartilla con la que todos nacemos, donde está escrito el nombre de cada uno y el destino, y nadie puede saltarse un renglón. Debemos cuidarlo para que nos lo cuente poco a poco, pero por adelantado, para prepararnos, para protegernos contra los ángeles malos que confunden los textos, cambian los nombres y desatan babeles que vuelven locas a las personas.

Custodia cumplía religiosamente con el ángel que le había designado Engracia, aunque a veces se lo cambiaba y eso la desorientaba un poco, pero Engracia le decía que estuviera tranquila, que actuaba por delegación y que pertenecía al mismo grupo. ¿No se confundirá?, le preguntaba con alarma Custodia, y Engracia se reía. Entonces la paz la llenaba por completo y le entraba, como siempre, a través del ombligo.

Ella no percibía los paisajes de la misma manera. Aseguraba que a la ida los veía de una forma, un color, y a la vuelta de otro. Ahora volvía. Deprisa. La hora de la comida se le echaba encima y todavía necesitaba pasar por los ultramarinos de Manolo a buscar sal, laurel y patatas. A Matilde se le despertaba el hambre a la una en punto y sus hermanas se pondrían como basiliscos si no estaba en la mesa el plato recién servido. Deprisa. Después, por la tarde, regresaría. Engracia había dispuesto que el Ángel, el titular, el auténtico, acudiera a las seis en punto.

Pero aquella tarde Matilde le dijo a Custodia que no dejara que la cocina se apagase, que iban a amasar harina que le había regalado una chica de Pontón de los Caballeros, un pueblo de la raya con León, que para cocer el pan el horno debía alcanzar una temperatura muy alta, no como la vez anterior,

Custodia, que casi se nos echa a perder, dijo con un suspiro entrecortado Matilde y añadió que fuese a comprar levadura madre.

Y no te muevas de casa en toda la tarde, Custodia.

Dios mío, el Ángel.

Matilde añadía agua y harina a la masa, le daba golpes con el puño, la doblaba sobre sí misma con varios pliegues, la dejaba descansar sobre un paño húmedo al lado de la cocina, luego, volvía a amasar y no le contestaba a Custodia porque no la oía.

Ella era la única que no había dudado de que era el Inquisidor, y ahora era también la única que estaba segura de que no lo era. Saúl, en Madrid, le había asegurado Clementina, y para completar la información, una noticia en el periódico de una inauguración en Toledo a la que él, excepcionalmente, destacaba el periodista, había asistido. El mismo día de la cita con su hermana.

La levadura hinchaba la masa. Volvía a ser el momento de darle unos cuantos golpes más. Abrirla, estirla, recogerla por los bordes y convertirla en una bola dócil.

Ella no podía permitirse perder el control. Se exigía aparentar seguridad para poder sofocar cualquier brote de incertidumbre. Fingir. No tenía más remedio que esperar por algún otro dato, un signo que le diera una nueva oportunidad de saber. De saber qué. De hacer qué. De intervenir cómo. De quedarse quieta, como cuando un miedo ronda cerca y lo mejor para despistarlo es no moverse, no respirar, no pensar, y el miedo pasa de largo en busca de otra zozobra con la que alimentarse.

—Matilde, la cocina está a punto y la parrilla del horno lista.

—¿Qué dices, Custodia?

—Si yo no os vengo a ver, cómo sois, no pasáis por mi casa ni atadas.

—No lo tomes a mal, Luz, todas hemos cogido la gripe de una en una. Ha sido un mes sin respiro. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—También la pasé, pero ahora bien. ¿Qué? ¿Hay una taza de malta para la vecina?

—Sí, hija, sí, siéntate, que la preparamos en un momento.

Habían rehuido las visitas de Luz por miedo a que se produjeran en un momento inoportuno. Las unía una amistad de vecindario, compartían algún secreto y por ambas partes se sabían conscientes del peligro de conocerlos, por lo que cuantos menos, mejor. Nunca se sabía dónde acechaba el enemigo. Ellas habían vivido de cerca denuncias entre hermanos, entre padres e hijos, que habían acabado con la ejecución del «enemigo».

Sin embargo, la presencia de Luz disipaba dudas y restablecía la confianza que brotaba ante una taza de malta con sacarina.

—¿Cómo anda todo? El de por allá, bueno, ya me entendéis, ¿qué?

—Nada todavía.

—Van llegando, no os preocupéis. Y para preocupación, la mía.

—No nos asustes, Luz. Cuenta.

—Creo que estoy esperando.

—Ah, bueno, mujer, tú estás casada, así que esas cosas imagino que son normales y hasta agradables.

—¿Agradables? ¿Agradable, dices? Con el hambre, el frío, las enfermedades, el miedo, huy, no, no. ¡Un hijo ahora!

—Esta situación se terminará pronto. No puede durar, mujer.

—Y eso que probé el método de la esponjita allí.

—¿Cómo, cómo? ¿Qué método, Luz?

—¡Irene! Qué pregunta es esa. A ti qué te importa.

—Chicas, nunca se sabe.

—¡Irene!

Amparo frunció los labios y eso quería decir que le incomodaban las pesquisas de su hermana. Pero Irene ignoró la llamada de atención.

—Si por lo menos...

—¿Qué, Luz? ¿Qué? Anda, termina.

—Si lo hiciera a una hora normal, pero, chica, siempre le apetece cuando yo ya he cogido el primer sueño, y luego, me desvela el hambre y no me puedo

volver a dormir. Me da una rabia oírlo roncar a mi lado como si nada... ¡Una rabia!...

—¿Y no le puedes decir que no, que no te apetece?

—¡Irene! ¿Tú crees que le puedes decir eso a un marido?

Luz soltó una carcajada que desconcertó a Irene y puso aún en mayor alerta a Amparo. Lo contaba divirtiéndose por el efecto de su atrevimiento, con una malicia dirigida especialmente a Irene.

—¿Apetecer? Qué cosas se te ocurren, Irene. Qué poco sabes. ¿Para qué crees que estamos las mujeres? Para cuando les entra el ataque a ellos. Si las mujeres, de eso, nada. Yo al menos. Claro que las hay que aseguran que después del primer hijo sienten, pues, bueno, una cosita agradable, pero yo prefiero no llegar a enterarme nunca. ¡Un hijo! Y a veces, chica, me mete ahí una cosa tan fría que...

—¡Luz! ¡Por Dios, no sigas! ¡Qué horror! Y tú, Irene, no la pinches más. Déjala tranquila. No sé cómo te gusta oír esas cosas. Y no os habéis dado cuenta de que hay ropa tendida que se entera de todo.

Las tres a la vez miraron a Amelia. Amelia se frotó la nariz y siguió a lo suyo.

Irene, con la cara roja, sonreía, y Luz le hacía muecas amenazadoras mientras las dos se entendían ignorando a Amparo.

Amparo: jaretas en la pechera del camisón de novia. Amparo: ¡Cómo que fría! Si era puro ardor. Si abrasaba. Si su escozor la atormentó durante días y días.

Amparo gritó. La aguja se le había clavado hasta el hueso.

Amparo escuchaba atentamente a Irene, que con gran serenidad le describía al chofer.

—Sí, claro, muchísimo miedo, imagínate, pero no de él, no sé cómo explicártelo, sentía como si la única persona en este mundo que me pudiera defender en aquel terrible peligro fuese él. Llevaba la gorra de plato ladeada como los artistas de cine y, a pesar de que le daba sombra a la cara, se le veía una expresión que de ninguna manera podía esconder a un hombre malo. Casi bondadosa. Sí, bondadosa. Las facciones tan delicadas, el bigote fino y tan bien recortado, la piel blanca y sin sombra de barba, no sé cómo decirte para no exagerar. El único dato especial, bueno, que me llamó la atención, es que tenía los labios muy rojos. Fíjate que se lo noté en medio del susto que llevaba. Rojísimos. No sé por qué, pero me siento tranquila, Amparo. Espero que no ocurra nada más, pero si por desgracia la cosa no parase aquí, no correré ningún riesgo. Él me defendería, lo intuyo, No, en eso no voy a equivocarme. Me da gran confianza.

—Me alegra que lo sientas así, porque lo de nuestro primo... Amelita, vete a jugar al cuarto de baño. Lo de Antonio está prendido con alfileres.

—Me dio a entender que todo se arreglaría, así que yo me atengo a eso. No quiero pensar en nada más.

Irene cerró la conversación. Apartó el limo fangoso. Colocó sobre el bastidor la camisa en la que debía bordar el nombre completo, Luis, y se entregó a la tarea con la misma mecánica concentración de siempre. Letras pequeñas de imprenta, y en el tono de la base de la camisa, un gris acerado.

Se volvió hacia sí misma, a pensar en ella, que era en quien más le gustaba pensar. A un momento lejano de su vida.

Ella, la más pequeña, la mimada. Contaba ocho años. Ya no quería ir más a la escuela y su padre, que se lo consentía todo, por aquel capricho descabellado de dejar la escuela porque era muy aburrida, no transigió. A la escuela, con aquel maestro que se dormía en verano. Blandía una pala con la que mataba las moscas, que se quedaban aplastadas entre los agujeros de la rejilla, y con la que luego pegaba palmetazos a las niñas. Cantaban la tabla completa de multiplicar completa mientras el maestro dormitaba, cuando llegaban al final se despertaba a medias, abría un ojo y les decía; repetidla, que se os meta bien en la sesera. Si ya la sabemos, don Plácido. Pues otra vez, ahora con música.

La salida a trompicones para desaparecer de la vista de los niños e ir a bañarse al río, a la Pedrona, desde la que se tiraba porque había una poza profunda y se nadaba que daba gloria en aquella agua tan rica, luego, a secarse al sol con la ropa interior empapada. Las bragas grandotas de algodón, que ella se enrollaba en la cintura porque a fuerza de lavados se habían dado de sí; y la enagua, que su madre le había hecho con tela de los sacos de harina de Pura, la panadera, pariente lejana, un algodón tosco, hilado a mano por ella, que duraba generaciones.

Fue aquel verano cuando descubrió lo que más tarde serían las aceleraciones. Bajando del manzano. Abrió bien las piernas, se abrazó con ellas al tronco y se dejó deslizar despacio. Notó cosquillas en un punto hasta ese momento inexplorado, un lugar remoto y sin nombre donde le habían empezado a salir unos pelillos rubios que la alarmaron tanto que se los enseñó a su madre. Se extrañó de que le dijera que a todo el mundo le pasaba. Sus hermanas no se lo habían advertido, así que seguro que a ellas no les habían salido. No le gustaban y se los quiso quitar con la navaja de afeitar de su padre. Cómo se burló de ella su madre mientras la curaba, y qué vergüenza pasó, y cómo le picaron al salirle de nuevo.

El manzano. Todos los días al manzano. A subir y bajar hasta que ya no podía más. Lo quiso compartir y se lo susurró entre risas y misterios a su amiga Remedios, su compañera de banco en la escuela. A partir de entonces, las dos se pasaban la tarde con pillerías y carcajadas. Subían deprisa y se iban parando a medida que descendían para gritar de risa y de bisbís. Remedios le decía que lo que ella notaba allí era como un bisbís. Y al pronunciar bisbís, apretaba mucho los labios y dejaba salir el sonido con una burbujita de saliva y la puntita de la lengua. Se les escapaba el pipí de tanto reírse.

¿Remedios también sufriría aceleraciones?

—¿Qué habrá sido de Bisbís, Amparo?

—¿De quién?

—¡Ay!, por Dios, qué tonta estoy. De Remedios. ¿Te acuerdas de ella?

Amparo torció el gesto como diciéndole que qué sabía ella, sorprendida de que su hermana se acordase en aquel momento de Remedios, y sorprendida además, porque Irene mantenía con fuerza la expresión de quien no puede aguantar la risa. Amparo acostumbraba a escuchar las carcajadas que soltaba Irene a lo tonto, pero en aquel momento ella no sentía ganas de participar de lo que fuese que le provocaba la risa. Analizaba con precisión todo lo que Irene le había dicho acerca del chofer.

Su hermana, con una sola mirada al chofer, ya había averiguado que podía confiar en él. Habría calculado, aunque de forma inconsciente, todos los mecanismos que debía activar para que aquel hombre la ayudase, se volcara a su salvación ante cualquier peligro. Ya ni siquiera le importaba saber con exactitud quién le enviaba los avisos. Para Amparo no cabía duda de que era el Inquisidor. No había querido contarles nada a sus hermanas, pero había salido varias tardes con la excusa de las compras para el colegio de Amelita, y se había dedicado a intentar descubrir entre las caras de los hombres, una con aspecto enfermizo y que le recordara la de aquel niño. Este iría bien vestido. Con toda seguridad llevaría un abrigo de paño cruzado y sombrero de fieltro. Todo en azul marino. O tal vez era de los que les gustaba exhibirse con su uniforme de falangista. Estatura mediana. ¿Algún rasgo, algo que lo diferenciara? Ella no creía que llevara maquillaje, ese era un bulo tonto. En Oviedo ningún hombre se atrevería a semejante excentricidad. Debía buscar aquella cara de ojos enormes y un poco caídos y muy negros, de eso sí se acordaba, quizá por el contraste con su tez tan blanca. Las mejillas escurridas, aunque, no, de eso no se encontraba tan segura. Insistía. Amparo lo invocaba. El rostro en alguna ocasión aparecía nítido, para mezclarse con otro en el que destacaban sus ojos negrísimo por encima de la bufanda, como único detalle sobresaliente. Dudaba si era su imaginación la que lo dibujaba para poder buscar a alguien o era un recuerdo. De todas formas, estaba decidida a seguir, así que Amparo rastreaba esos ojos bajo el ala de un sombrero. Si los encontraba, ¿qué?

En aquel momento debía pararlo todo. Amelita llegaba del colegio y pasaba la primera media hora contando lo que había ocurrido durante la tarde. Llevaba tan solo una semana de asistencia y la novedad la mantenía con una emoción que la obligaba a dar volteretas, a reírse y a soplar mientras hablaba.

—¿Otra hoja entera llena con el nombre de tu papá, Amelita?

—Sí, es un regalo para él. ¿Cuándo vendrá?

—Pronto, hija.

—Tía Amparo.

—¿Qué?

—¿Qué es una cárcel?

—Un sitio en el que encierran a las personas que se portan mal.

—¿Y no salen nunca?

—Sí. Cuando les levantan el castigo. Entonces, sí. A las niñas buenas no les interesan estas cosas. Anda, trae la aguja, que vamos a empezar.

—A mí no me gusta coser.
—Pues prepárate para que te guste, porque a todas las mujeres nos gusta.
—¿Y a las niñas también?
—Sí, también.
—Pues yo me aburro y además me pincho.
—Cuando aprendas a manejar la aguja, ya no te pincharás.
—Me gusta más aprender cómo se pinta la tía Irene.
—Amelita, que voy a perder la paciencia. Te lo voy a recitar: aprenderás a coser, a bordar, a cortar vestidos y cosértelos, a zurcir calcetines, a planchar, a sacar brillo a la cera del suelo, y a ventilar y a hacer las camas.
—¿Y podré cantar mientras tanto?
—Sí, eso sí, canta todo lo que quieras.
—Cuando mi papá vuelva ya no aprenderé nada más. Y me iré con él.
—No seas rabanerita, que es muy feo en las niñas. Coge el trapo bien, sin estrujarlo, las puntadas pequeñas, ¿ves? Y no formes esos nudos. Es de mala costurera.
—Tía Amparo.
—¿Qué?
—Mi papá es muy bueno.
—Claro que sí, hija, muy bueno.
—Entonces, ¿por qué está en la cárcel?

Pablo. ¿Qué le pasaba con Pablo? Irene había perdido casi por completo la ilusión por verlo. No pensaba apenas en él, ni en lo que en otros momentos la había apremiado a clavarse el pie del bastidor entre el nacimiento de los muslos, mientras bordaba; ni en montar un muslo sobre el otro y estrujarlos con todas sus fuerzas. Era cuando la aguja atravesaba la pechera de la camisa con tal furor que parecía a punto de rasgarse. Balanceaba el pie que sostenía en el aire con un movimiento acompasado, monótono, que le repercutía allí. Entonces añadía otro conocimiento que había adquirido por prescripción médica. Había sufrido una infección de orina y el médico le había enseñado a mover un músculo para contenerla. ¡Un músculo allí, abajo, en sus partes! Se había muerto de vergüenza, pero había aprendido muy bien. Y practicaba a menudo, como le había aconsejado su doctor. Apretar, aflojar, apretar, aflojar, sin perder el ritmo. Los efectos secundarios aparecían rápidamente, con sus fases: el calor, la humedad que le traspasaba la seda de las bragas, la respiración que se le encabritaba. Daba entonces un salto que estremecía a Amparo y se encerraba a toda prisa en el cuarto de baño. Agua fría, agua fría allí para frenarlo. Luego, también en la cara, para achicar el color de la calentura. Amparo. Disimular. Qué tortura, Dios mío. Qué padecer.

Ahora ya no la alborotaba. Como conclusión, ella se decía que Pablo era otro que se le había quedado pasadito. Aspiró profundamente y comenzó un tango de Gardel con tanta potencia de voz que Amparo la miró por encima de los lentes con cierta sorpresa.

Irene no se inmutó y siguió con el tango y la búsqueda de argumentos.

Le daba pereza, pero necesita unas buenas razones para convencer a sus hermanas de que no le quedaba más remedio que dejar a Pablo. Había seguido con él obligada por Matilde, excusa a la que no podía apelar, por lo tanto, debía activar su inventiva. Si no, no se libraría del rapapolvo de Matilde y Amparo se iba a sentir muy mal con las tensiones que se crearían, para luego, al quedarse a solas, darle la razón a Matilde. Siempre podía recurrir a la angustia que le producían aquellos avisos que le enviaban, pero a Pablo necesitaba buscarle relevo urgentemente.

Bordaba con hilo rojo unos pétalos un poco cursis en un camión de novia. Los pétalos se cerraban de dos en dos, como labios. Labios rojos, muy rojos. Ajuares, noches de boda. Hombres. A ella un hombre misterioso, elegante y con bigote, que la amaba hasta el delirio, la raptaba con la sola intención de contemplarla. Jamás le causaba daño. La miraba por un solo ojo

desequilibrado y perturbador. Sin manos. Únicamente lengua. Una lengua ducha en el juego del escondite, que se movía con ligereza de lagartija, que llegaba ansiosa y rapaz a sus zonas desorganizadas.

Tal vez iba a necesitar otro poco de agua fría.

La aguja penetraba en la tela, que gemía con el impulso de entrada y salida. Irene bordaba labios entreabiertos. Su respiración acompañaba los movimientos de la aguja: arriba, abajo, arriba, abajo, entre sus dedos, hasta que de repente Amparo le hizo una pregunta. Irene dio tal salto en la silla que las sobresaltó a todas. Sin proponérselo se oyó contestarles:

—Sí, sí, lo dejo. Ya se lo he dicho. Pablo está al corriente.

—¿Cómo que se lo has dicho? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué?

—No lo sé, Matilde.

—Eso sí que no te lo acepto. ¿En estos momentos dejar a alguien como Pablo? No, eso no. Mira que te juegas el porvenir, Irene.

—No me atosigues, Matilde, no sé lo que me pasa, pero sí sé que necesito una tregua, asegurarme de que no voy a recibir más avisos. Limpiarme, despejarme. No quiero a ningún hombre a mi lado. De momento.

—¿Es que has notado algún cambio en Pablo?

—No, nada.

—Pablo te quiere, y si en último extremo nos viéramos en la necesidad de contárselo todo, él lo comprendería. Y ninguno más. Ya sabes tú cómo se las gastan. Además, Pablo se gana bien la vida y podrías aceptar su propuesta de vivir en San Sebastián. Allí desaparecería para ti el peligro y nosotras más tranquilas también, porque aquí ya se sabe que las cosas no prescriben nunca y pueden relucir en la mente de alguien dentro de quince años.

—¿Y separarme así de vosotras, irme a un sitio donde no conozco a nadie?, huy, no, no. Me moriría de añoranza.

—Creo que lo que te dice Matilde es muy razonable, Irene. Dejar el problema atrás y un buen marido, ¿qué más quieres? Al fin y al cabo, poca diferencia habrá entre un hombre y otro.

—Yo ahora no quiero tomar ninguna decisión.

—Pues yo insisto en que te cases con Pablo.

—No me lo exijas, no quiero que me domines en esto, Matilde.

—Debes aceptarlo, Irene. Además, os tengo que decir algo. No es el momento más adecuado para ello, lo sé, pero no siempre se puede escoger. Buenaventura porfía para que nos casemos, me acucia. Ya lo perdí una vez porque os dejaba desamparadas y no podía con esa carga moral, pero ahora, si

tú te casaras con Pablo podríamos compartir la responsabilidad de nuestras hermanas; tú de Amparo y yo de Custodia. Resolveríamos nuestro futuro entre todas. No es justo que sea yo sola la que tire de la familia el resto de mi vida.

—Así que era eso. Tanta insistencia con Pablo y lo que ocurre es que estás loca por casarte y me quieres obligar a mí, aun pasando por encima de lo que yo sienta.

—¿Pasar por encima de qué? ¿De lo que sientes? Eres injusta y egoísta.

—¡Por Dios!, calma. Calma. Lo peor que nos podría ocurrir es perdernos el respeto y empezar a discutir entre nosotras.

—Perdona, Matilde, pero que tú hayas organizado el plan, no significa que ellos, los hombres, lo vayan a aceptar sin más.

—Depende de cómo lo manejemos nosotras. Yo creo que a Pablo incluso le encantará que una de tus hermanas te acompañe. Él viaja todo el año, ¿no? Y yo ya me las arreglaré con Buenaventura.

—Veo que lo has meditado a conciencia.

—Sin retintín, Irene.

—¿Y esta casa?

—La desmantelamos.

—¿Y nuestro hermano?

—Eso está por encima de todo. Debemos esperar para casarnos a que su situación se aclare y acabe el chantaje. Mientras, preparemos nuestro ajuar para tenerlo listo.

—¿No dices que Buenaventura te acucia?

—No me acucies tú ahora también. Sé cómo resolverlo.

—¿No se te olvida Amelia?

—A mí no se me olvida nadie.

Amparo no opinó y Custodia le preguntó a Matilde si podría llevarse a *Mili*, y Matilde le dijo, sí, hermana, podrás.

—A mí dame un tiempo para cavilar. No te garantizo nada.

Irene guardó para sí el resto de lo que pensaba, pero se vio obligada a escuchar a Matilde, que apostilló segura:

—Dos bodas y el porvenir de las cuatro asegurado. Hay que poner toda la carne en el asador. No vamos a desperdiciar a dos de los pocos hombres que hay sin mutilar y sanos. No vamos a echarlo a perder. Nos los quitarían de las manos. Así que no te doy muchas oportunidades para cavilar, Irene.

Matilde defendió con pasión aquella oportunidad única ya al borde de lo que consideraba su fecha de caducidad. Apenas podía soportar los días que

faltaban. Sobre todo porque no sabía cuántos podían ser. Pocos, seguro. Ella ya lo había determinado. El tiempo le parecía insulso, necio, miserable, a una de las tres señoritas del doce, porque Custodia era la hermana de las señoritas del doce.

A sus amigas no les diría nada hasta el día de antes de la boda. Por si acaso. Qué zozobra, Dios mío. Que pasen pronto los días. No, bueno, a su amiga Herminia, sí. Cuántas veces le había asegurado que a ella no se le hubiera escapado nunca un Buenaventura; un hombre como ese, todos los números de la rifa se hubiera comprado. Pero no era mío, Herminia. Tuyo, Matilde, habría sido tuyo, y lo de tu familia lo hubieras podido arreglar después, todo después del hombre. Las mujeres sabemos salir adelante ante cualquier trance. Habilidad y ser cariñosas. Fíjate qué poca cosa y el premio es un hombre al lado para toda la vida. No lo llevaba escrito en mi destino, Herminia. Tonterías, Matilde, al destino hay que ayudarlo poniéndose guapa, insistiendo, y a tiro. Ay, no seas descarada, Herminia. A tiro, y no creas eso de que hay que hacerse respetar hasta límites exagerados, no, hay que darles su poquita ración para enviciarlos, para que no se puedan despegar, y desconfía de las que tanto presumen de honestas, porque esas también les dan sus buenas raciones mirando para otro lado como si no se enterasen de nada. Herminia, por Dios, para, no puedo con ello, no puedo, yo no soy tan valiente como tú. Ahora, Matilde, necesitaba a su amiga para desahogarse, para contarle con la fiebre alta que sí, que de una vez por todas, sí, y que la aleccionara, porque ella de eso sabía tan poco..., seguro que su hermana Irene...

Los días.

Se abrían pero no salían buenos.

Se le escapaban por entre los dedos y le dejaban cicatrices obscenas.

Los días.

Matilde creía tener razones para aquella ansiedad que se hinchaba, que la oprimía, que le tendía trampas; instrucciones en blanco, consignas en negro.

Casi sin saber por qué, empezó a sospechar que se cernía sobre ella otra vez la mala suerte. La última carta de Buenaventura. La había leído, releído y no resultaba clara. Se adivinaba una sutura entre palabras, como si la hubiera escrito muchas veces con la intención de que se percibiera lo no dicho. Todo seguía, según él, igual, salvo los peros, diseminados como transfugas, salvo las dudas razonables, como cálculos envasados al vacío. Promesas, las mismas, y amores, los mismos.

Dudaba si contestarle para pedirle aclaraciones. Las dificultades para expresarse por escrito mermaban su entereza. Quizá lo mejor sería insinuarle que la visitara con el pretexto de que se moría de ganas de verlo. Sí, eso le daba un cariz bastante convincente, dadas sus relaciones. Pero ¿demasiado exaltada? ¿Demasiado atrevida? No sé si seré tan valiente como le prometí a Herminia. Claro que podría añadir que quedaba liberada de todo compromiso con la familia y que podían casarse. ¡Puedo! ¡Quiero! Sí. No voy a esperar por los caprichos de Irene. Por otra parte, Antonio saldrá libre, y, si viniese lo peor, de qué le iba a servir mi sacrificio. Si necesitasen mi ayuda acudiría sin consultárselo a Buenaventura. No le pediré nada, pero sé que él me dará suficiente dinero, incluso mucho, es un caballero, me lo dijo: No te faltará de nada. No estoy dispuesta a renunciar a mi propia vida. No. Dios mío, no. Le enviaré una carta llena de ilusión y proyectos. Quizá él se sentía con la misma sensación que la vez anterior y se empezaba a desmoronar, pero ahora sí que no. Sé cómo no dejarte escapar, Buenaventura. Si su inquietud se debía al asunto de su hermano, lo tranquilizaría. Tú has hecho lo que has podido, no te atormentes, escapa a tu alcance. Nada de sombras, Buenaventura. Y él me quiere. Lo sé. Cuando me coge del brazo, los dos tan armoniosos, observo que se mira con disimulo en las lunas de los escaparates. Es tan apuesto, me aprieta ligeramente, me ciñe contra su cuerpo y lo que noto no puede ser otra cosa que amor; un latir azulado, un pestillo de cierre automático.

Matilde no dispuso del tiempo necesario para escribirle a Buenaventura esa sencilla carta invitándolo a visitarla. Había perdido varios días intentando averiguar si «ven a verme» se escribía con be baja o alta. Eso la inquietaba. No sabía a quién preguntarle.

La respuesta se le adelantó.

Aquella tarde quiso poca cantidad de café pero un poco más cargado, como iba pidiendo en los últimos días. Amparo le dijo que no era conveniente, que luego se desvelaba por las noches. Matilde aclaró:

—Los desvelos no son por el café.

—Cuenta, Matilde.

—Os lo podéis imaginar. Me ha dejado. Como la otra vez.

—¿Buenaventura? ¿Qué te ha dejado Buenaventura? ¡Qué dices!

—Pero ¿tú no le dijiste que sí, no se lo brindaste?

—No sé si se cansó de esperar o se decepcionó por algo o tiene miedo. No me lo explica. Se reduce a pedirme perdón y a que lo dejemos, bueno, que me deja..

—¿No le has exigido una satisfacción?

—¿Para que me humille más?

—Matilde tiene razón, Amparo. Cuando todo se ha perdido, es mejor no hurgar.

—Son unos mamarrachos. Unos cerdos asquerosos. No te preocupes, Matilde, a lo mejor te has librado de ser una desgraciada.

—¡Amparo!

—Si supierais lo que dicen de él en los círculos militares...

—¡Irene!

—¡Dilo! ¡Vamos, dilo de una vez, ya que has empezado!

—Pues que su anterior matrimonio fracasó porque es de las dos aceras, que su pobre mujer sufrió lo indecible y que lo de las novias es para disimular.

—¡Estás loca, loca, loca!

—Matilde, no grites.

—Envidia, eso es lo que despierta, porque es un caballero como pocos. Además, ¿ahora me lo dices? ¿Qué clase de hermana eres que sabiendo lo que se murmuraba de él no viniste a mí para que yo me enterase?

—No me habrías creído.

—Pero tu obligación era intentarlo. ¡Vaya vergüenza si hubiera sido cierto! Para no pisar la calle el resto de mi vida. Pero no la tienes. ¡No la tienes!

—Tranquilízate, Matilde. ¡Custodia! ¡Custodia! Irene, vete a la cocina que Custodia no contesta. Mira qué has conseguido. En el estado en el que se encontraba Matilde y venir con ese cuento tan desagradable. No sé qué escondes en esa cabeza.

—Lo siento, Amparo. Creía que al conocerlo la iba a decepcionar y la ayudaría a superarlo. No acierto.

—Quién puede ser capaz de lanzar una mentira así de un militar. Un suicida. Con el respeto, con el miedo, incluso, que despiertan. Quién ha podido atreverse.

—Matilde, tú puedes hacer acopio de datos. Al fin y al cabo mantuvisteis vuestra relación el tiempo suficiente, aunque a intervalos, para saber de qué pie cojeaba.

—No sigas, Irene, no insistas y me pongas más nerviosa de lo que estoy. No me faltaba nada más que oírte especular. ¡No, no, y no! Es un hombre y me deja sabe Dios por qué, pero son calumnias; infundios de lo más soez y desaprensivo. No quiero pensar en ello ni planteármelo siquiera como una posibilidad remota. No, no, no. Mentiras. ¿Y qué me dices del hijo?

—Sí, dicen que cumplió, pero ya sabes, a pelo y a pluma.

—No seas vulgar, Irene, no lo insultes, no me insultes a mí también.

—Irene, cállate de una vez.

—No te preocupes por mí, Amparo. Ya se me pasará. Como la otra vez. Es cuestión de tiempo.

Pero ella sabía que, para ese dolor, ni siquiera el tiempo.

Matilde suspendió las clases durante dos días, se metió en la cama y no quiso que la molestaran para nada.

Amparo le reprochó a Irene su falta de tacto, el no haber reparado en que últimamente a Matilde se le notaba ausente y a la vez, nerviosa, que se levantaba por las noches a prepararse tilas y que a poco observador que se fuera se veía que algo grave le preocupaba.

Irene lloró y se lamentó por ello. Que no era cierto que a ella no le interesase más que lo suyo, que incluso le había preguntado a Matilde si se había resfriado al verla un poco ojerosa y con los lagrimales húmedos. No sabía cómo debía comportarse, le dijo a Amparo como conclusión, e hipó de nuevo.

Cuando sonaron las campanadas de las siete, soltó el bastidor, se metió en el baño a arreglarse mientras canturreaba y se fue a la calle con el semblante de todas las tardes.

Otro aspecto de la situación empezaba a dejar caer sobre Matilde una duda asimétrica. ¿Se quedaban definitivamente sin el recurso de Buenaventura? ¿Antonio con ese flanco sin cubrir?

Antonio.

Buenaventura.

El viento soplaba en redondo y todo lo convertía en pechos. Buenaventura diciéndole, qué hermosos, Matilde, y mira los míos, trae tus manos hasta mí, no seas tímida. Toca, mira qué fornido, qué belleza de pecho de guerrero, de centurión romano y a la vez de mujer; amamantar. No te sonrojes, Matilde, no me decepciones. Poesía, entiende mi lenguaje. El pecho es poesía. Los pechos, dos, yo también tengo dos, encrespados, sensibles. Palpa, manosea. Mi pecho: frío de pezón, lechoso, enigma embalsamado. Poesía. Y rojo, Matilde, debes verlo todo rojo. Cuando te sientas capaz de ello, cuando el viento se vuelva rojo, la lluvia, los pezones mordidos por los montes, contemplarás de verdad la belleza de la que te hablo.

Poeta. Él le decía que poseía alma de poeta, palabras de poeta, pero que debía guardarlo para sí porque nadie, salvo personas muy sensibles, lo comprendía.

Tú sí, Matilde, tú eres especial y por eso te quiero. No te dé vergüenza que adore sobre todo tus pechos rojos.

Por eso los militares lo criticaban, pero ella sabía que solo era por ser poeta.

La cajita envuelta con esmero en papel de seda azul. Algunas veces un recadero de una tienda de lujo le llevaba a Irene directamente las cajas de pañuelos para bordar, por docenas o de uno en uno. Otras le llegaban del camisero. Luego, Irene se las remitía a la planchadora, y acabado el proceso, regresaban al cliente perfectas.

Aquella era más pequeña que las que acostumbraba a recibir.

El nombre de Irene figuraba escrito sobre el papel de seda. Cortó el bramante, también teñido de azul, y abrió la cajita.

Una barra de labios en un lujoso estuche dorado. A su vez dentro de una funda de gamuza. Una nota en el fondo de la caja:

«Hoy, a las siete de la tarde».

Llevaba en el bolso el lápiz de labios. Dentro de su estuche. No sabía por qué ni para qué, pero seguiría los mandatos que le dictaba su intuición combinados con su estrategia. No le había fallado jamás.

Segura. Tranquila. Sobre la barra perversa de un equilibrista.

El coche.

El chofer le abrió la puerta desde dentro y se giró ligeramente para cerrarla cuando ella hubo ocupado el asiento de atrás. El motor del coche, en marcha. Arrancó en el acto. Ella dijo buenas tardes pero él no le contestó. Demasiado bajo para que me oyera, justificó Irene.

La única calle de salida era Arzobispo Guisasola.

Se colocó en el centro del asiento para poder ver los ojos del chofer en el retrovisor, pero él, atento a la conducción, no la miraba. Otra vez empezaban las náuseas. Cerró un momento los ojos para poder contenerlas mejor. El coche dio un bandazo. Irene imaginó que se internaban ya en la calle Santa Susana. El recorrido era ese. Pero en cuanto pudo orientarse se dio cuenta de que el trayecto había cambiado. ¿Qué hacía? ¿Por qué? ¿Por dónde la llevaba? ¿Se confundía! Se movió en el asiento de un lado para otro. Pegó la cara a la ventanilla. Corrió la cortina unos centímetros por la parte de abajo. Creyó que alguien desde el exterior la había visto. Retrocedió de golpe contra el respaldo. Otro miedo. Con disimulo volvió a mirar. Se equivocaba de calle. Las luces eran cada vez más distantes entre sí. Las casas también. Se dirigían hacia la salida de la ciudad. Abrió la boca. Gritó. Se precipitó a ahogárselo con el pañuelo. Se encontró con los ojos del chofer. Golpeó el cristal de

separación: ¡No es por aquí, no es por aquí! ¡Vuelva! Él no contestó. Siguió con la mirada puesta en la conducción y solo de vez en cuando la dirigía fugazmente hacia el retrovisor. Irene se desplomó. Mordió el pañuelo y dejó que las lágrimas le empaparan el cuello de la blusa. Aquello escapaba a sus conjeturas. No era un juego. La llevaba hacia algún lugar, así que ya no intentó buscar ojos ni miradas. Tumbada sobre el asiento y encogida sobre sí en posición fetal, su única preocupación en aquellos momentos era la de contener la descomposición de su vientre.

El coche aminoró la marcha. Irene se irguió en el asiento, pero no había luz suficiente para distinguir dónde se encontraba. El coche se paró. Una puerta grande, de garaje, empezó a abrirse accionada desde dentro. Entraron despacio y la puerta se cerró al trasponerla. Entonces se encendieron las luces. Parecía un almacén. Una estancia grande con cajones de madera apilados en uno de los lados y el resto libre. Al fondo, una especie de garita de madera.

Con un gesto, el chofer le indicó que lo siguiera.

Irene se recompuso un poco. Guardó el pañuelo en el bolso después de secarse la cara. Carraspeó, se ahuecó el pelo, se estiró la falda, dejó de hacer movimientos mecánicos y echó a caminar tras él. Las piernas le temblaban y casi se cae por un ligero tropiezo de su tacón derecho.

Cruzaron el almacén y entraron en la garita que conservaba un fuerte olor a madera aceitada. Dentro la temperatura resultaba agradable. La luz tenue, demasiado, para infundirle tranquilidad. No pienses, Irene, no pienses. El chofer le dijo, siéntese un momento, y le señaló una butaquita que formaba parte de una pareja. Se quedó sola. Sobre la pequeña mesa de centro un jarrón con las flores secas. Irene se sentó sin apoyarse en el respaldo. Sacó disimuladamente un espejo del bolso. Lo volvió a guardar sin usarlo. No supo por qué lo había sacado. Miró en torno. Hizo la señal de la Cruz con un gesto rápido, medio agachada, y le pidió cuentas a Dios de por qué consentía que ella se encontrase allí. Luego se dio unos golpes de pecho para castigar su propia insolencia. Respiró hondo y se concentró en observar. Al fondo de la pequeña habitación había una mesa sobre un estrado, detrás de la mesa y ocupando todo el panel, una cortina verde oscuro. Varios pupitres. Clavado en la pared lateral, un encerado. Como una escuela en miniatura. Le dolían la espalda y las piernas de los esfuerzos por controlar el temblor; la boca, por controlar el temblor. Al fin se apoyó en el respaldo. Cerró los ojos, dijo para sí, Madre mía, protégeme, y esperó.

Entró el chofer.

—Usted y yo vamos a brindarle una pequeña representación a alguien que la quiere, la admira y que la va a ayudar.

—Pero ¿cuándo?, ¿cómo? ¡Dígame! Lo de mi hermano, ¿qué?

—No pregunte.

El chofer hizo un gesto impaciente, instándola a que se apaciguara.

—¿Qué quiere decir con «una representación»?

—Yo seré su maestro, usted será mi alumna, y el director, al que no podremos ver, será quien nos apruebe o nos suspenda.

—No me hará daño, ¿verdad? ¿Verdad?

A las diez de la noche Irene regresó a casa. Sus hermanas la miraban en silencio. Esperaban respuestas a preguntas que sabían fuera de fronteras, sin permiso para cruzar las alambradas. Respuestas circunscritas al entorno del ombligo.

Siéntate qué quieres te traigo las zapatillas algo para comer para beber aspirina...

—Me daré un baño.

Matilde y Amparo se quedaron frente a la puerta del cuarto de baño sin pronunciar palabra, pendientes de que Irene saliera. Cada una de ellas procuraba pensar sin ensuciarse las manos.

¿Irene tardaba demasiado? No se la oía dentro.

Al fin, cuando estuvo lista, les dijo con la voz un poco ronca y el tono monótono que se quedasen tranquilas, que estaba muerta pero bien, y que su único pensamiento era meterse en la cama y conciliar un sueño largo y ciego.

Miró a sus hermanas, vio su expresión y les repitió que no se preocupasen por ella, y lo de Antonio, dijo, ya se verá. Creo que está encaminado.

Su gesto revelaba confianza. Por dos veces les había asegurado que se encontraba bien. Esas pocas palabras valían por todas las explicaciones pendientes. Matilde, que había sustituido el problema de Buenaventura por el de su hermana, lo sustituía todo en aquel momento por una noche de descanso.

Amparo se resignó a quedarse en vela hasta asegurarse de que sus hermanas se habían dormido.

Custodia cogió a la gata en brazos, les dio las buenas noches y añadió el latiguillo, si no me necesitáis.

Todas en sus camas. Solas.

Irene se frotó la cara contra su almohada limpia y con olor a colonia de espliego, estiró las piernas, respiró profundamente, intentó relajarse y que el sueño se la llevara a Lontananza, un país muy lejano del único cuento que sabía su padre, pero el sueño no conocía ese destino. Apretaba los párpados, intentaba obligarlos a quedarse quietos, remansados, pero sus ojos daban vueltas dentro de su funda sin que pudiera pararlos. No quería encender la luz por si sus hermanas se acercaban a observarla. Quieta. Matilde había advertido que llevaba la blusa mal abotonada con apenas una mirada que desvió al instante. Fue en la precipitación por salir de allí, al decirle el chofer, puede arreglarse. Y fue la primera vez que pronunció su nombre al añadir: Irene, la clase ha terminado.

El chofer. El maestro. Usted límitese a hacer lo que yo le diga, no me pregunte y todo irá bien, si no el director saldrá de donde nos observa y nos castigará a los dos.

Le tendió un mandilón abierto por delante de rayas blancas y azules. Tenga. Póngaselo. Quítese la falda y la blusa. Déjese la ropa interior y luego tome asiento en el pupitre de la primera fila. Él se había vuelto de espaldas para que ella se pudiera desvestir sin enredarse en la ropa, oiría, tal vez, sus jadeos nerviosos, su respiración entrecortada. Cuando se hubo sentado, el chofer ocupó la mesa de maestro en el estrado. Su cabeza quedaba prácticamente en penumbra, con la mitad de la cara más oscurecida aún por el verde musgo de la cortina que casi le rozaba la mejilla. Desde aquel puesto de observación la miraba, mientras Irene, con todas sus fuerzas, tiraba de los extremos de la tela para taparse. Pero el mandilón era tan corto que los muslos le quedaban al aire, y por arriba los botones le estallaban en el pecho. Por más que lo intentaba, todo esfuerzo resultaba inútil. Calcetines rosa con los zapatos de tacón. Iba a llorar. La boca: imposible controlar el castañeteo de sus dientes. Se pasó la mano derecha por la cara, se la llevó al cabello que inclinó hacia el otro lado de su cuello mientras intentaba disimular. Emitió un discreto sonido con la garganta. El chofer se llevó un dedo a los labios y le hizo la señal de silencio. Observó entonces que no se había quitado la gorra que llevaba muy calada, y que los botones dorados de su chaqueta la herían con su reflejo de soldadura. Irene desvió la mirada. Él le dijo, estudie la libreta. La abrió por la primera hoja. Partes de un cuerpo de mujer en un lado y de hombre en otro. ¿De hombre? ¿Todo aquello? La cara se le puso tan encendida que tuvo la sensación de que se le había hinchado, que estallaría ruidosamente, groseramente, como un globo al reventar. Le latían las sienes, se le secaba la garganta. Segunda hoja. Aquellas partes independientes del cuerpo entraban en contacto, como armas en posición de ataque. La mano con la que pasaba las hojas le temblaba. El sonido del papel se oía muy fuerte en aquella habitación tan pequeña. Siguió adelante. Las partes se iban uniendo a cuerpos enteros hasta que aparecieron un hombre y una mujer, a toda página y en color, en una posición pervertida y antinatural. Aquello lo hacían por la espalda y a cuatro patas, como los animales. Agachó la cabeza para que él no se diera cuenta de que había cerrado los ojos. Seguro que se le habían quemado al mirarlo. Lo oyó levantarse de la silla. Se acercaba a ella. Le preguntó: ¿Ha estudiado su lección, señorita? Ahora, acompáñeme al estrado. La condujo hasta una de las butacas, la ayudó a sentarse y le dijo, pasemos a la siguiente clase. Bájese el

mandilón y quítese el sostén. Un momento, le advirtió. Colóquese un poco más a la izquierda, al lado de la cortina, bajo la lamparita. Al acercarse, creyó notar que la cortina se estremecía ligeramente.

Habían dirigido la iluminación de tal modo, que ella quedaba bajo la potencia de los focos, mientras que a él apenas se le distinguían las facciones.

Irene volvió a escaparse por el bodoque abierto, por eso ya no sentía ganas de llorar, ni temblaba, ni la corroían el miedo ni la pena. Por eso se podía bajar el mandilón sin problema, quitarse el sostén y dejar al aire sus pechos. Durante unos momentos el chofer clavó la vista en ellos, luego sacó una barra de labios. A Irene la saliva se le enmarañó en la boca al verla. Igual a la que ella había recibido. Contempló cómo él destapaba el estuche y el cuidado con el que giraba el envase hasta que la barra hubo salido; la punta, afilada, roja y brillante. Se inclinó sobre ella y con sumo cuidado le dibujó una arandela alrededor de cada pezón. Le empezó a añadir curvas, a ensancharla, a afinar, a ponerle puntos. Le dijo, cierre los ojos, con la voz repentinamente afónica. Irene notaba la intensidad del trazo. Sin tocarla con las manos. Por un momento él se paró. Irene esperaba inquieta. Notó un roce diferente. Muy suave. Podía ser una pluma. Lo que fuera se lo pasaba por los pezones, por los dibujos en carmín, por la base de los pechos. Lo llevaba hasta su cuello y daba otro recorrido de vuelta entre sus pechos separados. Lo notaba tan cerca, tan sumamente cerca, que necesitó de un esfuerzo sobrehumano para contenerse y no abrir los ojos y mirarlo a la cara; intentar adivinar si sentía. Si sentía por sí mismo o por el director, como le había dicho. No encontró al valor. Mejor así. El bodoque. No debo salir de él. Él le echó su aliento caliente. Más aliento. Los pezones empezaron a reaccionar, se encogieron, se tensaron, afilaron su punta. Pero Irene, huida completamente por el bodoque abierto, no se enteraba. Duró un rato, no sabe cuánto. En ningún momento abrió los ojos. En ningún momento la rozó siquiera. Se separó de ella, le dijo que no se moviera y lo oyó apartar la cortina al salir.

Ella, milagrosamente, había desaparecido. Así que esperó con infinita paciencia a que él regresase. Primero lo oyó respirar, luego notó su presencia. Abrió los ojos. Le dijo, la clase ha terminado. Vístase.

—Sobre mi hermano, ¿qué? ¿Qué noticias me puede dar?

—Yo ninguna. Pero el director ha quedado muy contento.

Fue cuando Irene lo miró directamente a los ojos. Aunque protegido por la sombra de la gorra y la escasa iluminación, Irene lo pudo ver con relativa claridad. Con gusto se hubiera puesto los lentes, pero ante un hombre nunca,

aun tratándose del chofer. Él le sonrió ligeramente con los labios apretados. El bigote se alargó. Su boca quedó entonces dibujada con perfiles muy marcados. Y rojos. Sus ojos tenían el brillo completo sin el más mínimo desgaste. No la perturbaba en absoluto. ¿La había sugestionado, drogado, hipnotizado, que no sentía nada contra él?

—Amparo, perdona que me presente así por las buenas a esta hora, pero es que ayer por la noche vi a tu hermana Irene salir en un coche y me alarmé. ¿Ocurre algo grave con Antonio?

—No, Luz, ¿te acuerdas de...?

—¿Todavía la coronela?

—Sí, hija, y es imprevisible. Irene teme que se le ocurran ideas nuevas porque le planta el coche a la puerta sin más. Menos mal que se casará pronto, aunque todavía, entre otras cosas, le queda pendiente plancharle el pañuelo de arras el día de antes de la boda.

—Cuándo dejarán de asustarnos los coches, las sirenas, los cohetes, las llamadas, hasta los truenos. ¿Cuándo?

Sonó el llamador de la puerta de entrada. Una garra de león oprimiendo una bola de hierro: un toque corto y suave, el segundo con repiqueteo y un tercero impertinente. Las cuatro hermanas echaron a correr por el pasillo y se precipitaron a abrir la puerta:

—¡Antonio!!

Demasiados brazos para un solo cuello.

—¡Antonio, Antonio! ¡Dios mío, Antonio!

Y ya no pudieron pronunciar una palabra más. Las cuatro, cogidas a él, buscaban señales inequívocas de identidad bajo aquel olor que obstruía, bajo aquella expresión cenicienta.

Él, en cuanto pudo desasirse de los abrazos, articuló un nombre: Amelita.

La niña no estaba. No se dieron cuenta de su ausencia, no la habían echado de menos. Amparo comenzó a llamarla, Matilde también. La niña no respondía. Llegaron a la galería de atrás. Nada. Había bloqueado la cerradura de la puerta del cuarto de baño con una pinza de la ropa. ¡Amelita! ¡Amelita!, llamaba Amparo. La llamaba Matilde: Amelita, hija, por Dios, sal, ha venido tu papá. Cariño, tu papá, tu papá está aquí. No respondía. Matilde y Amparo no cesaban de insistirle para que abriera. Comenzaron a asustarse. Antonio les dijo que lo dejaran a él solo detrás de la puerta del baño y empezó:

—Amelita, estoy aquí, vida. Sé que han pasado muchísimos días, pero todas las noches, a la hora a la que tú te ibas a dormir, yo te contaba un cuento desde la cama del hospital y te cogía la mano y te pedía que me esperases. Y ahora que he vuelto, ya no me iré a más guerras. Te lo prometo.

Antonio aguardaba.

—Amelita, ¿te cuento la historia de la niña buena y la bruja mala?

Antonio se sentó en el suelo y empezó y terminó y se quedó mudo.

—No es así, papá, el escobón de la bruja era negro y todo lo que barría se volvía negro. No era como el de la cocina de mamá.

Su padre no le respondió. Permanecía sentado en el suelo, encogido, en lucha contra las lágrimas.

Amelia abrió poco a poco la puerta. Lo escrutó. Le dijo:

—¿Por qué te has vuelto muy viejo y muy pobre?

Antonio miró a la niña y no supo qué contestarle. La niña se le acercó, se sentó con él en el suelo, se pegó a su lado. No le dio un abrazo. No le dio un beso.

Así se quedaron sin hablarse, con las cabezas juntas. Y un solo ombligo para respirar por él.

Las tías decidieron intervenir para que el sosiego y la alegría empezaran a producir su efecto. Custodia rogó que se quedaran en la cocina para poder oírlo todo mientras ella trasegaba con la cena. Matilde propuso un extra con el poco surtido que les quedaba, y Amparo le recordó que habían reservado chorizos en manteca de la matanza de hacía años en espera de su regreso. Irene se ofreció para ir al bar Cechini a ver si por casualidad les quedaban pimientos en vinagre y tal vez una botella de vino.

Antonio dijo que se moría por un baño. Amparo le preparó una toalla, sacó de una caja la navaja de afeitar y algo de ropa que también había reservado para él sin que sus hermanas lo supieran.

Amelia, sentada ya sobre las rodillas de su padre, le pasó las dos manos por la cara y le preguntó intrigada si la tía Amparo le había planchado la cara con almidón porque se le habían quitado las arrugas. Le dijo que estaba muy guapo con aquella camisa blanca y que por qué a él su ropa se le había roto tanto. Antonio le respondía asistido por sus hermanas, y fue, de pronto, un zapatero laborioso al que un ogro malvado había convertido en rana para que no pudiera dejar de saltar nunca y que cuando el hada buena, que se llamaba Amelia, lo rescató, las ropas se le habían hecho trizas de tantos brincos. Y Amelita le dijo que ese cuento no era verdad porque él no era zapatero.

Lograron acostar a la niña. Ella quiso que su padre la desnudara. Entraba ya la madrugada cuando pudieron conversar.

Antonio les habló, sobre todo, del frío, y de que el pánico era como otro frío que sobrevolaba tan de cerca que se podía escuchar, y que algunas veces

había gritado para ahuyentarlo. Y que, por suerte, con las manos ateridas resultaba muy difícil disparar, pero que por si acaso cerraba los ojos.

—Casi llegué al punto de que me cortaran los dedos del pie por congelación. En Teruel, sí. Dios, qué horrible fue. ¿Y vosotras? ¿Por qué no me contáis algo?

Y ellas le decían que por suerte no les había ocurrido nada grave, que el agujero en la puerta del cuarto de aseo había sido porque una bala perdida la había atravesado y luego había aparecido a mediodía en la pota de la comida que cocía destapada, y que todas se rieron mucho, que no le encontraban explicación, pero que al fin, más valía dentro de la olla que en cualquier otro sitio, y que Amelita era muy buena niña y que ya iba al colegio.

—Ahora, Antonio, no te preocupes de nada más que de reponerte. La niña seguirá yendo a las Recoletas mientras todo se aplaca, y cuando tú estés bien y puedas empezar a reorganizar tu vida con ella, entonces decides.

De pronto esa realidad se le hizo insoportable y quiso desviarla. Enviarla a la guerra. Allí todo se quedaba reducido a mierda y la mierda era mucho mejor que la muerte real de Clara y el futuro al que se debía enfrentar. Entonces vio la expresión en sus hermanas y soltó una carcajada. Larga y estrepitosa. Contuvo el brote de histeria que estuvo a punto de sobrevenirle, le pidió a Custodia un vaso de agua bien fría y le preguntó si seguía siendo tan rica como antes. Entonces les dijo a sus hermanas que en la guerra había vivido cosas muy divertidas y que se las quería contar.

Nos encontrábamos en situaciones... y relataba algún suceso con voz muy alta, tropiezos y carcajadas. Seguía con las carcajadas, pero más templadas, ya no parecían de piedra. Para añadir siempre lo del frío, el frío, aquel frío, ¡Dios! Yo esperaba que se muriera alguno que calzara parecido a mí, y, aunque sí, se morían como moscas, nunca llegaba a tiempo para quitarle las botas. Había compañeros al acecho, y a mí me dolía..., supongo que era una tontería, no sé..., pero creo que a propósito nunca llegaba a tiempo para descalzar a un muerto por mucho que él no lo necesitara, así que, no me quedó otro remedio que envolverme los pies con harapos, paja, y hasta con las cartas, me los enrollaba. Parecían un nido de pájaro fullero. Al fin me lo resolvió el médico del hospital de campaña cuando ingresé con la congelación. Allí la Cruz Roja me calzó. Encontrarme calzado fue una sensación que no os la puedo describir. Había compañeros que se pasaban de bando por la comida, la ropa, y sobre todo, por las botas.

—No te fuerces a explicarnos cosas que te duelan.

—Ahora ya es agua pasada.

Antonio reparó que a la pintura de las paredes de la cocina le habían aumentado los desconchones. Vio el estante con las potas colocadas en hilera. Se fijó en el remiendo de estaño que le habían echado a la más gorda y panzuda, aquella en la que su madre cocía las fariñas; agua hirviendo y harina de maíz espolvoreada muy poco a poco para que no se formasen grumos, mientras con la otra mano las removía con el palo. Luego, frías, tan ricas, con leche. Seguía en pie la mesa en la que la gata llevaba doce años afilándose las uñas, desgastada y como un palillo, pero aún firme... la chapa de hierro de la cocina, con rescoldos, despedía un calor familiar, de ablandar penas. Sus hermanas, con los ojos llorosos por la emoción, jóvenes, guapas, aunque en alguna parte invisible sus piezas comenzasen a deteriorarse. Y Amelia. Antonio hundió su cara entre las manos.

Custodia se levantó a atizar el fogón y al rescoldo le añadió una paletada de carbón. Matilde fue a buscar una aspirina. Amparo necesitó con urgencia un vaso de agua e Irene esperó sentada al lado de Antonio entretenida en frotarse los dedos de las manos, porque cuando se le anquilosaban no podía bordar bien.

Antonio de nuevo se rehízo para alivio de todas, y Amparo le preguntó:

—¿Cómo te cogieron, dónde?

—Cuando vimos que si aguantábamos unas horas más nos pillaban como en una ratonera, el capitán nos reunió y nos dijo que estaba todo perdido, que él se marcharía en cuanto se hubiera ido el último soldado y que si a alguno se le ocurría llorar, le pegaba un tiro allí mismo. Quedábamos cuatro gatos en aquella unidad. Nos repartimos las ropas de civil que nos proporcionó el mismo capitán. Nos preguntó hacia dónde regresábamos y nos preparó a cada uno un plano a lápiz para cruzar las montañas. Yo cogí el mío y salimos en direcciones diferentes con un cierto espacio de tiempo. Nos exigió que no sucumbiéramos a la tentación de ir juntos aunque nuestros caminos coincidieran en algún tramo, y que, ante todo, nos desprendiéramos de las ropas de militar. A mí me tocó salir de madrugada. ¡Qué frío, Dios! Tomé la dirección que me indicó y no fue difícil. Pronto me encontré cruzando una zona donde no se veía rastro de nada. La consigna era la misma de todas las huidas: dormir por el día en un cobijo seguro, caminar durante la noche e intentar pasar con las pocas provisiones que nos repartió. A mí me pillaron en la provincia de León mientras dormía en un pajar abandonado. Me llevaron

directamente al penal porque, aunque no vestía ropas de militar, mi aspecto era lo suficientemente sospechoso.

—Y luego, ¿qué?

—Me libré de que me ajusticiaran allí mismo por una carambola. Nos llamaron a formar para preguntarnos si había algún desgraciado hijo de puta rojo maricón que supiera dibujar letra de redondilla. Yo contesté rápidamente. Pero ¿bien, bien, sin borrones y con los perfiles gruesos o finos y la filigrana perfecta? Me pusieron a prueba y rompí a sudar por primera vez en meses, o en años, yo qué sé. Me iba la vida en ello y me salió perfecto. Entonces me trajeron un montón enorme de diplomas que debía cubrir y ponerles el nombre. Me atreví a pedirles que las plumas no estuvieran abiertas y que me trajeran una manta, que aunque estábamos en primavera los temblores por el frío de la madrugada me quitaban la firmeza en el pulso. Pensaba que en cuanto acabase de rellenarlos, me fusilarían sin mediar palabra. Pero vaya si pasaron meses. Me pillaron a mediados de marzo y me soltaron hace cinco días, ¿a qué día estamos?, ¿a veinte?, pues los seis meses sin levantarme la incomunicación y cubriendo diplomas. Me esmeré en dibujarlos bien despacio sin que se notara, pensaba; voy a intentar alargarlo, por si suena la flauta. Antonio volvió a reír. Matilde se dio cuenta de que le faltaba un colmillo de abajo, pero no comentó nada. Él siguió. Los detalles del miedo, del sufrimiento y otras calamidades, si no os importa, me los reservo.

Irene empezó entonces a contarle el episodio con el que más miedo habían pasado. Matilde la riñó porque, para qué añadirle sufrimiento al pobre por una tontería de nada. y Amparo dijo que todo había pasado sin dejar secuelas, así que no importaba ya.

Antonio quería saberlo.

Matilde se impuso. Mañana, Antonio, no nos lo vamos a contar hoy todo.

Irene entonces quiso que explicase cómo y en qué circunstancias lo habían liberado.

—Nada. Ellos no explican y no hay que abrir la boca. Me dijeron vete.

—¿Así, sin más?

—Sin más.

—¿Te queda algo pendiente con la justicia?

—¡Por Dios!, si yo no soy nadie. Unas reuniones con un grupo de la FAI y vivir en zona roja en el momento del alzamiento. Nada más. Incluso me entregaron los documentos en regla.

—Tanto como nada, Antonio..., que a nuestros oídos llegaron noticias de que... Bueno...

Antonio se quedó callado. Irene le sonrió, le pasó una mano por la cabeza y le dijo, ya no son como púas, hermano, ya no, además, nosotras no queremos saber nada, es cosa tuya.

Mientras le seguía acariciando, a Irene se le llenó otra vez la cabeza con el suceso que su hermana Matilde no le dejara contar.

Recordaba que el miedo de aquel día le rebanaba la parte alta de la cabeza, le alojaba piedras en el estómago; arañas que subían y bajaban por las piernas, trepaban hasta llegar a la cara, se metían en la boca; de papel de lija.

Alguien había golpeado la puerta con el llamador de forma violenta y desconocida, y nada se temía más que ante la casa se presentara un extraño. Enviaron a Custodia con la advertencia de que antes de abrir escrutara por el fisgón.

Custodia recorría el pasillo de regreso a la galería, apresuradamente, sin haberse atrevido a abrir. Los golpes arreciaron. Dejó de martillear con el llamador y la emprendió a patadas, a puñetazos, con algo contundente. Una voz de hombre chilló:

—¡Abrid la puerta o la derribo a tiros!

Abrió Matilde.

Era un soldado borracho. Apenas se sostenía. Joven, sin afeitar, con la cabeza rapada. Le faltaban los dientes de arriba.

—Apártate, puta. Todos los de la casa, aquí, dijo a gritos.

Las cuatro se acercaron despacio y se quedaron quietas ante él.

—¿Solo hay mujeres?

Y se puso a reír mientras blandía el fusil. Reía sin parar. Hacía extrañas contorsiones mientras que las carcajadas atronaban. ¡Mujeres! Solo mujeres.

De un culatazo abrió la puerta de cristal de la academia. Se rompió una de las hojas.

Les dijo: Venga, adentro.

Se quitó el capote. Lo colgó del maniquí. Se rió del maniquí.

Se sentó. Cabeceó un instante y se quedó dormido.

Ellas se miraron. Matilde les indicó con un gesto autoritario que ninguna se moviera. Faltaba Amelita. Seguía en el cuarto de baño jugando.

El soldado se despertó sobresaltado y desorientado, como si no supiera por qué estaba allí. Al instante recobró la memoria. Rebuscó por los bolsillos de la guerrera. Encontró lo que quería.

Sacó una granada.

Contempló la enorme mesa en la que trabajaba Matilde y volvió a reír. Se colocó en un extremo y echó a rodar la granada a todo lo largo de la mesa. Salió a trompicones para atraparla al otro extremo. La cogió a punto de caerse. Soltó una risotada y volvió a la otra cabecera para repetirlo.

—¡Reiros, reiros, putas!

Él cada vez llegaba con más esfuerzo a recoger la granada.

Miraba a las mujeres mientras perseguía la bomba de mano y se burlaba de su expresión de pánico. Ninguna lloraba, estáticas, sobre la silla.

Silencio.

Se sentó, cansado de perseguir la bomba. Se volvió a quedar dormido.

Matilde atajó los deseos de llorar de Irene con una mirada seca y clavó sus ojos en el soldado. Vio cómo de su boca de niño salía una baba vieja que no acababa de desprenderse. Se fijó en sus manos. Estaban llenas de cicatrices de sabañones, deformadas y reseca. Las uñas, comidas. Tal vez alguien lo esperaba en algún sitio rezando por él, por el chico de gran corazón al que adoraban.

Se despertó

Entró Amelita.

Él, con la granada en la mano, se quedó mirando a la niña.

La niña se le acercó. Se cogió de la misma mano que sostenía la granada y le preguntó:

—¿Eres amigo de mi papá?

El soldado guardó la granada en el bolsillo mientras miraba a la niña, recogió el capote y se fue sin decir palabra.

Matilde dijo: Irene, Antonio se ha quedado dormido.

Las mañanas recuperaron su tono. De tango, pasodoble, copla. Irene y Amparo zarandeaban el cuerpo sobre las bayetas de lana y el castaño del suelo adquiría la condición de pista de baile en un barco de lujo hacia las Américas, de *boîte* de la capital, de pasillo de una casa sin miedos.

Para Amparo todo había transcurrido con tanta rapidez, que no pensaba pararse ahora a meditar acerca de en qué habría tenido que ceder Irene. En cualquier caso se le veía bien, por lo tanto, dedicarse a la única cosa que importaba: olvidar.

Matilde volvió a confirmar la hipótesis de que no podía haber sido el Inquisidor. Irene había regresado a las diez de la noche y en la madrugada siguiente habían liberado a Antonio, así que era imposible que se debiera a él. Él no. No hubiera podido en tan pocas horas decidir, ordenar. Sin tiempo material para poner el dispositivo en marcha. Pero como ya había quedado resuelto, lo mejor era enterrarlo para siempre: olvidar.

Custodia correría a cumplir con el Ángel. Una oración fervorosa y a tiempo, y el mensaje llegaba con puntualidad a los lugares más remotos, se complacía en recordar. Con esa tranquilidad ahora podía dedicarse a ella, y lo demás, olvidarlo.

A Irene, segura de sí misma, satisfecha y liberada, le quedaba una cosa pendiente: olvidar.

Pero alguien no la dejaba.

Sin explicarse el porqué, el chofer regresaba a menudo a la superficie lozana de las telas sobre el bastidor. Demasiado a menudo. Aquel bigote con toda seguridad no debía de irritar la piel que rozase. Una raya fina hendida sobre su labio, descarado y rojo. Una raya para seguir con los dedos, para pasarle la lengua que podría luego escurrirse entre el rojo de arriba y el rojo de abajo: labios. ¿Cómo sería el otro hombre? Le había complacido que para chofer hubiera elegido a un hombre guapo y respetuoso, aunque frío. Le quedaba ahora la inquietud de saber desde dónde la miró. ¿O no la miró y le dijo al chofer que se lo contara? ¿Y cómo se lo habría contado? ¿Le describió sus pechos? ¿Y que ni siquiera el cuerpo se le amotinó cuando el aliento caliente la...?

La aguja con hilo verde que bordaba una hoja sobre el embozo de una almohada atravesó la tela con un chirrido procaz.

Ay, Dios mío, dijo Irene con muy poca voz y expulsando mucho aire. Amparo le preguntó, ¿te pasa algo?, pero ella le aseguró que no y que le

vendría muy bien un sorbo de malta.

A Irene los planes se le apetonaban a la salida. Despejado el sur. Quedaba libre para dejar a Pablo. Ya no debía cumplir con los apremios de Matilde. Los viajeros seguían colmándola de expectativas. Llegaban de lugares remotos, como Palma de Mallorca, Sevilla, y hasta desde más allá, y se quedaban unos pocos días; un regalo de llegada, una pieza de muestrario, alguna adquisición especial para alguien tan guapa como tú, Irene, y luego la dejaban descansar. Compararlos, escoger. De todas formas, no debía de llegar a los treinta sin casarse. Incluso se ponía una meta muy lejana pero no quería precipitarse. El matrimonio le daba mucho más miedo del que admitía. De ninguna manera deseaba hijos, pero pocos de los hombres a los que había pulsado habían acabado por aceptar que ellos tampoco. Aún peor. Alguno le había mostrado su repulsión al conocer a una mujer que desdeñaba ese don divino. A veces se confesaba que lo que de verdad le apetecía era quedarse a vivir con sus hermanas, que ninguna se casase, las cuatro juntas, con las obligaciones repartidas y las pocas responsabilidades con las que a ella la habían cargado. Un novio de esos como el de Carmina, la mercera, que ya llevaban veinticinco años y sin trazas de casarse. Él argumentaba que mientras su madre viviera no se iba a mover de su lado y de su casa, y, aunque le respondían que se dejara de excusas tan gastadas, no daba más explicaciones. Visitaba a la querida los martes y los jueves y el resto de la semana se lo dedicaba a su novia Carmina. A Carmina, tal vez para compensarla de esa juventud perdida a su lado, Manolón la atendía en todo lo que necesitaba y en lo que no necesitaba; era rumboso y la obsequiaba con generosidad. La gente aseguraba que la familia al completo vivía a sus expensas, así que, Carmina luchaba por salvaguardar su decencia permanentemente dudosa a causa del largo noviazgo, difundiendo ella misma por todo Oviedo información completa de la querida de su novio, por lo tanto, de mantenida, nada, mantenida la otra; la fresca, la «queridona», la mal vista, aunque en una cosa sí le daban la razón a él tanto hombres como mujeres; todo un hombre, con unas relaciones de noviazgo tan largas con una mujer decente, y, por lo tanto, sin poder..., lo normal era que se hubiera echado una querida. Esa situación le encantaría a Irene para sí, porque cada vez que se le ocurría pensar en dormir con ellos..., ay, Dios. ¡Ay, Dios! Compadecía a sus hermanas casadas. Por cierto, su hermana Sagrario la había invitado con insistencia a que fuera a pasar unos días con ella y su marido, ya que ellos, de momento, no se podían desplazar para visitarlos a todos, y le rogaba que, por favor, fuera, porque no

podía soportar tanto tiempo sin contacto con ellas y que así, tú, Irenita, que charlas por los codos, me contarás con detalle cómo se encuentran los de casa, los vecinos, los amigos, pero sobre todo Antonio, mi Antonio. Había llorado tantas noches de espaldas a su marido, tantas, le confesaba.

Perico era más discreto que su otro cuñado, y más tranquilo. Su hermana le había confiado a Irene que era muy prudente porque se conformaba con molestarla una vez por semana y ocurría todo en tan poco rato que no merecía la pena preocuparse. ¿También en poco rato? ¿Como Luz? ¿No era una pena que se acabase tan rápido? Porque algunas aseguraban... ¡Ay, qué lío! Sagrario le explicaba que para alegría suya no se había quedado embarazada nunca. A lo mejor tú con un poco de suerte consigues uno así, Irene. Sí, pero ¿y si es uno de esos que hasta en la siesta, Sagrario? Sagrario se reía a carcajadas de las aprensiones de Irene y pretendía contarle las cosas buenas que también ocurrían en el matrimonio, pero a Irene no le seducía lo más mínimo. Para empezar, le horrorizaba el trabajo de encender la cocina, bajar a la carbonera y ponerse las manos perdidas de esa negrura que no hay forma de quitarse nunca, luego la compra y, lo peor de todo, los madrugones para prepararle el desayuno si el marido entrase muy temprano. ¡Huy!, ella, antes de las ocho y media, nada. Y su hermana se reía y daba por seguro que Irene no tenía madera de casada, pero que con los años que le quedaban aún, y tan guapa, en cuanto apareciera un hombre apañado seguro que entonces no le importaría madrugar, ni lo de la siesta. ¿Apañado? Yo quiero más. Y las dos se reían.

Quizá había llegado el momento de visitar a Sagrario. ¿Se atrevería a preguntarle si ella en algún momento había sufrido aceleraciones?

A ella le habían regresado. En cuanto llegó su hermano la tranquilidad se aposentó y todo volvió a su estado natural. Y regresaron. La sorprendieron una noche. Casi dormida, se volvió a ver en la escuelita con un profesor que no dirigía, actuaba. El hombre era muy guapo y se adivinaba desnudo, aunque no había podido verle el paraguas. Sin embargo, sabía que entre los muslos escondía una clave. Él, entonces, con la técnica del maestro más amoroso, le cogía la mano y se la dirigía hacia el paraguas que al mínimo contacto se desplegaba, se volvía grande, enorme, de tela finísima. Ella lo tocaba sin mirarlo y obedecía órdenes que nadie dictaba; recorría la empuñadura para acertar con el mecanismo, lo abría, lo cerraba, con movimientos convulsos, acelerados o lentos; persuasivos. El paraguas: oloroso, tunante. No podía verle la cara a aquel hombre alto y delgado con su gorra calada hasta los ojos.

Entonces, alarmada, creía que era una mujer, pero las mujeres no tienen paraguas. Lo tocaba para comprobar su presencia real: sí. El hombre se le acercaba tanto, que el roce de su bigote en las mejillas, en los labios, en el cuello, hacía que se le humedeciera irremisiblemente su sensible bisbís. El paraguas, el bigote, el paraguas, el bigote. Y fue cuando las aceleraciones la sorprendieron con toda su ferocidad, lanzó un grito de desesperación y cayó, Dios Todopoderoso, sobre los escombros de una turbulencia.

Los motivos de la alegría de Amparo remoloneaban en torno a varios aspectos. El más importante, la liberación de su hermano. Se le veía demacrado y en los huesos, pero en la familia la salud era un signo de identidad del que se sentían muy orgullosos, como si ellos hubieran puesto de su parte por conquistarla. Así que, sin duda, Antonio se repondría pronto.

Las hermanas otra vez como siempre. Juntas. Juntas y apretadas. Amparo no le había confesado a Matilde que no le gustaba nada la propuesta de acompañar a Irene en su matrimonio, que ese arreglo le dolía atrocemente, que ni siquiera deseaba que Irene se casase, lo que deseaba con toda su alma era permanecer en aquella casa, limitada entre frunces y motines, entre su murmurar y su engaño, pero con el grupo intacto. Le gustaban las mañanas entre las dos, con sus canciones y sus limpiezas, siempre a la misma hora, sus tazas de malta, achicoria o cascarilla, terminar y pasar al baño, primero Irene, que lo dejaba perfumado y tibio, luego ella. Comer juntas, dejar transcurrir la tarde en espera de que se les uniera Matilde mientras las dos por separado degollaban matrimonios. Amparo, siempre atenta para escucharle a Irene las peripecias de sus noviazgos, sus rupturas, si veía muy de cerca el compromiso. Todo ello, un juego para distraerse hasta llegar a la vejez. Amparo deseaba vivir así, pero no se engañaba, sabía que Irene al fin se iba a casar y Matilde también, y que su futuro y el de Custodia irían unidos al de ellas, pero de momento, disfrutaba de aquella gran felicidad. Todo en su sitio. Nada como la alacena en orden, decía su madre, con lo que resumía no el sentido del orden en sí, sino el de la felicidad.

Algunas veces pensaba en la posibilidad de casarse ella en vez de ir de comparsa. Pero al imaginarlo, aunque fuera por un momento, se apuntalaba en el no. Matilde, que la conocía tan bien, ya no contaba con que Amparo cambiara de parecer, y por esa razón la había destinado a la retaguardia de Irene, y aunque Amparo intentaba conformarse, esa posibilidad le producía aversión. Irene cambiaría tanto, pendiente de los gustos y de las costumbres de un hombre. Se imaginaba a sí misma en la habitación de la criada, lejos de la principal. A tu hermana, colócala en un extremo, Irenita, quiero intimidad. Cambiar de casa, de calle, hasta tal vez de ciudad, de compañía: apátrida.

El muslo derecho de Amparo guardaba la memoria del deseo. Un Lisardo joven y amoroso deslizaba una y otra vez su mano por encima y su uña formaba sobre su piel aquellos corazones que se hinchaban. Pequeños quejidos de Amparo, cómo eres, Lisardo. ¿Cómo, Amparo? Amparo tenía

entonces la sonrisa encalada y abierta, donde Lisardo se metía y no podía salir. Aunque ella sabía que eran sus ojos lo que lo trastocaba.

Si sus hermanas hubieran sabido lo suyo con Lisardo, seguro que a fuerza de buscar encontrarían una excusa para ella, pero en algún punto les quedaría alojada la convicción de la culpa, como escuchaba a sus hermanas y a sí misma, culpar a casi todas las mujeres embarazadas por sus novios. Desaprensivos, sí, pero ellos, ya se sabe, son hombres, llegan al mundo con la Dispensa Papal entre las piernas y un manual genético de aprendizaje que enarbolan ante el primer síntoma de bullicio: cerdos.

—Tía Amparo, el muslo te sangra.

Por las noches lloraba. Antonio se sentía febril y con terribles calambres en las piernas. El pecho le crujía al toser y los recuerdos se le levantaban como actores sonámbulos. En aquella cama había dormido de soltero, la misma colcha, la mesita de noche con el tapete de ganchillo y una lamparilla de aceite, por si acaso, el montante ciego que comunicaba con la cocina y el armario lleno de carcoma que dejaba sus montoncitos de serrín en el suelo. Durante la guerra no supo lo que significaba dormir en una cama de verdad, y ahora, después de tanto añorarla, no sabía cómo acostarse para no sentir dolor. Le dolía la postura de la soledad, la de no tropezarse con las piernas y los brazos de Clara, la de no notar su aliento húmedo y oloroso. El pensamiento clavado en su mujer cuando en el frente sentía más temor ante el frío que ante las bombas. Clara, Clara. Los pies, la congelación, el aliento también frío, ese terrible dolor en el nacimiento de las pestañas que no le dejaba mover los párpados y se le quedaban paralizados, como si se llenaran de asombro. Y las lágrimas, que seguían su trayecto de arista hasta la boca; tragarlas.

La guerra no le había permitido llorar a su mujer. El sargento le había concedido un permiso de unas horas para que fuera a emborracharse, era todo lo que podía hacer por él. No podía coger un tren porque la zona estaba cortada por los nacionales, pero además, llegar, le hubiera llevado cuatro días. Recuerda que pasó aquel día entero durmiendo y que lo despertó Clara diciéndole que se habían equivocado, que ella no se había muerto, y el sargento le volvió a dar otro permiso para que se emborrachase de nuevo pero con el doble de ración.

También le faltaba entrar en la casa que había sido de ellos. Los dos con Amelita y ese niño que llegó en tan mal momento. Cuando se repusiera debería enfrentarse a ello. Ir a Montes de Casariego, visitar a los padres y a los hermanos de Clara, recoger los recuerdos que le hubieran guardado, sobre todo aquella foto en la que ella estaba tan guapa, escondida tras una sonrisa vergonzosa, porque siempre decía que el objetivo le daba miedo, que podía salir cualquier cosa de él, quizá un espíritu aciago. Recién cumplidos los diecinueve años, en aquel único retrato. Una cara de facciones pequeñas, de botones de nácar, redonda, el pelo muy rizado y pelirrojo, el cuerpo de aquí me tienes, soy un roble.

Antonio zarandeado: Clara, la guerra, el futuro, la niña.

Temía enfrentarse a la nueva vida. Durante la guerra no existió nada. Todos los lugares ocupados por el miedo y el frío. Vivir era una simulación y el

mañana un mancha sin identificar. Durante la contienda quiso ahorrarles preocupaciones a sus hermanas y ahora, para tranquilidad de todos, debía pasar desapercibido al menos un tiempo. Siempre podían pensarlo mejor, levantarse una mañana con ganas de cargarse a unos cuantos republicanos rojos hijos de puta que habían salido demasiado bien librados. La limpieza quedaba justificada, y, por si acaso, opinarían. Antonio ni siquiera se explicaba cómo se había resuelto tan bien para él, que un resto de una suerte se le hubiera pegado. Su madre decía aquello de Dios aprieta pero no ahoga. Él nunca había creído en ello, ni en Dios, claro, y menos ahora. ¿Por qué atajo circulaban los pensamientos para recordarle a su madre en ese instante?

Lo mejor sería irse a Montes de Casariego. Allí no lo conocieron más que unos pocos años en los que no había desarrollado ningún tipo de actividad clandestina ni de contacto. Nadie le preguntaría. Además, un primo de Clara, había sido nombrado cabo en el puesto de mando de la Guardia Civil. Buena persona, y a él lo apreciaba. Todo Montes había recibido la noticia de su nombramiento con alivio. Por otra parte, Montes era un lugar remoto, casi en el linde con Galicia, a muchas horas de viaje. Al menos, a setenta kilómetros de la capital. Incluso hablaban gallego. Aquel era el lugar en el que podría caminar sin darse sombra a sí mismo para ocultarse. Trabajar en el campo, ponerse fuerte. Y Amelita, ¿qué? En cuanto se repusiera un poco hablaría con sus hermanas a ver qué opinaban sobre la educación de la niña, pero sobre todo, en qué hogar le asegurarían un plato de comida, un chaleco de yodo, un no llores más, mi vida.

Amelia.

Amelia se había enfadado con Amparo porque no la dejaba dormir con su papá, y como sabía que Amparo era inflexible cuando tomaba una decisión, se conformó con pedirle que la levantara muy, muy «tempranísimo» para ir a verlo a su cama. Pero si duerme, no lo despiertes, hija, que ha llegado muy cansado y todavía no se le ha marchado la enfermedad. No, tía, no lo despertaré. Me quedaré quieta a su lado hasta que abra del todo los ojos.

Amelia tomaba su desayuno deprisa y se sentaba en el suelo, al lado de la cama de su padre.

No olía como antes, notaba Amelia, y el pelo, que le tocaba con cuidado para no despertarlo, resultaba de tacto más áspero; corto y sin ondas. A ella le parecía que a su papá le había crecido la nariz y pensaba preguntarle si es que había dicho muchas mentiras de las gordas. Empezaba a impacientarse si llevaba allí un rato y su padre no se despertaba. Entonces lo sacudía con

cuidado, le tironeaba del embozo de la sábana y lo llamaba. Le salía una voz de zumbido de abeja, de mosca que merodea un manjar; papá, papá. Quiero que me lleves de paseo, ponte bueno, anda, que no me obedeces, si estuviera mamá, seguro que ya le habrías hecho caso. Ahora hay dos patos en el parque. Me dijo la tía Matilde que tú no los conoces, que llegaron con la liberación y que te gustarán mucho. ¿Por qué duermes tanto? Papá, papá, despiértate ya, que me debes muchos cuentos, y, además, desde que has llegado no me has llamado zangolotina ni una sola vez. ¿Es que se te ha olvidado? La palabra que bota, bota como una pelota.

—¿Has dicho «la liberación», Amelita?

Las tardes se elaboraban sin que nada las alterase, de cafés con leche y costura, de confidencias y secretos, de suspiros y sabe Dios por qué y gracias, Virgen Santísima. Sobre todo Matilde, porque a la enfermedad de perder al hombre, le añadía piezas, las cosía unas sobre otras, las reforzaba con zurcidos en hilo doble de la marca La Pajarita que resistían más que el propio zurcido; las acariciaba para encararlas mejor, les daba forma con las manos, las besaba a veces, las lloraba otras, pero ella sabía mucho de la vida y sabía que la vida era eso.

Tiempo.

Despidió ante la puerta a las alumnas del último turno. Durante el trayecto por el pasillo hasta la galería oía a sus hermanas que parecían discutir.

—Las de casarse, ¿no?, te refieres a esas, a las mosquitas muertas que luego saben más que las ratas de sacristía.

—De las decentes, Irene.

Amparo lo dijo en un tono que no admitía réplica. Se puso a preparar la merienda y dejó de pensar en las decentes.

Matilde las saludó y ellas dejaron la labor a un lado. Amparo ya había vertido la coladura en las tazas. Como siempre, a la de Matilde le había añadido un chorrito de café del auténtico sin que ella lo presenciara. Nada más tomar el primer sorbo, notaron que su hermana deseaba contarles algo porque ni siquiera se interesó por el motivo de su disputa. De todas formas, mantenían la costumbre de esperar a que ella se decidiera. Después del siguiente sorbo:

—Me vino a ver Celestina, la de La Corredoira, os acordáis de ella, ¿no?, que se confeccionó en la academia todo el ajuar para casarse. Bueno, pues acaba de abandonar al marido.

—¿Qué?!

—¡Imposible!

—No sé ni cómo explicároslo. Resulta que la noche de bodas, pues... el marido quiso... como es natural, supongo, y ella, horrorizada, le plantó cara, hasta le pegó, me dijo, le clavó el tacón de aguja de su zapato de novia en la cabeza. Yo no sabía qué cara poner mientras me lo contaba a gritos, ni a dónde iba a ir a parar, entonces, como yo no reaccionaba, me miró furiosísima y me dijo: Pero ¿no se da cuenta, doña Matilde? ¡No me dejé deshonrar de soltera, cómo iba a consentir que me deshonrara de casada!

Amparo estaba tan sorprendida como sus hermanas, pero no le causaba la misma gracia que a Irene, que mientras escuchaba a Matilde, soltaba grandes carcajadas y decía con toda la boca: Ay, mamina, que me da algo. Ay, que ignorantona. Ay, que se me escapan las gotas por la risa.

—Su madre no le dijo, no le advirtió que..., bueno, eso.

—Se crió sola con el padre, un campesino bruto que no la dejó ni asomarse a la escuela. Sabe leer y escribir, porque a la hora de la partida de cartas con el cura, este aprovechaba para enseñarla y dejarse ganar.

—¿Y tú qué le dijiste, Matilde?

—Menudo dilema, Amparo. No sabía cómo salir del atolladero. Vi que estaba obcecada completamente, pero intenté aclararle que aunque yo carecía de experiencia en ese terreno, sabía que eso es normal. Se me puso como un basilisco, me gritó: ¿Normal? ¡Cómo que normal! Entonces corté la conversación y le sugerí que fuese a ver al cura que los casó. Me temo que su padre esté encantado porque la vuelve a tener en casa dedicada a él. Egoistón, como todos. Todos iguales. El mejor, colgado y capado.

—¡Matilde!

Custodia las escuchaba desde el cajón de la cocina con *Mili*. *Mili* mantenía el rabo tan tieso como siempre, al resguardo bajo las piernas de su ama. Custodia pensaba en lo entendidas que eran sus hermanas en cosas de hombres a pesar de ser todas solteras y decentes. Pero a Custodia le preocupaban otras cuestiones familiares. Si su hermano se quedase a vivir con ellas y con la niña, se garantizaría la presencia de un hombre en casa que tanto valoraban sus hermanas. Tal vez con esa unión familiar resuelta se casarían si les saliera un buen partido. Ella iba a intentar esa solución para sus hermanas a través de sus contactos. De momento, la oración y el agua que le diera la echadora de cartas habían surtido efecto y todo se había resuelto según ella se lo pidiera. Ahora debía ir a pagarle a Engracia sus reales por los buenos resultados. En lugar de comprar cien gramos de café, ochenta, pero molido más fino. Le pasaría la piedra muchas veces hasta dejarlo como polvillo para que no se notara menor volumen. Con ello ahorraría casi la cuarta parte. Lo mejor será que se los lleve para que se dé cuenta de mi buena intención, y en cuanto pueda, le llevaré el resto y algo más en agradecimiento, porque la echadora le había dicho que, cuando se consigue todo, se debe obsequiar a los espíritus, que lo celebran mucho y es imprescindible mantenerlos contentos. Y luego, para sí misma, también le gustaría formularle aquella pregunta que últimamente la obsesionaba. Pero ¿no sería descabellado, insensato? Más que todo eso. Una

locura. Una auténtica locura. Y ella jamás había cometido ninguna. Paz. Al Ángel le rogaría paz. ¿Y si le pidiese consejo a Engracia, previo a la consulta con su Ángel?

Antonio se encontraba mejor. Los cuidados de sus hermanas y la compañía de su hija aceleraron el proceso de recuperación. Los males le habían aparecido durante el reposo, como si su cuerpo hubiera elegido aquel momento para expulsar montones de asco.

Se le llenó cuerpo y cara de granos con cabeza blanca, abultados y anillados de rojo. La fiebre le volvió a subir y todo él se convirtió en una charca pegajosa. A Custodia le encomendaron la misión de ir a recoger a las afueras de la ciudad hojas de nogal. Las calentaba sobre la plancha de hierro de la cocina, les ponía una gota de aceite y las aplicaba sobre los granos. Antonio se curó. Luego le apareció una infección en la boca. Amelia, entonces, lo saludaba desde la puerta porque él ni siquiera podía articular un hola. Enjuagues de vinagre, bicarbonato y sal que Amparo le preparaba, y también la infección cedió. Amelia le preguntó a su padre que qué porquerías había comido, que a ella le salían granos si se hinchaba de moras verdes.

Hablaron de llamar a un médico cuando las infecciones se presentaron tan fuertes que toda la casa olía a materia putrefacta, pero Antonio les rogó que usaran los métodos de la madre y la abuela que, sobre todo, recordaba Custodia.

A los pocos días de recibir cuidados, Amelia se dio cuenta de que a su papá ya se le empezaban a marcar las ondas, que el pelo le brillaba y había recuperado el tacto. Entonces le preguntó si ya estaba sano, que a ella le encantaría que la acompañara al colegio para enseñarlo a sus amigos, que algunos niños decían que no era verdad, que no tenía un papá.

Matilde le aconsejó a Antonio que cuando él decidiera, pero que observara cautela por un tiempo.

Antonio aceptaba y agradecía a sus hermanas lo mucho que lo ayudaban. Comprobó cómo su hija se acoplaba poco a poco a ellas, lo que le produjo un gran alivio, pero a la vez una pena infinita al pensar que empezaba a olvidarse de su madre.

Clara se perdía en el bosquejo curvo de un cuento sin princesa.

A Antonio le habría gustado acompañar a su hija a la escuela. Ella no sabía que había estrenado, junto a mandilón y cabás, una etapa diferente: la de los opacos de posguerra. Él se sentía muy tranquilo con la elección de Matilde. Un colegio privado sin huellas aparentes de educación triunfalista. Un colegio modesto que pasaba desapercibido, con una sola señorita que ya enseñaba antes de la guerra y que probablemente no cambiaría nada en ella, salvo

determinadas obligaciones generales. Qué sentido común, qué inteligentes, cuánto valían sus hermanas, pero para algunos asuntos de fuera de la casa, sin duda, Matilde.

Antonio esperaba que la niña le contase cómo había transcurrido la jornada.

Qué aburrida la tarde, papá, solo coser y no decir ni una palabrita así de pequeña. Y el colegio es muy feo y huele a una comida muy mala y hay un zaguán muy oscuro para dejar las katuscas, y los niños se las tiran a la cabeza a las niñas y las llevan llenas de barro y caca de caballo. Cómo ella consultaba a su oráculo. Papá, cómo se escribe ‘hundimiento’, cómo se resta, que no me sale, y por qué son tan largos los punteros, ¿para que alcancen para pegarles a todos los niños? ¿Y por qué la señorita dice que a todos nos cuida un ángel? ¿Es que mamá no tenía ángel? ¿Éramos tan pobres que no pudiste comprárselo, papá?

Antonio llevaba casi un mes sin salir apenas de la habitación. Sus hermanas mantenían unas normas bastante rígidas a la hora de organizar los momentos del día adecuados para que él usase el baño, se sentara en la galería o en la cocina. Él observaba que mientras ellas bordaban o cosían no les gustaba que apareciera por allí, se notaba por el tono de murmullo que eran los momentos de las confidencias, de las cosas que atañen a las mujeres, en las que a él lo consideraban extranjero. Se guardaban con recato cuando pasaban en ropa interior desde el baño al dormitorio, se decían, hoy, ¿sabes?, me vino aquello y me encuentro..., de modo que Antonio se quedaba en el cuarto a cumplir la prescripción de Matilde. Reposo absoluto durante toda la tarde hasta que llegara Amelita del colegio. Entonces, ella también se metía en el cuarto y esperaban a que Amparo los llamase para merendar. La veda quedaba abierta.

Le daba muchas vueltas a su situación y a la de la niña. Aún no se sentía con ánimo para hablarlo con sus hermanas, aunque por lo que había captado la querían ya como algo suyo, la incluían en sus proyectos, y, sí, tal vez sí se quedara con ellas; pero ¿y él? No es que no lo quisieran, pero se habían acostumbrado a vivir solas y él significaba una interferencia en sus vidas. Ni siquiera soportaban el humo. Había empezado a fumar un cigarrillo de vez en cuando y nada más Irene lo veía encenderlo, se precipitaba a abrir las ventanas de par en par. Uf, hermano, qué fetidez, qué asquito. Incluso le habían asignado a él una saca diferente para poner su ropa sucia. Cuando le dijo a Custodia que ya no la necesitaba, que estaba completamente curado, Custodia

le dijo que el separar la ropa de hombre de la de las mujeres obedecía órdenes de Irene.

Nunca había entrado en los dormitorios de sus hermanas. Los atisbaba cuando abrían las puertas para ventilarlos, veía entonces por el resquicio que quedaba, los pies de las camas con las colchas tan limpias, seguramente las mesitas que habían traído del pueblo y un armario de luna que oía chirriar al cerrarse.

¿Y si se fueran los dos a Montes de Casariego? Amelia se convertiría en una campesina de cuerpo sólido, seguiría con su cabello pelirrojo, soliviantado y glotón. Iría a una escuela gandula hasta los doce años, volvería a coger la costumbre de bañarse en un balde en el establo y hacer sus necesidades en la comuna. Sacar agua del pozo, lavar en el río... claro que nunca le faltaría un plato de comida, y, muy joven, un mozo para casarse. Con sus hermanas llegaría a ser una señorita, como ellas, pero no era ese el destino que más ansiaba para Amelia, aunque le proporcionase una vida más cómoda. Otra señorita del doce. Y si a Matilde le diera por casarse, ¿qué? ¿Quién mantendría la casa? Y él, ¿ganaría lo suficiente para ayudarlas?

Esperaría y seguro que Matilde tomaba la decisión más conveniente para los dos.

Deseaba salir a ver Oviedo, pero dudaba encontrarse preparado para enfrentarse a su nueva fisonomía. A los nuevos rostros.

Lo más adecuado sería allá sobre las siete de la tarde, que empezaba a anochecer. Amelia lloró porque quería acompañarlo, pero pronto se dio cuenta de que todavía no, que aquella vez no.

A Antonio el traje le quedaba grande. Las mangas le tapaban casi por completo los dedos y el pantalón tuvo que sujetárselo bien arriba para que no le arrastrara. Amparo le recortó un poco el pelo, que ya le había crecido mucho, para que no le saliera por debajo de la boina. La gabardina y un paraguas, por si acaso, completaron el atuendo.

Al bajar él, la escalera no crujió. Poco peso o prácticas de silencio. Había más desconchones que cuatro años atrás. Tantos que no quedaba rastro de pintura, y en aquel momento sintió pena al no recordar el color original. Se paró al salir del portal y obedeció el primer impulso. Se dirigió con decisión a la calle del Peso, al bar donde solía jugar la partida, de soltero, y pasar un buen rato los domingos. Vio la capilla de la Magdalena medio derruida. Un par de edificios más habían perdido tanta sangre que no pudo reconocerlos.

Todo mostraba el color árido de lo muerto.

Los muros despedían acidez. Secos ahora; antes, quemados, reincidentes, consumidos sin ayuda espiritual que hubiera confortado a toda la antigua muralla mientras ardía. Se acercaba ya a Casa Pepe, especializada en percebes, centollos, nécoras y angulas. Sidra embotellada o de espicha, pero en cualquier caso, de Noreña, y la mejor. Chorizos caseros y arroz con leche para los golosos. Cartas siempre nuevas y dominós. Y parchís para los maricones, decían entre risas.

Antonio se desorientó por un momento. Casa Pepe era allí, claro, en la misma esquina. Sin esquina. La calle había perdido la esquina, limpiamente degollada. La carne, aún blanda, mostraba su interior con la memoria estampada contra los escombros. Los ladrillos viejos supuraban moho.

Quizá Antonio pensara en aquel momento que lo mejor sería volver a casa y allí encerrarse para siempre con su hija y sus hermanas. Multiplicar una sola foto y atarla a la cintura de una sombra.

Pero Antonio siguió caminando por su ciudad. Apenas había luz y en muchas ventanas se veían las siluetas distorsionadas que dibujaban las velas.

Él no lloraba porque era como todos los hombres.

Entró en un bar que no conocía de antes y pidió un vaso de vino. Para ayudar a la escasa luz eléctrica habían colocado carburos, y al tufillo inconfundible que despedían, se unía el del vino y la sidra. Un camarero joven, con cara de no importarle nada de lo que ocurría a su alrededor, miraba a los clientes ahorrándose preguntar qué quiere, qué le pongo. La clientela arrastraba la furia inconsolable del hambre. Tan solo un pequeño grupo alrededor de unas botellas de sidra y unas tapas de cacahuets y castañas, era capaz de cantar. No faltaron los mendigos con su letanía de la calamidad de la que nadie hizo caso. Se quedó de pie, apoyado en la barra. Pidió otro tinto. Mientras lo paladeaba, mientras comprobaba que le sabía a gloria, se le saltaron las lágrimas, dijo: Coño, cuánto es, y salió antes de terminárselo.

Creyó reconocer a Ceferino, el hijo de Camila, la de la Cuesta del Molino. Llevaba muletas, le faltaba un pierna entera, y en lugar de cantar, como siempre, a todas horas, por algo lo llamaban el «trinín», soltaba cagamentos sin dejar espacios limpios. Seguramente era él.

Se acercó a la Plaza de la Escandalera por si había alguna vendedora de castañas. Preguntó que cuántas le daban por un real, y la mujer le contestó que una docena, y mire, le regalo unas pocas.

—Deme una perrona y media.

—Papá, ¡qué risa hoy en el colegio! Cuando la señorita nos dijo que sacáramos la pizarra, Antoñito Carnicero Peláez abrió el cabás y salieron tres cucarachas. ¡Una risa! Antoñito las quería coger para guardarlas otra vez y llevárselas a su casa y la señorita le preguntó si es que no le quedaban más que aquellas y él le dijo que muchísimas más. Un alboroto, papá, que la señorita casi nos castiga a toda la clase porque a una niña, que es muy, muy amiga mía y que se llama Amparito Miranda Martínez, le dan mucho miedo y empezó a subirse a las sillas y a chillar y todos los niños movían los pupitres para sacarlas de debajo. Y Amparito, con el estruendo, todavía pegaba más gritos.

—¡Menudo susto para las cucarachas con tantos cazadores a punto!

—Pues no cazamos ni una.

—Menos mal que Antoñito... ¿qué?

—Carnicero Peláez, papá.

—Tiene surtido en su casa.

—Sí, pero la señorita le dijo que mirase antes de salir para el colegio si se le había metido alguna en el cabás y que la sacara, que si no lo castigaría. ¡Qué tonta!, ¿verdad, papá?

—Sí, hija, tontísima. Y lo de escribir, ¿cómo va?

—Muy bien. Cuando te marches con los abuelos te escribiré todos los días y te contaré las cosas del colegio, y a ellos les diré que te cuiden mucho y que me preparen la cama al lado de la tuya para las vacaciones. Quiero dormir contigo, papá.

—Sí, hija, conmigo.

—¿Sabes otra cosa de hoy? Anselmito...

—Anselmito qué, Amelita, dímelo completo.

—No te rías, ¿eh? Anselmito Buenafuente Parranda. Bueno, pues Anselmito no llevaba el trapo colgado de la pizarra para cuando necesitamos escupir y borrar, y tampoco llevaba pañuelo, ni mandilón, y entonces la señorita le obligó a sacarse el faldón de la camisa para limpiar la pizarra y estaba remendado y era de color rojo y la camisa de rayas marrones. Nos reímos, pero un poquito ¿eh?, porque la señorita también por eso nos quería castigar. Es más tonta...

—Sí, hija, tontísima.

—Y no te creas, que le gusta más pegar moquetones...

—Mientras que no os corra a zurriagazos.

—Qué malo eres, papá, pareces la señorita.

—¡Amelia!

El gesto de reproche de Antonio no era sino una excusa para a continuación subirla sobre las rodillas, apretar su cara contra la de su hija y frotarle la barba contra las mejillas hasta ponérselas rojas. Para Amelia aquellas sesiones eran como si hubieran llegado los Reyes Magos de improviso, como tener para sí todos los bartolillos recién hechos.

Matilde también escuchaba y mimaba a Amelia.

Últimamente Matilde se dedicaba mucho más a la niña. A la vez se recuperaba. Había empezado a contemplar la vida de la familia como un argumento compensatorio. No resultaba tan mal. La resignación a no disfrutar de una vida «completa» tenía como contrapartida la tranquilidad. Sin sorpresas al levantarse por las mañanas. Todas iguales, con sus grilletos brillantes. Las tardes con el café con leche, las cuentas que no le salían nunca porque Custodia no sabía hurgar donde conseguir buenos precios. La aquiescencia en todo por parte de Amparo. El transcurrir, aletargado y dócil, se podía contemplar desde su perfil cóncavo. Ahí se quedaría. Con la pena articulada hacia dentro y con la ternura en un solo bando: la niña. Con solo mirarla o cuando se le acercaba y se apoyaba contra su cuerpo, Matilde percibía que suavizaba su sequedad.

Le debía a Amparo la nueva sensación que le producía Amelia.

Amparo había logrado traspasarle a Matilde todas las gratas obligaciones que ella desempeñaba con la niña, y Matilde enseguida entendió el porqué del sutil reajuste tramado por Amparo.

A Amelia le gustaba acompañarla los sábados por la tarde para las compras especiales, como papel para dibujar patrones, tiza para el encerado o un trozo de raso para el lazo de los domingos. Amparo había empezado a unirse a ellas en los paseos. Contemplaban las novedades de los escaparates, que mostraban ya prendas de lujo, aunque sin alardes, con un sencillo cartel que anunciaba: Moda de París. Gran surtido en el interior. Pero ¿para quién?

—Hay gente para eso, Amparo. La hay. Y empiezan a gastar sin miedo ni pudor.

—Hija, yo no veo más que miseria.

Luego, las tres a merendar a la confitería Virgen de Covadonga. Consistía en el gran extra de un café para ellas y un bartolillo para la niña.

—¡Dios mío, qué maravilla! ¿De dónde sacarán estas exquisiteces?

—Seguramente se las traen del pueblo, porque son únicas en Oviedo.

—¿A vosotras no os ataca el hambre cuando huele tan rico?

—No, Amelita, no nos ataca.

—¿Puedo pedir otro?

—No, uno solo. El día de tu cumpleaños te dejaré que comas hasta que no puedas más.

—¡Huy!, eso no me pasará. ¿Cuánto falta?

—Un mes.

—¿Ya estamos en octubre?

—Sí, Amelia.

—¿Cómo pasa el tiempo!

—Despacito, ¿verdad, tía Amparo?

—¡Hija!, pero qué dices, si vuela.

—¿Sí? Pues la señorita nos dijo que para el año que viene podré hacer la Primera Comuni3n. ¿Llevaré un traje blanco de esos de princesa?

—Sí, vida.

—Matilde, ¿no crees que le consientes demasiado? Además, ¿de dónde ha sacado eso del traje de princesa?, ¿quién es tan insensato para proponer ese despilfarro, esa ostentación, ese descaro?

—De los desaprensivos y de la catequesis, me temo. Ya sé que no debiera, pero después de lo que ha pasado no puedo resistir la tentación de consentírselo.

Se quedaron calladas. La guerra iba a continuar siendo el gran referente para todo y para siempre.

Un matrimonio con un niño ocupó la mesa de al lado. Pelirrojo y lleno de pecas, los ojos de color castaño claro. Matilde lo miró. Amparo lo miró. Vio que hacía un gesto como para desterrar penas, pero tal vez no pudo y le dijo a su hermana:

—Es igual que Pepín.

—Sí. Ahora tendría diez años.

Pepín había muerto en un tiroteo. Casi de los últimos de la revolución de octubre del año treinta y cuatro. Las familias mineras sacaron a sus hijos de casa a toda prisa en las madrugadas, y los fueron repartiendo entre familiares o amigos. Los mineros y sus mujeres, eran detenidos o heridos o muertos y los hijos quedaban desamparados. Pepín era hijo de una alumna de Matilde, mujer de minero. Así que una de aquellas madrugadas fue levantado de la cama medio dormido y llevado a Oviedo, a casa de Matilde, una mujer muy guapa

de la capital y sus tres hermanas, que le iban a comprar una cosa para jugar que se llamaba juguete.

—Cuánto se hizo querer en tan poco tiempo.

Amparo ya no contestó. Sabía cómo y cuánto había batallado Matilde por aquel niño y el riesgo que supuso para todas. Primero, escondieron al chiquillo, luego dijeron que era un sobrinito, hijo de un cuñado de su hermana la mayor, pero el niño, en cuanto le preguntaban algo, contestaba que unos hombres muy malos le hacían daño a su padre porque era minero y que a lo mejor lo iban a matar.

Matilde cogió a Amelia de la mano y emprendieron el regreso a casa. A los pocos pasos Amelia buscó también la mano de Amparo, empezó a tirar de las dos y soltó la pregunta que no había podido hacerles porque cuando sus tías hablaban a ella no la dejaban interrumpir.

—¿Era el niño de los calzoncillos?

—Sí.

Amparo entonces no pudo contener la risa. En la primera mañana que pasó con ellas, Amparo había querido ayudarlo a vestirse, pero no entendía la forma de aquellos calzoncillos hasta que le preguntó al niño que cómo se ponían, y él contestó con la lógica de los niños: Lo *cagao p'atrás*.

Las dos hermanas pensaron en la suerte de tener a Amelia.

Custodia pensaba acercarse a la plaza del pescado antes de pasar por la tienda de ultramarinos de Manolo, cuando desde lejos percibió una pequeña aglomeración a la entrada. El miedo la cogió desprevenida. Pero no, no había guerra. Eso se había terminado. A pasos rápidos se encaminó hacia allí.

—¡Custodia! Nuestro tendero se ha vuelto millonario. ¡Le tocó la rifa!

Estaban las clientas de todos los días arrebuajadas en sus escasas prendas de abrigo con las bolsas de la compra apoyadas en el suelo. Hablaban a gritos. Las voces y las risas atravesaban la calle y los transeúntes que se enteraban del acontecimiento se acercaban a conocer detalles y por si caía algo. Los sacos de patatas, carbón y sal servían de asiento. El carmín les manchaba los dientes al mezclarse con los bocados que Manolo les ofrecía. Las manos ocupadas con los vasos de vino. Sobre el mostrador de mármol, brazos apoyados, y sobre la báscula, el papel de estraza.

—Estamos locas, chica. Acabando con las reservas de la tienda.

—Custodia, te has quedado muda.

—No..., bueno. ¡Enhorabuena, Manolo!

—Gracias. ¿Qué quieres?, dime, ¿jamonín, chorizo, tocino, cacahuetes? Hoy echo la casa por la ventana.

—¡Qué suerte, bandido! Con la falta que me hace a mí, y mira por dónde, te toca a ti, que estás podre de tantas perras que ganas.

—Ponme un chorrito más de vino, anda, que hoy Floro me echa de casa por viciosa y porque no comerá a su hora.

Las conjeturas sobre cómo lo gastarían ellas y en qué producían un ruido de trayecto continuo de ida y vuelta:

—Yo saldría de deudas.

—Hija, pues yo cogería una trompa de champán, que no lo he probado nunca.

—Cómo me gustaría comprar un abrigo para cada uno de mi familia con cuello de piel, aunque fuera de gato.

—Eso, y antes os los podíais comer.

—Somos siete, pues siete abrigos. ¡Qué lujo! Y zapatos con suela de goma, y una manta de lana para cada uno, y para Severino, una buena zamarra.

—A lo mejor os brotaba el sarampión con tanto calor.

—¿Y tú, Custodia?

—Pues..., pues..., no sé.

—Mujer, qué sosa eres, yo me gastarí lo de todas en un suspiro.

—Yo me compraría, sobre todo, un cuello de zorro con los ojos de cristal, ¡me vuelven loca, chica!; y muchos vestidos, y me pondría una cosa encima de la otra para lucirlo todo, hasta un camisón, fijate que te digo; que por cierto, ni para mi boda me lo pudo comprar mi madre que bien disgustada se quedó la pobre, y hasta un collar de perlas falsas, como las artistas.

Manolo aplaudió la idea y le aseguró que sería la mujer más elegante de Oviedo y añadió que Custodia también resultaría una mujer muy guapa si se arreglase, que siempre la habían oscurecido sus hermanas, pero que podría ser devastadora si se decidiera a ponerse vestidos estampados, a pintarse un poco los labios y llevar zapatos en lugar de zapatillas. Vaya, vaya, cómo cambiaría la moza.

Y Conchitina dijo entonces que si se había dedicado a estudiarla por las noches, y Manolo se sonrojó y ya no dijo nada más porque estas mujeres son tremendas, me cortan. Anda, y qué te pongo hoy que soy millonario, y a ver si os atiborráis de una vez y me dejáis despachar tranquilo. Custodia, tú espera un momento, que tengo que darte un recado. Y venga, vosotras a cocinarle al marido y a la recua.

Salieron con la calma del satisfecho, con la paz de la barriga llena, con sueños desbordados por doscientas pesetas.

—Custodia, ven a la trastienda.

Allí la atrajo hacia él y le dio un abrazo. Se puso rojo por el atrevimiento, y Custodia, a quien jamás unos brazos amorosos habían tocado, se quedó quieta, sin mover un músculo, con la mente ofuscada y los sentidos enredados. Los párpados perdieron su ritmo acompasado, el aire no le llegaba dentro y le ahogaba las palabras. Pero se dio cuenta de que ella no tenía palabras para esos casos. Ni gestos. Ni brazos para responder. Se encontró perdida entre los comestibles de racionamiento y un hombre: Manolo.

Por la forma como Manolo la miraba, ella supo que debía esperar algo.

—¿Guardas el cuponín que te di ayer?

—¿Me ha tocado?

—¡Doscientas cincuenta pesetas! No te lo he querido decir delante de las otras.

—¡Manolo! ¡Dios mío! ¡Ay! Pero ¿para qué me va a servir el dinero, si en el único sitio que entro es aquí y en el mercado a por sardinas reventadas. Ni siquiera sabría entrar en una tienda que no fuera de ultramarinos.

A Custodia casi le parecía un problema. Manolo observaba su turbación como si el dinero fuese a desestabilizarla, como si un bien, forzosamente le

tuviese que traer un mal mayor para compensarlo.

Manolo le dijo sonriente:

—Vamos, Custodia, ¡alegra esa cara!, gástalo en ti, para ti. Seguro que habrás deseado algo alguna vez y lo habrás desechado y olvidado por imposible.

—No sé. No sabré.

—Claro que sí. Te doy un adelanto de veinticinco pesetas. A ver qué se te ocurre.

A Matilde le pareció exquisita la tortilla y le preguntó a Custodia dónde había comprado los huevos.

—En Manolo. Acababa de recibirlos del pueblo.

—A ver si repites esta noche hija, llevaba meses sin comer con tanto placer.

—Se agotaron, Matilde. Traje dos, y como costaban tan caros quedé a deber uno y hoy olvidé pagarlo.

—Menos mal que ya me la había terminado. ¡Lo que hay que aguantar!

A Custodia le resultaba imposible esperar a las seis de la tarde. Al terminar de fregar los platos saldría disparada a casa de Engracia. No podía aguantar sin contárselo a ella, únicamente a ella. De nuevo era obra del Ángel. Pero ¿significaría una prueba que le enviaba el Señor? ¿Una tentación del demonio?

Mientras bajaba por las escaleras recitaba la oración que le enseñara Engracia para los momentos difíciles dictada especialmente para ella por el Ángel, que, por cierto, se llamaba Ramón. Se paró para comprobar las instrucciones del rezo. Tres veces antes del Ángelus y tres después, y uno cada hora durante una semana. ¿Y por las noches también? No. Ramón le permitía descansar. El resultado, con garantía. ¿Tú crees, Engracia? ¿Me he equivocado alguna vez, Custodia?

Vio acercarse un viático acompañado por un monaguillo estrepitoso e hizo la señal de la cruz. Una mujer que se arrodilló al paso del cortejo religioso tuvo tiempo para mirar a Custodia con reproche mientras murmuraba las oraciones de los muertos. Custodia, cogida en falta, se arrodilló también durante unos momentos.

Un grupo de obreros regresaba a sus casas. Inconfundible aspecto de obreros, y no de mendigos, por la concreta suciedad de sus ropas y por la

bolsa, dentro de la cual se bamboleaba una fiambarrera vacía. Alguno de ellos cantaba. Custodia nunca se había atrevido ni siquiera a entonar por el ridículo al que sus hermanas la someterían si no afinaba, pero, mezclada con otras muchas voces en la iglesia y en las procesiones, sí lo había hecho y había disfrutado al alzar el tono. A subirlo hasta oírse por encima de los demás. Le entusiasmaba la música. Conocía todas las coplas que cantaban sus hermanas y las vecinas a voces, sabía de memoria las letras, asistía a cada misa cantada, y por las noches, no se dormía antes del paseo de Rufino, el sereno, que berreaba flamenquerías con pasión mientras daba golpes de chuzo. Rítmicos, eso sí.

Custodia quería pensar en cosas que la distrajeran mientras recorría el camino, pero le resultaba imposible. ¡La rifa! ¡Le había tocado la rifa! Manolo le había guardado el cupón a pesar de que no había podido pagárselo. De pronto, sintió cierta aprensión. En realidad el dinero no le correspondía. Era una ley en el juego. Si no se pagaba por anticipado se perdía el derecho, pero Manolo se lo había respetado. ¡Dios mío, Manolo!

Cuando Engracia preguntó quién llama, le vio la expresión desde el tercero primera. Le tiró la llave atada a un cordel y la esperó en el descansillo.

—Qué cara traes, por Dios, hija, pasa, anda, y cuéntame.

Casi media hora pasó Engracia poniéndole paños fríos con vinagre en la frente para bajar la sangre que se le había subido a la cabeza. Luego, le dijo que se quitara toda la ropa. ¿La interior también? Sí, mujer, claro, hasta la cintura, y que se sentara cómoda. Entonces le dio golpes suaves en la espalda, la cabeza, los riñones, el cuello, con una rama de laurel mojada en Agua Bendita. Mientras, rezaba.

Engracia la recuperó completamente y le proporcionó un gran bienestar.

—Ay, Dios, si no fuera por ti.

—Anda, Custodia, desahógate ahora.

Engracia le dijo que, con toda seguridad, Ramón le agradecería un gesto. Que podía tentarla con una prueba de generosidad y que, si no la superaba, tal vez el dinero le trajese mala suerte, que ella conocía miles de casos en los que las grandes desgracias no cesaban por no haber cumplido. Pero por Custodia, ella pondría la mano en el fuego.

—No, Engracia, no te preocupes. Lo que tú digas. Además, tengo muchísimo.

—Y mira, te doy las oraciones del Bien Decidir, de la Sapiencia. Dentro de tres días sabrás a qué atenerte. Aunque el Ángel lleva tiempo con los mismos mensajes. ¿No te ha dado prueba de ello con la rifa? ¿No ves que te quiere, que te bendice, que te protege? Hoy casi me queman las cartas, chica, Ramón nos va a llamar incrédulas y pesadas. Y si se enfada, se puede retirar para siempre. Me buscarías la ruina. Y no se debe intentar doblegar al destino. Trae mala suerte.

—¿Cuánto crees que te debo entregar para el Ángel?

—Se lo consultaré y no te cobraré ni una perra más. No pienses que me quiero aprovechar.

Al salir, pasó por delante de la peluquería La Parisien en la que se detenía cada vez que recorría esa zona. En el escaparate exhibían dibujos de mujeres con melenas preciosas, pensaba Custodia. Le asaltó un impulso y entró.

—¿Cuánto vale una permanente?

—¿Para usted?

—No, no, es para mi sobrinita.

—¿Media o entera?

—¿Qué quiere decir?

—Media es con las patillas rizadas y por detrás cortado a lo *garsón*, y la otra, de toda la cabeza.

—Entera.

—¿Rizo fino o puntas?

—Rizo fino, pero de abisinia, no.

—Siete pesetas.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Mínimo tres horas.

—Vendré mañana a las dos y media de la tarde.

—¿Con su sobrinita?

—Tal vez me anime yo también.

Custodia se paró un momento al salir. Se paró a pensar si no resultaría excesivamente atrevido, qué dirían sus hermanas. Echó a andar. Ese dilema le creaba una inquietud insufrible, pero la respiración se le alborotaba al imaginar su cabello ondulado. Mujeres con las caras medio cubiertas por esas melenas de enormes ondas o rizos, cómo las sacudían, con qué gestos tan femeninos, cómo adornaban sus caras, cómo las embellecían; la penumbra de un purgatorio. Algunas mujeres mayores se decidían por peinados atrevidos

aunque las malas lenguas las ridiculizaran. Custodia las envidiaba, pero nunca se imaginó a sí misma con aquellos maravillosos rizos. Imposible. En ella, imposible. Quizá por esa razón de contraste, por ese ocultamiento perpetuo, ella llevaba todo lo contrario. Un moño sin gracia, atado debajo de la nuca como una rosquilla casera que, además, se le desprendía de las horquillas y dejaba caer unos mechones lacios. Era cuando Irene le decía que le daba grima aquel pelo y que ojalá se lo cortara, mientras ella zarandeaba el suyo, brioso, farsante, que le caía hasta los hombros, donde buscaba la concavidad del cuello. El cabello de Matilde, más modesto, recogía los aires de un tango, melancólico y quieto, y Amparo había renunciado a presumir de él. Custodia no reparaba en ninguna otra parte del aspecto físico de las mujeres, nada le llamaba la atención, solo el cabello. Sí, se haría la permanente. Melenita corta y rizo menudo, y cuando llegara a casa, por mucho que sus hermanas dijeran, ya no se podría volver atrás. El otro problema llegaría al verse obligada a justificar el gasto. Esperaba que se le ocurriera algo, aunque ya sabía que no la iban a creer. Dios mío, que no sean demasiado duras conmigo. Santa Rita, ayúdame. Pensó en Irene y soltó todo el temor que le inspiraba por medio de un gran soplado. A las doscientas veinticinco pesetas restantes, ya les había dado destino, aunque no podía llevarlo a cabo todavía.

Antes de entrar en el portal pensó que debía ir a agradecerse a algún santo y pedirle consejo. Volvió sobre sus pasos. Entró en San Isidoro donde el sacristán mangoneaba con gran estrépito los reclinatorios para fregar el suelo. La combinación de sortilegios y religión no le causaba ningún problema de incompatibilidades, así que empezó por la Virgen María y terminó por volver a invocar a Santa Rita, la abogada de los imposibles. De paso rezó un Padre Nuestro por Ramón, el Ángel de Engracia, que tan bien se portaba con ella.

Preparó un poco de cena con la misma desgana de siempre. Acarició a *Mili* con la misma pasión de siempre. Se fue a dormir con la idea fija de la permanente, más la de la decisión que debía tomar.

Tres días, se dijo aterrada.

Tres días. Porque si se llegara a enfadar Ramón...

Aquella sería una jornada absolutamente diferente en la vida de Custodia; sin embargo, la emprendió como de costumbre. La charla con la lechera, el paseo por la plaza del Fontán, y la visita a la tienda Ultramarinos Finos, de Manolo.

Aquella mañana él le preguntó cómo te sienta ser millonaria con apenas voz en un descuido de su único cliente, y alzó el tono al comentarle que le habían llegado unos arenques muy ricos para freír con cebollas, que le había reservado tres cebollas por si acaso, ¿tenías? No, ¡qué dices!, para mezclar con un arenque. ¿O te pongo dos?, y que le podía salir una tortilla, sin huevo, claro, pero muy sabrosa. ¿Nada saladas, seguro?, mira que mis hermanas son especiales. Seguro, Custodia, la cebolla es muy dulce y lo compensa, hazme caso, y toma, prueba las pilongas de este año.

Siempre le daba cosas para catar porque se fiaba de su buen criterio, le aseguraba. ¿Un obsequio encubierto? ¿Una atención extra? Un recorte de tocino, una esquina pelada de una boroña, un trozo de marañuela de las que amasaba su madre, aunque ahora llevaba tanto tiempo sin mantequilla que no había forma de sobarla en condiciones, pero quedaba tan buena de todas maneras.

Manolo le dijo que le sentaba muy bien el pañuelo que se había colocado al cuello, que la encontraba más guapa. Aunque un poco torcida la lazada.

—No me tomes el pelo, Manolo. Sé muy bien que soy fea.

—De fea, nada. Te emperras en parecerlo. Desde que te conozco que te lo digo. Y llevo años, Custodia.

—¿Dónde vas tan temprano, Custodia?

—Al cementerio.

—Si hoy no es el día.

—La última vez la cruz se había aflojado un poco y se torcía. La sujeté con unas piedras y quiero comprobar si sigue en pie. De paso, me acercaré al Cristo a rezar.

Antonio se brindó a acompañarla. Le dijo que la tarde estaba espléndida y que le encantaría acercarse al cementerio y echarle una mano. Custodia tembló. Hizo como que no lo oía y salió disparada hacia la puerta. Irene lo consoló para poder despacharse a gusto contra su hermana, hasta que Antonio le dijo:

—No le des tanta importancia, Irene. Iré yo solo a dar una vuelta. Las piernas me duelen por el entumecimiento.

Amparo le dio dos pesetas sin que su hermana la viera. Le pasó el cepillo por la chaqueta y le dijo, la llenas un poco más, hermano. Antonio sonrió y, como cada vez que salía, le aseguró que sería discreto.

—Debes seguir el consejo de Matilde. Estuviste en Montes todo este tiempo mientras te recuperabas de la muerte de Clara. Y añade, que de una pulmonía. No les vaya a parecer poca cosa una muerte. Y con los amigos íntimos, tú sabrás.

—Sí.

Había comenzado la plaga. La era de la mentira y del nuevo disimulo. Así que todos sabían que cuanto más prolija fuera la explicación más se ocultaba detrás.

—Gracias por el dinero, Amparo. Compraré un cuarterón para llevárselo a Emilio. El pobre está para muy poco ya.

Custodia llegó a la peluquería a las dos y media en punto y la peluquera le preguntó por la sobrinita.

—No, ella no se ha animado.

La peluquería, instalada en la habitación principal de la vivienda, daba directamente a la calle. El único mobiliario lo constituía un par de sillones, muy parecidos a los de las barberías aunque mucho más pequeños, que a Custodia le parecieron muy elegantes porque eran giratorios. La peluquera no disponía de lavacabezas y usaba el albañal de la cocina. Las toallas, oscuras y húmedas; un espejo grande con placas sin azogue que había que esquivar para poder verse y que a Custodia le recordó el de la puerta del armario ropero de la habitación de Matilde colocado en posición horizontal. A los peines les faltaba alguna que otra púa. Le preguntó si tenía piojos, Custodia le dijo que no. La peluquera, que se llamaba Trini, espantó a tres niños que se le habían colado por la cortina que comunicaba con el interior, y les dijo que no se sonaran los mocos en ella.

Comenzó.

¡Huy!, qué pelillo tan ralo. Le pondré los bigudíes pequeños para que abulte más.

Por lo menos habían pasado veinte años desde aquella primera experiencia. En primavera se acercaba por el pueblo el esquilador, y después de terminar con las ovejas, sacaba la maquinilla de rapar y un babero larguísimo. Entonces llamaba a todos los niños del pueblo. Nunca a las niñas. A ellas les dejaban

crecer el pelo para hacerles trenzas, pero aquel año su madre le dijo que parecía una tiñosa, que había que orear aquellos cuatro pelos de rata, y la había llevado a empellones. Mientras los niños se reían y ella se tragaba las lágrimas, los mechones, amontonados en el suelo, parecían el plumaje de un pollito mojado. Nunca más consintió que se lo tocaran. Pero ahora, con los adelantos modernos, era diferente. Tanto tiempo guardando ese deseo. Ahora sí.

—¿Champú de huevo o de brea?

—Lo que a usted le parezca.

Cortó y luego envolvió porciones muy pequeñas de pelo en bigudíes que empapó en un líquido amoniaco que asfixiaba. A continuación, las planchas de hierro al rojo vivo para cubrir cada uno de los pequeños envoltorios. Custodia soportaba bien la tortura, así que hasta se adormiló mientras esperaba por el largo proceso.

La peluquera dio por finalizada su obra y la contempló satisfecha.

Custodia, con la cabeza gacha, se negó a mirarse al espejo.

Sí se tocó varias veces los rizos y se sintió complacida con el tacto almohadillado de su cabello, sin embargo, llegó a casa sin haberse mirado ni siquiera de reojo en un escaparate.

—¡¡Custodia!!

Tres pares de ojos contemplaban una permanente. Matilde le impidió a Irene un interrogatorio. Ella no le preguntó, y Amparo, a la que no había que advertirle nada, se calló por propia iniciativa. Solo Amelita, cuando llegó del colegio y la vio, le dijo, «después de *vieya*, gaitera». En cualquier otro momento Irene habría soltado una carcajada y Amparo la habría regañado, pero aquella tarde ninguna de sus tías la oyó. Amelia le pidió la merienda a Amparo, abrió el cabás y se puso a repasar la tabla.

La permanente de Custodia bullía dentro de tres cabezas. Se adivinaba por su reflejo. Pequeñas lenguas de fuego extraídas del cuadro del Espíritu Santo de la iglesia de San Isidoro.

Irene se obcecó con que Custodia mostraba síntomas de locura, que en la familia había habido casos, sobre todo de las tías solteras que al final de sus vidas empezaron a cometer extravagancias. Matilde sintió, inexplicablemente, una gran pena. Amparo necesitaba una sesión de ensimismamiento sobre su muslo derecho para aislarse y pensar.

La vista de aquella cabeza le jugaba extrañas visiones a Irene: minúsculas anillas de pelo laboriosamente encadenadas; penitencia, sumisión. Cientos de

orificios se cierran, se abren, boquitas de placer, peditos de monja. Toda su cabeza era un pubis que una mano acariciaba.

Dio un respingo, se ajustó los lentes sobre el puente de la nariz, carraspeó e intentó recomponerse.

Pero Irene no encontraba el punto de sosiego imprescindible. Miraba la cabeza de Custodia como si esperara que de cada rizo se disparase un tentetieso, un silbato de carnaval.

De pronto la vio guapa. ¿Cómo podía ser? ¿También ella se estaba volviendo loca?

A Antonio no le pilló desprevenido porque Amelia había ido al trote a abrirle la puerta de la calle y, entre atropellos, le había comunicado la gran nueva. Antonio le dijo:

—Estás muy guapa, Custodia, muy moderna, y pareces mucho más joven.

Iba a seguir, pero la mirada de rabia que tan bien conocía en Irene le cortó las siguientes frases de cumplido. Aunque tal vez se debiera a la sombra de aquellas bombillas de cuarenta que desfiguraban los rostros. Pero por si acaso.

Irene achacó a los seis tazones de tila el no haber podido conciliar el sueño en toda la noche. El exceso, argumentó tras una reflexión de urgencia, produce efectos opuestos. Y la necesidad imperiosa de levantarse al baño unas doce veces, según sus cálculos.

Matilde se sentía muy mal consigo misma por haberle pegado un par de buenos cachetes a Amelita sin razón aparente.

Amparo se insensibilizaba con una sesión extraordinaria sobre su muslo derecho. Estrenó agujas de acero bilbaíno.

Amelita hizo un dibujo de sus tías que se apresuró a meter en la hornilla antes de que alguna de ellas lo viera.

Mili dormía.

Inconcebible.

Custodia se casaba.

Consideraban irritante e intolerable que Custodia pudiera haber llegado hasta ese extremo sin consultárselo, sin comentarlo, sin que ellas participaran en la decisión. No habían podido someterlo a examen, juzgarlo a conciencia, darle o no su aprobación. No conocían su nombre ni su aspecto.

Despejar la incógnita de cómo podía haber ocurrido que un hombre hubiera elegido a Custodia. ¿Dónde se escondía la trampa? Ellas debían desenmascararlo, arrancarle la careta al impostor que se quería burlar de su hermana.

Se verían obligadas a decírselo a las amistades. Lo que pensarán de Custodia era lo de menos, pero de ellas... Sí, sobre todo, ¡qué pensarían de ellas! Qué comentarios suscitaría. Qué bochorno, por Dios.

Irene rabiaba por conocer detalles que Custodia no estaba dispuesta a revelar y se negaba a ir a la iglesia. Debería confesar cosas muy feas que pensaba de su hermana, claro que cuando la declararan loca, entonces se habría justificado el desorden de su pensamiento. Que ella, con ese veneno, no comulgaba. Además, Irene culpaba a Custodia de calcular el momento de comunicárselo en ausencia de Antonio. Se había muerto un compañero y había ido a su pueblo al entierro. Calculadora y cínica. Vaya, vaya con su hermanita. Acto seguido se dio unos cuantos golpes de pecho y dijo, perdón, Dios mío. Todo ello en absoluto silencio, apenas interrumpido por el sonido de la aguja al traspasar la tela de su bastidor.

Irene se obstinaba en conocer la identidad de quien iba a ser su cuñado. Sin ese requisito no consentiría en ir a la boda, amenazaba, pero Custodia seguía

imperturbable.

Un pelanas, eso es a lo que Custodia podía aspirar, pero ¿qué pelanas, quién? Es como si me arrancara los dientes. ¡Esta hermana!

Amparo lo atribuía todo al carácter huraño de Custodia. Quizá temía que ellas opinaran sobre el novio y que la ridiculizaran o la indujeran, con su interpretación más mundana de las cosas, a dejarlo; que con toda seguridad se iba a convertir en la esclava de un borrachín, casi con certeza le pegaría unas palizas de muerte y luego se vería obligada a pedirles árnica.

Matilde dijo que, ante lo inevitable, lo mejor era poner buena cara, comprarle un vestido y concertar con el cura la boda para las seis de la mañana, pero Custodia le aclaró que ya lo habían decidido ellos y que sí, a las seis.

Cuando regresó Antonio y superó la sorpresa, dijo que a él todo le parecía bien. Que como ellas quisieran.

Custodia continuaba, impertérrita, con lo de cada día. La compra, la comida, la colada. Como si nada fuese con ella. Había logrado aplastar la permanente, que quedó reducida a unas ondas grandes de lado a lado de la cabeza. Con unas fricciones de aceite había conseguido abrillantar el pelo y estirarlo hasta detrás de las orejas. Sin embargo, y sin proponérselo, ese peinado le enmarcaba los pómulos y realzaba la línea ascendente de sus ojos.

No contestó más que a una pregunta de Irene:

—¿Dónde vas a vivir, Custodia? Porque no pretenderás traer un HOMBRE a esta casa ahora que se va a marchar Antonio.

—No.

—¿Entonces?

—En la suya.

—Pero ¿tiene casa?

Cuando no le contestaba, se irritaba, y cuando se avenía a ello reaccionaba como una energúmena, porque Custodia con una respuesta corta cerraba el paso y no le daba oportunidad a más preguntas, así que Irene dejaba hervir la saliva hasta que le quemaba la boca, pero sin decir ni pío. Había cambiado de táctica. Intentaba demostrar que no le afectaba en absoluto aquel asunto. Mientras, hacía conjeturas en torno a la clase de hogar que le podían brindar a Custodia. Una birria, seguro, o con una patulea de hermanos o cualquiera sabe... ¡Viudo!, claro, quiere una criada gratis para sacar adelante a... ¿cuántos críos?, ¿cinco, seis?, ¿once? ¡Qué asquito, por Dios! Y, si no había alguno faltoso, se podía dar por satisfecha.

Se casaba. Custodia se casaba.
Qué humillación, Virgen Santa, cómo lo consientes.

Amelita dijo que a ella le encantaba eso de ir de boda, que iría del brazo de su papá, que no sabía lo que les hacía el cura a los novios para casarlos y que, si a partir de ahora, Custodia usaría colonia y bragas como las de Irene.

—¿Habéis visto a *Mili*?

—No, Custodia.

—No lo entiendo. No la encuentro.

—¿Has mirado en las habitaciones de delante? Dicen que si los animales están altos se ponen muy raros.

—¿*Mili*, alta? Qué disparate.

—Irene, ¿tú la has visto?

—¿Yo?

—¿Se habrá escapado al abrir la puerta?

—No, Amparo. Ella no se va si no es detrás de mí. De todas maneras, voy a la calle.

—¿Y la comida? Ya es la hora.

—Déjame en paz con la comida, Irene. Voy a buscar a mi gata.

Irene no dijo nada más. Se acercó a la ventana de la galería y pegó la oreja al cristal. No se oía ningún ruido. Entonces se puso de puntillas con la cara estrujada contra la ventana para ver bien el patio.

Se sentó a arreglarse las uñas, después, se depiló las cejas, luego, se rebuscó por si había algún vello minúsculo en su cara, se cepilló el pelo: cuarenta cepillados a un lado, cuarenta al contrario, luego de atrás hacia delante. De vez en cuando lanzaba miradas fugaces al patio

Custodia no volvía. Amparo se situó en la cocina.

—No sé qué tendría previsto Custodia para la comida. Da pena mirar la alacena. Pero es cerca de la una y si Matilde no ve el plato sobre la mesa a la hora en punto, ya sabes lo que le entra.

—Custodia es una estúpida, Amparo.

—¡Irene!

—Quiero decir que si crees que por una gata se ha ganado el derecho a olvidarse de sus obligaciones.

—Mujer, la quiere mucho. Anda, ayúdame. ¿Qué preparamos?

—Huy, Amparo, yo de cocina, nada. Lo que a ti se te ocurra. A ver si mientras llega Custodia.

Amparo no dijo nada y en un momento supo que podía hervir unas patatas con un diente de ajo, laurel y un poco de manteca de la lata de los chorizos en conserva, y luego repartirse unas sardinas en aceite. Había algo de fruta y pan, así que resuelto.

Cuando Custodia regresó ya habían comido. Traía el aspecto de un fardo vareado. Apestaba. Entró al baño sin decir nada y salió con un olor más neutro.

Irene le dijo entonces:

—¿Has mirado bien en el patio? ¿Bien?

—¿Qué quieres decir?

—Pudo haberse caído.

Se lanzó a abrir la ventana y sacó medio cuerpo fuera. Entonces la vio. *Mili*, estampada contra el suelo tres pisos más abajo, inmóvil, y al lado de una mancha de sangre.

Corrió a buscarla.

Entró con ella sostenida en la falda de su mandil. Las lágrimas de Custodia mojaban el pelo de la gata. Parecía muerta. Se sentó con ella en el cajón de la cocina y le empezó a hablar, la acarició, con la saliva le quitó la sangre pegada. *Mili* lanzó un alarido, se incorporó, miró a su ama.

Nadie supo por qué Irene se echó a llorar.

Los nervios, pensaron.

Mili empezó a beber la leche que Custodia le daba empapando un trozo de tela y dándosela a chupar.

Amelita la acariciaba tanto que Custodia le advirtió que de seguir así la desgastaría.

Irene se acercaba, la miraba y se le escapaban las lágrimas.

Al principio, Custodia se enterneció por la sensibilidad de su hermana.

Más tarde, entró en sospecha.

Luego, se abrió paso la certidumbre.

Menos mal que *Mili* no había muerto.

Matilde se dejó de conjeturas y se dedicó, con prudencia pero con energía, a controlar los desmanes de Irene. Amparo, con los elementos de los que disponía, se hizo una pequeña lista. Custodia se relacionaba con los vendedores del Fontán, pero la mayor parte eran mujeres, con los curas y los sacristanes de la parroquia, con la gente que se encontrara en el cementerio, con el nuevo sepulturero que les habían comentado que se llamaba Crispín y que era muy buen hombre. Qué poca cosa, meditó con pena, aunque ella misma, mejor no pensar, quedarse quieta, de esa manera no se tropieza con los aparecidos.

Irene decidió que a ella, en lugar de despertarle envidia, más bien sentía un poco de asquito por adelantado. Rebuscó y encontró el tipo de hombre más desagradable que recordaba y se lo endosó a Custodia. ¿Envidia? ¿De eso?

Sin embargo, ella sí conocía hombres atractivos. Sabía que rozaba algunos límites y que debía guardarse más. La gente tomaba nota. Matilde empezaba a rezongar. Con el próximo no le quedaba más remedio que llegar a la iglesia.

Si pudiera fabricarlo yo a mi medida..., todavía; pero con lo pesaditos que son algunos, uf, y encima a veces, tacaños, y los torpones, qué, se decía para sí Irene que miraba hacia Amparo con miedo de que se le hubiera escapado un gesto de asco. ¿Cínica yo?

Virtudes. Hay que intentar que tenga virtudes humanas, le aconsejaba Matilde. Pero a Irene le tentaba más buscar otras cosas.

El aliento de Pablo, cuando en el cine ella le preguntaba cualquier cosa para que él le respondiera desde muy cerca y muy despacio, apenas con un susurro goloso. ¿Qué? Dime, Pablo, dime, no te he entendido, Pablo. Entonces él delectaba despacio. Le metía las palabras en el oído con soplos calientes para introducírselas bien adentro, con saliva para fijarlas. Irene se desmoronaba; palabras, como braseros, agujijones, vértigos.

Me distraes, Irene, no puedo concentrarme en la película. Al salir, te lo diré al salir, le susurraba ante su insistencia.

Las palabras de Pablo al rozarle la piel del cuello se extendían, la rodeaban, se le desperdigaban a través del cabello, se le amontonaban unas sobre otras y se le escapaban pechos abajo, encontraban el cobijo del ombligo y se detenían las más curiosas, otras continuaban el cauce hasta el destinatario. Correo urgente.

Los alientos alteraban su metabolismo. Recordaba muy bien el de Armando, aquel chico..., ¿qué cara tenía Armando? Hacía ya tanto tiempo...

Sacó las pinzas del bolsillo de la bata. Estaba sola en la galería de atrás. Sin sol. Tragó saliva. Otro aliento. Sobre sus pezones. Se sentó en su silla de bordar. Cruzó las piernas. Apretó los muslos. Cerró los ojos.

El chofer.

Aceleraciones.

Un cura entró dando bufidos.

Detrás de él, un hombre.

Custodia dijo: Es él.

Irene ahogó un grito, que chocó contra el mármol del suelo y le rebotó a la cara.

—¡El tendero!

—¡El que había sacado la rifa!

—¿Son ustedes? —preguntó el malhumorado cura a pesar de que no había nadie más en la iglesia.

Manolo dijo: Padre, antes de empezar, ¿me aceptaría esta ayuda? Custodia dijo que ella también añadiría algo. Le entregó el sobrante de las veinticinco pesetas que Manolo le había adelantado, después de haberle pagado a Engracia la deuda con el Ángel y la permanente.

El cura pidió entonces que lo disculparan. Los llamó «hijos míos», que se prepararía en un momento, que el altar mayor no se podía improvisar, pero que de todas maneras él oficiaría con sumo gusto en otro muy adecuado para ellos. Les deseaba mucha felicidad, como no podía ser de otra manera a cristianos tan fieles y cumplidores. Rezaría por ellos y para que cundiera el ejemplo.

Manolo no tuvo tiempo más que para dedicarles a sus futuras cuñadas una sonrisa porque ya el cura los había metido en la capilla a toda prisa.

Naturalmente todas conocían a Manolo.

Pero en aquel momento la observación adquiría carácter confiscador.

Manolo se había presentado en la iglesia solo. Su estatura mediana, sin rebordes, quedaba bien guardada dentro del traje gris de buen paño. Su corte un poco anticuado indicaba que al menos debía de tener veinte años, pero le sentaba como recién confeccionado. Los zapatos, con chirrido de cuero vivo. Bien afeitado. La cara un poco roja, de facciones perfiladas, se ensanchaba al llegar a la boca. Sonreía.

Custodia había aceptado al fin un vestido de flores pequeñas azules. Encima, el abrigo de Matilde para los lutos, casi nuevo, que se empeñó en regalarle, y unos zapatos de medio tacón. Había dormido bien y su cara reflejaba vigorosa neutralidad.

Y ellas tres con Amelita agarrada a la mano de su padre. ¿Por qué hace tanto frío, papá? ¿Por qué está tan oscuro? ¿Por qué no encienden más velas? ¿Por qué no han puesto los manteles bonitos, tía Matilde? ¡No me hacéis caso! Su padre le hizo señas para que se callase y sus tías siguieron sin contestarle.

Las tres con sus mantillas fruncidas y sujetas con alfileres de perlas falsas, zapatos de tacón y los labios pintados; tiesas y de corcho, cada una pensando en aquel novio, aquella pequeña maravilla que había escogido a su hermana Custodia.

Amparo se distrajo por un momento. El traje de su hermano, a pesar del tiempo que ella había dedicado a planchárselo con paños húmedos y a cepillárselo con agua y amoníaco, seguía deslucido y ajado. El cuello de la camisa, muy blanco y con un poco de almidón, ponía en prestancia lo que le faltaba al traje. Observó que la espalda de Antonio no era tan derecha y firme. Al comprobarlo, a Amparo se le disparó el medidor de cariño.

Sin darles tiempo a entrar en situación, el cura ya los había despachado. Antes de salir, Manolo le dijo a Custodia que si no le importaba acercarse con él a ofrendarse a la Virgen.

Una pareja y tres mujeres sueltas. Ellas, agarradas a un cable de alta tensión. Custodia. Custodia se había casado. ¡Y con qué hombre!, pensaba Irene.

Qué suerte para Custodia, con tan buena persona, se decía a sí misma Amparo.

Mira por dónde, Custodia se llevó un partido excelente, meditaba Matilde con discreción, con asombro.

Amelita se preguntaba por los planes de su tía Custodia respecto a *Mili*. ¿Se llevaría a su nueva casa el cajón de la cocina?

—Manolo, ya conoces a mis hermanas y a mi hermano.

Saludó a Antonio primero, con un abrazo de hombre.

Se dirigió entonces a ellas:

Les dijo: Bueno, ahora me puedo dedicar a vosotras con calma. Qué suerte que nos conozcamos de toda la vida, sobre todo, a ti, Irene, así es más fácil incorporarse a la familia. Y de ahora en adelante de lo que haya en la tienda podéis disponer. Gracias a Dios el negocio funciona a pesar de los malos tiempos y como yo no tengo cargas familiares, porque ya sabéis que mi madre tiene sus pequeños ahorros y...

Se lanzó Manolo a explicar, como queriendo despejar dudas en un instante, aparecer solvente en todos los aspectos, respetable.

—Nosotras qué vamos a saber.

—Bueno, como aquí todo el mundo habla y a veces tan equivocadamente... Custodia tendrá la compañía de mi madre, que aunque ya cumplió los setenta goza de excelente salud, y como vuestra hermana es tan buena y de tan buen

carácter, se llevarán de maravilla. Por cierto, nos espera a todos en casa. Ha preparado un almuerzo de primera para recibir a Custodia y a sus hermanas, me dijo por la mañana bien temprano cuando se levantó para despedirme. Y hoy no abriré la tienda para celebrarlo.

—¿Lo saben las clientas?

—De ninguna manera. Nadie. Custodia me lo prohibió tajantemente.

—Nosotras, si no os importa, diremos que sí lo sabíamos, pero que respetamos vuestro deseo. Es por no sentirnos ridículas ante las amistades, ¿comprendéis?

—Por mí, sí. ¿Qué dices, Custodia?

—Sí, sí, ahora ya no importa.

—¿Y esta niña tan guapa a la que le voy a dar tantos caramelos no dice nada?

—Sííí. ¡Tía Custodia!

—Dime, Amelita.

—¿Puedo quedarme con *Mili*?

—Sí, Amelita, ya iré a visitarte para cerciorarme de que la tratas bien.

Salieron juntos. La mañana aún no se había levantado. No había un alma. Los tacones de Matilde, Amparo e Irene resonaban contra los adoquines. Cogidas del brazo, Irene y Amparo. De la mano, Matilde y Amelia. Suelto en un aparte, Antonio. Uno al lado del otro sin rozarse, Manolo y Custodia. No hablaban.

—Tía Matilde, el lazo que me hizo la tía Amparo me tuerce la cara.

La gran lazada con la que Amparo había querido adornar a Amelita le forzaba el pelo hacia un lado. Amelia se había enfadado un poco porque no le habían terminado el abrigo y el que llevaba le quedaba corto y estrecho. Para compensarla, le habían comprado unos calcetines hasta la rodilla de lana color marrón clarito.

Amelia sacudía enérgicamente la mano de su tía para que le prestase atención.

—Quieta, Amelita, y no grites. ¿Qué quieres?

—¿Las niñas también estamos adornadas de ínclitas virtudes?

Manolo fue el primero en reírse y en destacar cómo Amelita había prestado atención al cura, a la vez que no podía creerse que hubiera sido capaz de repetir aquella palabra tan rara que él ni siquiera conocía. Aquello consagró ante todos a Amelia como una niña muy lista. Su padre la atrajo hacia sí sin decirle nada. Sonriente y orgulloso. Se pararon en medio de la calle y

formaron un corro alrededor de la niña. Comentaban. Custodia consideró que aquel era un buen momento. Se acercó al oído de Manolo y le dijo en voz baja algo muy breve. Manolo le contestó con entusiasmo sí, claro que sí, ahora mismo. Custodia, entonces, recogió el fajo que le entregaba Manolo, se dirigió a Matilde, extendió las manos para coger las suyas y le puso en ellas las doscientas veinticinco pesetas, resto de su lotería.

Al recogerlas, Matilde miró a Custodia. Luego a Antonio. Pero él le dio la espalda. Decidida y sin pronunciar palabra, guardó el paquete de billetes en el bolso. Le dijo, gracias, Custodia.

Antonio se sentó en el borde la cama, a pesar de que sabía que a Amparo le molestaba que una vez hecha, y con la colcha perfecta y sin una arruga, se usara para sentarse, pero no había ninguna silla en la habitación, así que, se arrinconó a los pies, se asió con las dos manos al barrote torneado y apoyó la cabeza. Cerró los ojos. La tristeza escondía su sombra detrás de una plaza sin fuente. Una niña se asomó a una ventana sin casa y le dijo que siguiera su camino sin volver la vista atrás o las guerras lo alcanzarían por la espalda. Le dijo adiós con las dos manos y cerró la ventana. Antonio sacudió la cabeza. Abrió los ojos. Tocó el paquete que había a su lado. Una caja de cartón forrada de saco, cosida con bramante, con la aguja colchonera que había visto siempre manejar a su madre y luego a Amparo y a Custodia. Amparo se lo había preparado. Dentro, todas sus pertenencias. Se preguntó si el peso de su vida sería tan liviano como el de sus pertenencias. Pero el pensamiento ni siquiera se percató de tal nimiedad y siguió sin darse la vuelta. Antonio tropezaba con todos los pensamientos y todos le decían que se quedase tranquilo.

Su amigo Emilio le aseguraba que en el exilio se organizaban ya, que Franco duraría a lo sumo otros cuantos meses. Se volvería a la discusión encendida, a la participación, al diálogo, a la propuesta, al sindicalismo, a la libertad de aquella República que se debía de recuperar. A veces, a los pensamientos hay que ponerles un sello de ida y vuelta porque, si se desvanecen del todo, quedan unos huecos grandes y se corre el riesgo de que aniden gusanos rocosos, ideas mutiladas. Y líbrame de ellos por siempre, amén. Y su madre seguía por orden de enterramiento, de edad, de querer, y no se dejaba a nadie en una cuneta sin lecho en la que ni siquiera se puede reposar mientras se espera al próximo, para ir juntos a un lugar de tumbas de tierra donde siempre se amanece al lado de una lata en la que crecen crisantemos amarillos. Él pensaba, cuando de pequeño oía a su madre rezar, que no podía haber muertos si no había tumbas ni familiares para llorarlos. Pero le bastó lo aprendido en la guerra. ¿La olvidaría?

De pronto reparó en que Custodia se había convertido en una señora casada. No pudo por menos que sonreír y mover la cabeza con síes, noes, bueno, bueno, qué cosas, acompañando los gestos de un chasquido de boca. ¿A qué habría jugado la imaginación de Irene la noche de bodas de Custodia?, se preguntaba Antonio, que la pasó entera de arriba abajo por el pasillo. A la cocina, al váter, vuelta al dormitorio. Al llegar a la altura de la puerta de su

cuarto, caminaba de puntillas y Antonio sonreía bajo el embozo. Él siempre había sentido ternura por Custodia y se alegraba por su boda mucho más que si se hubiera casado otra de sus hermanas.

Alguna de las últimas tardes, cuando él ya no aguantaba en la cama porque se encontraba bien y aún no le habían dado permiso para sentarse en la galería, se quedaba en la cocina frente a Custodia. Ella, en su cajón de siempre. Él, en el taburete que había construido su abuelo con un tronco de castaño centenario para que durara eternamente y que pesaba una barbaridad. Los dos frente a frente. Antonio fumaba, ella acariciaba a la gata. Algunas veces cruzaban recuerdos de la infancia, algún retorno con las aristas gastadas, y en un momento ella se levantaba, miraba la pota del colado y le decía, como si fuera un secreto, ¿quieres?, queda el recuelo. Y Antonio pensaba que el cajón de la cocina no era un buen lugar para que Custodia pasase lo que le quedara de vida.

Irene también quería a Antonio, aunque protestaba mucho si fumaba por más que fuera un solo cigarrillo, o lo echaba de casa si esperaba a alguna clienta que debía escoger bordados. Decía que causaba mal efecto ver un hombre en la casa, que se fuera a dar una vuelta, y si llovía, le daba un real para que se tomara un vino en la tasca de enfrente. Matilde no lo aprobaba y Amparo tampoco, pero Antonio se iba enseguida con apariencia de no importarle a fin de que no se crearan entre ellas situaciones engorrosas. Sus hermanas lo querían, pero él era un hombre, para más señas, casado durante un tiempo, lo que lo condenaba al papel de sospechoso conocedor de las intimidades femeninas. En Montes de Casariego todo se volvería sencillo. Así lo esperaban. También lo querían. Los padre de Clara habían aceptado que su nieta se quedase en la capital con sus tías y que pasara las vacaciones con ellos. Deberían adaptarse a Amelia, porque llegaría convertida en una señorita de ciudad. Al imaginárselo, el abuelo Facundo se quitaba la boina y se rascaba la cabeza con tanta furia que parecía que la rastrillase, la abuela Raquel se anudaba bien fuerte el pañuelo bajo la barbilla y recogía los pelos que le volaban sueltos; se palpaba la cabeza con pequeños golpes de sus manos callosas, como si el pensar en la niña le removiera todo lo que guardaba dentro.

Se acercaba la hora de despedirse. Matilde había buscado una excusa para sacar de casa a Amelia y evitarle así los nervios de los preparativos de la marcha de su padre. No tardarían en regresar.

Habían salido solos una tarde. Amelia, con un cucurucho de castañas asadas en cada mano, escuchaba de su padre todos los argumentos, justificaciones y proyectos futuros que le explicaba prolijamente, y con una conclusión preparada para colocársela al final de modo que a la niña no le produjera un daño irreparable. Antonio estaba nervioso, azorado ante Amelia, que lo escuchaba sin perderse una letra a pesar de que las castañas ocupaban parte de su atención. Con los ojos tan brillantes, que su padre tartamudeaba si dejaba de hablar y se paraba a mirarlos.

Amelia. Su hija.

—Yo ya lo sabía, papá, le soltó sin pregunta previa.

—¿Qué sabías, Amelita?

—Todo. Y que Navidad es el mes que viene y que me vendrás a buscar para llevarme contigo y con los abuelos. Y que como dentro de muy poquito cumpliré ocho años y eso es ser muy mayor, no debo llorar porque te vayas. Amparo y Matilde me han dicho que tú necesitas a los abuelos para ponerte bueno del todo, y que nos quieren mucho.

Aplastaba con la mano los restos de las cáscaras ya vacías que estallaban dentro de los cucuruchos. Amelia parecía estar más atenta al ruido que producían que al discurso de su padre. Antonio se quedó callado. Amelia sonrió abriendo mucho la boca y le preguntó a su padre si cada vez que le entrase una preocupación le iba a comprar las cosas de dos en dos.

Fue el momento en el que él casi cae en el ridículo de echarse a llorar.

Amparo entró en la habitación. Se sentó a su lado en la cama y le dijo, te puedes quedar con nosotras si quieres, Antonio. Esta casa es tan tuya como nuestra y las tres opinamos que si tú decidieras seguir aquí..., pero Antonio le acercó la mano a la boca ayudándola a guardarse el resto de palabras. Sobraban. Los dos lo sabían.

—Todo ha quedado perfectamente resuelto, Amparo. No te preocupes y guárdame esta cama tan bien hecha para cuando venga a veros a vosotras y a la niña.

—¿Pretendes en serio que Custodia siga viniendo a casa a trabajar? Estás loca, Irene. Nos reorganizaremos, y a ti, alguna de las tareas de Custodia te va a tocar.

Durante unos días Irene no aceptó ocuparse de nada porque le volvieron a salir los sarpullidos y juraba que no valía ni para bordar una letra. La fiebre que le brotó el mismo día de la boda había quedado en décimas por las noches, y al fin, le había desaparecido. Pero no dejaba de despotricar contra Custodia en ausencia de Matilde, hasta que al final Amparo le dijo que se negaba a escucharla, y por primera vez le recomendó que buscara otro novio urgentemente.

Matilde acabó de reajustar las piezas.

—Yo llevaré a la niña al colegio. Me da tiempo antes de abrir la academia. A mediodía vendrá con la señorita hasta la Plaza del Ayuntamiento y con otra niña que vive aquí cerca, y por la tarde, ya me encargaré de resolverlo. Para la colada vendrá Edelmira una vez por semana, que también fregará la escalera. Eso lo costeo yo. Os lo dejo fácil. La compra, la comida y fregar los platos.

Al final Amparo se hizo cargo de casi todo. Irene puso demasiados inconvenientes como para que su hermana se viese con paciencia para discutirlos, así que salvo la compra, a la que se resignó Irene si era en la tienda de Manolo, de lo demás quedó como responsable Amparo. Matilde se enfadó y dijo que la egoísta de su hermana siempre se salía con la suya, que ojalá se casara pronto, pero que, si seguía así, el tren no se iba a parar para ella.

Después de desayunar, Irene se arreglaba. Amparo le decía que no se compusiera tanto para ir a comprar unas patatas, pero Irene argumentaba que cualquiera podía acecharla y que ella no quería desmerecer en ningún momento, que buena lata le suponía tener que arreglarse tan temprano, total, para ver a un mozo de ultramarinos, que además, era su cuñado.

Pero cada día se esmeraba más en sí misma y cada día la esperaba un reproche al regresar a casa.

—Irene, no entiendo que te entretengas tanto por tan poca cosa.

—Charlo un ratito con Manolo y con Custodia.

—¿Ahora charlas con ella?

—Mujer, es una señora casada.

Manolo le decía a Custodia que no se preocupara, que él no se iba a dejar seducir por Irene, que a quien había escogido era a ella y que rezumaba felicidad por los cuatro costados. En el fondo, ¿sabes, Custodia?, me da pena de tu hermana. ¡Qué lucha! Custodia le decía, tú asegúrale que cada día la encuentras más guapa.

Irene le guardaba un rencor que no demostraba. ¿Perdonarla? Jamás. Custodia, casada y con un hombre agradable, ¿solo agradable?, hasta guapo. Educado, con una posición económica que en aquellos tiempos, vaya, vaya, envidiable. Aunque ella, con un tendero, ni hablar. Y para mayor irritación, todo el mundo opinaba que su hermana era simpática, servicial, de buen temple, y ella se veía forzada a contestar, sí, claro, figúrate, no lo sabremos nosotras, que somos sus hermanas, y rápidamente desviaba la conversación, que solía ir a parar a sí misma.

Y encima, su hermana las había hecho ricas.

Sin embargo, las perturbaciones nocturnas eran demoledoras para Irene. A ello se añadían las perturbaciones que la causaba Manolo. Mientras se desprendía de la ropa, los espejismos empezaban a tomar cuerpo, a dibujarse, como si su propia sombra acechara para estrangularla. Incluso perdía el ritmo respiratorio, pero era el olor de su enfermedad lo que le producía aquella sensación de estrangulamiento. Al levantar los brazos y quitarse la enagua por la cabeza, le llegaba la primera oleada que aspiraba con ansia. Luego aspiraba el olor del sostén, húmedo, del sudor del corazón; después, el de las bragas, intenso, turbador. Se las acercaba a la cara, hundía la nariz en ellas, y las guardaba bajo la almohada. A continuación se acostaba y apagaba la luz. Era el momento en el que ellos aparecían con toda claridad. Custodia y Manolo le dedicaban gestos burlones, se exhibían delante de ella de una forma vulgar y descarada y le enseñaban cosas que no deseaba ver ni conocer. A su hermana le gustaban tanto, que del brillo de sus ojos salían chispas que estallaban como besos asfixiantes, y le corría por el cuerpo un sudor brillante y perfumado que una lengua iba engullendo hasta que Custodia misma desaparecía. Entonces, los brazos vacíos de un hombre que no era Manolo, la enlazaban a ella por la espalda y le acercaba la boca a su cuello. Irene distinguía la caricia y sin girar la cara notaba un bigote que con suma delicadeza la rozaba. Su imaginación perversa impulsaba aquellas imágenes. Ella luchaba por ponerle una cara distinta. ¿Por qué no podía dejarlo atrás? Pero aquella boca depositaba besos y alientos; como pecados pegados con saliva, en manojos, a puñados, con la boca a reventar. Los deshacía a mordiscos y los pecados sangraban y le

corrían cuerpo abajo. Se detenían en aquel punto en el que desembocaban las aceleraciones. Irene no quería, se agitaba, se le secaba la boca mientras todas las bocas con bigote la recorrían hasta dejarla exhausta. Con las aceleraciones se le escapaban unos grititos incontrolables que se esforzaba en ahogar. Eran gritos del demonio, porque ella en ningún otro momento los sufría. Los expulsaba su boca, pero no eran suyos. Era su cuerpo enfermo el que los vomitaba con temblores dolorosos. A ella, luego, la invadía una dejadez irremediable.

Custodia siempre la había hecho sufrir.

Qué desgracia de hermana, por Dios.

Sin embargo, Amparo le contaba a Matilde que Irene comenzaba a superar la traición de Custodia, como ella lo llamaba. Amparo había interpretado aquellos trastornos físicos como prueba de la extremada sensibilidad de Irene para ciertas cosas, y la habían cogido desprevenida y débil a causa de una gripe reciente, pero ahora volvía a ir a la compra, volvía a cantar mientras limpiaba el lado de la casa que le correspondía, y en algunas ocasiones ayudaba a Amparo a secar los platos a mediodía. Fregar no, que estropea mucho las manos, le aseguraba Irene a Amparo sin inmutarse.

Afirmaba que sin más dilación iba a empezar a buscarse un buen partido. El definitivo.

Entonces las dos hermanas le advertían que no perdiera más el tiempo, por si acaso.

Cuando Amparo la miraba no le cabía duda alguna. Irene se encontraba espléndida. Seguro que su boda no tardaría en caer. En cualquier momento.

La familia se reduciría a ella y Matilde, solas, solteras y con Amelita. Ese cambio de destino había supuesto una mejora en sus expectativas. Matilde aparentaba serenidad y había recuperado una dosis mesurada de alegría. Con toda seguridad se había resignado a la desaparición definitiva de Buenaventura. A Amparo no le cabía duda de que había sufrido mucho, aunque no se había quejado nunca, y de que todavía le quedaba un resto pegajoso y ulcerado. De eso ella misma sabía. Sabía. Matilde no volvió a pronunciar el nombre de Buenaventura, pero nunca dejó de emitir aquellos suspiros que acompañaban los desasosiegos de todas ellas, aunque procuraban ocultarlos, disimularlos bajo la apariencia del cansancio, de un dolor de muelas o de no haber dormido bien.

En ese momento Amparo le pedía a Amelia sus agujas de sastre o su copita de Agua del Carmen.

«Mañana, a las seis de la mañana, en la capilla del Nazareno de la iglesia de San Isidoro».

Irene se agarró al canalón. Encogida, la carta estrujada entre las manos.

El cartero se la había entregado en mitad de la calle, sin sonreírle.

A ella le había extrañado que Sebastián no le hubiera recitado la letanía de cada encuentro: qué guapa estás da gloria verte cuándo te casarás conmigo. Anda, riéte un poco, que me alegras el corazón. No percibió la mirada preocupada del cartero al decirle que la carta no llevaba sello porque se la acababan de entregar con la exigencia de que se la diera a ella en mano, y de inmediato. Irene tampoco registró el miedo en la voz de Sebastián.

Había salido de casa para ir a comprar a la tienda de Manolo; taconeó brioso, frases de copla sin concluir. Para mirarse de reojo en los escaparates, dar una pequeña vuelta y comprobar que lo bueno en el barrio a aquella hora, y a todas las horas, era ella.

Ahora caminaba con la carta en la mano sin sentido de orientación, sin huellas de pan bendito que la guiasen.

Una carta. Un papel. Piojos.

«Mañana, a las seis de la mañana, en la capilla del Nazareno en la iglesia de San Isidoro».

Otra vez.

¿Cómo era posible! ¿No se había liquidado la deuda? ¿No estaba por esa razón su hermano libre? ¡Me muero! De esta me muero. No lo soportaré. ¿Por qué? ¿Por qué? Y a aquella hora de la mañana. ¿Qué significaba? ¿Cómo se atrevía?

No podía entrar sola en un bar. Todos la mirarían, pero si no se sentaba pronto se iba a caer. Las piernas no la sostenían y la agitación le había desencadenado unos temblores imposibles de disimular. A la tienda, no, de ninguna manera. Su hermana y Manolo notarían al instante que algo grave le ocurría. Dio la vuelta y se dirigió a la capilla de la calle de Jesús. Allí, en la oscuridad, y sentada en un banco, sola.

Primero lloró.

Luego rezó.

Meditó.

Pasó largo tiempo.

Después, tomó una decisión.

No diría nada. Lo resolvería sola. Sus hermanas siempre habían intentado librarla de sufrimientos, de problemas. Ahora le tocaba a ella actuar sin causarles más dolor, arrancándose de dentro el coraje para salir al encuentro de aquella maldición. Llenarse de valor. Dejar a sus hermanas al margen, a Antonio también. Podía regresar del pueblo en cualquier momento y no quería por nada del mundo que su hermano descubriese a qué debía su libertad. No. Esta vez y la última. Dios la ayudaría a conseguir el arrojito necesario. Hasta le prometería a la Virgen ir descalza a Covadonga, aunque Matilde se enfadara. No, monja no, eso no me lo pidas, Señor.

Se enfrentaría con firmeza. Pero ¿lo vería? ¿Podría hablar con él o enviaría al chofer? No se iba a subir a ningún auto. Se negaría a aceptar cualquier propuesta. Quería saber de una vez qué pretendía y quién era.

¿Seguro que Dios la había entendido bien? ¿Estaría al tanto para no dejarla desamparada en ningún momento?

Irene regresó a casa y le dijo a Amparo que le había dado un mareo, que se había repuesto en la tienda con una taza de caldo que le había preparado Custodia, y que Manolo se empeñó en que descansara, porque de esa manera no se podía caminar por la calle.

Amparo torció el gesto y, sin decirle una palabra, se puso a la tarea de inmediato.

Irene se fue a su cuarto.

Volvió a sacar la carta. La rasgó con los dientes, se secó las lágrimas a manotazos.

Planeaba.

La iglesia era un buen lugar de protección. No pensaba moverse de allí. A quien se le acercase lo amenazaría con gritar, con dar el espectáculo, con descubrirlo todo, salvo que fuese el chofer. No. Debo esperar, sea quien sea, y dejarle que me diga qué, que me proponga. Entonces sabré. De todas formas a aquella hora no se veía a nadie más que a unas cuantas beatas que asistían a la primera misa. ¿Por esa razón había elegido las seis de la mañana? ¿Podrá el Inquisidor actuar aún contra mi hermano? Dios mío, que envíe al chofer.

Se dio cuenta de que mordía y escupía lo que le quedaba de la carta.

Dudaba de su capacidad para soportar sola la tensión. Pero Dios y la rabia se habían puesto de su parte, así que se preparaba para estrangular los miedos, roer la angustia.

A las seis.

Iría antes y se colocaría en el mejor punto de observación. Apoyada contra una de las grandes columnas del templo, desde donde se podía ver el interior de la iglesia casi completo y la entrada principal. A la vez ella quedaría amparada por la sombra. Luego, ocuparía un banco desde el que pudiera ser vista.

Calculó apostarse un poco antes de las seis.

A aquella hora, un cura viejo dormía la canónica en un confesionario. La hora de los ecos. La hora en la que Dios no escuchaba.

El chofer. Esas visiones del chofer, ¿la quería avisar de algo que ella no había entendido? ¿Quizá prevenirla de algún peligro para que permaneciera alerta, porque él, que era bueno, sabía lo que su jefe tramaba? Si esta vez lograra que respondiese a sus preguntas, si le permitiera acercarse para poder mirarlo bien a los ojos, si se dejara... o llorar. Llorar. A ella llorar la favorecía; la expresión compungida, el desaliento, la indefensión, las lágrimas, que dejaban entre sus pestañas destellos temblorosos. Todo ello daba a su cara un atractivo del que ningún hombre se había podido librar. Y todos se habían ablandado, cedido. Hasta los más duros. Suplicarle en voz baja. Y con delicadeza echarle pequeñas oleadas de aliento directamente a la cara. Mejor a su boca.

Emplear los trucos que funcionaban con los hombres, intentar convertir al chofer en aliado. Qué suerte para ella conocer tan bien el molde avaricioso de los hombres. Pero quién y cómo sería el otro hombre.

Amparo llamó a Irene, extrañada de que siguiera encerrada en la habitación a aquellas horas de la mañana. Irene reaccionó enseguida y le contestó que ya se encontraba bien.

—Pues, sal, anda, y pon la mesa. Es mediodía.

Irene fue directamente al baño. En el espejo contempló su cara como de regreso de una visión fatigosa. Conocía el remedio para rectificar la línea nublada.

—¿Problemas, Irene?

—No, los nervios, que se me desatan solos sin saber el porqué.

Nunca perdía el apetito. Ante ese síntoma sus hermanas se alarmarían de inmediato. Matilde le dijo a Amparo que las patatas guisadas parecía que llevaran carne por lo sabrosas. Irene dijo, sí.

Amparo aclaró que pensaba agregar más laurel, pimentón y azafrán para potenciar los sabores inexistentes. Matilde le agradeció a Amparo la dedicación y hablaron de Custodia.

—¿Qué comidas le hará a Manolo?

—Cocina la madre, ¿verdad, Irene?

—¿Ella ayuda siempre en la tienda? ¡Irene! ¡Irene! Qué distraída estás hoy, hija.

—Pues, nada, que Custodia llega más tarde porque Manolo le dice que duerma por la mañana y creo que su madre le prepara el desayuno, luego regresan juntos a comer y ella por la tarde le vuelve a buscar a la tienda. Creo que friega los platos de la comida y luego teje con su suegra. Eso es lo que ella cuenta.

—¡Qué vida! ¡Qué regalo! Quién se lo iba a decir.

—Sí, sí, los hombres... Desgraciados, cerdos, borrachos, con la mano bien larga para las palizas. Unos desaprensivos, es lo mínimo que se les puede achacar.

—Pero Irene, ¡Irene!

—Se hartan enseguida, se aburren, y es cuando empieza el martirio; los insultos, la falta de respeto, les quitan el dinero, las matan a palos, a hijos, de hambre, de todo.

—¡Irene!, ¿qué te pasa hoy? Me asustas. ¿Es que sabes algo de Manolo?

—No, nada. Aunque no sé por qué iba a ser distinto de los demás.

—Amparo, prepárale el agua contra el mal de ojo, porque esto de ahora no es normal.

—Pero qué rara estás, hija. No vayas a heredar la especialidad de Custodia.

—¡Dejadme en paz! ¡No puedo ni desahogarme siquiera! ¡No me escucháis! ¡No soy nadie para vosotras!

Como sus hermanas le insistían, ella les gritó: ¡Nada! No me pasa nada.

Irene pasó la tarde entre bodoques, filtriré y letras de enlace. Tranquila, con un sosiego de mecedora con carcoma.

No pensaba.

Tenía una cita.

Irene aceleraba la respiración para disipar el sabor a heces de su propia boca.

Mañana, a las seis, en la capilla del Nazareno, en la iglesia de san Isidoro.

El Nazareno siempre le había inspirado miedo. Cuando de pequeña su madre la llevaba a rezar por Semana Santa y le enseñaba los clavos de la corona de espinas y le decía lo mucho que quería a los hombres, a Irene le producía un escalofrío doloroso. Su madre la obligaba a arrodillarse ante Él para que meditara sobre el sufrimiento y la muerte. Irene no quería y cerraba con fuerza los ojos, pero a pesar de ello veía el cuadro completo, con las velas encendidas que le otorgaban aquella movilidad de muerto con un poco de vida, ojos con brillo de sal, sin parpadeo, con fijeza de árbol seco. La cruz, los pies desgastados de tantos besos, de tantas bocas sin dientes; ensalivados de desesperación, de agradecimiento, de compromiso, de mal no me va a sentar y por si acaso. Irene se apretaba a la mano de su madre hasta hacerle daño. Su madre gemía de dolor y a la vez se lamentaba de que no la dejaba ni sujetar el rosario. Entonces intentaba desasirse, pero imposible. Irenina, hija, qué miedosa eres. Luego, a la salida, aquel aire tan diferente, como fregado con lejía y sosa y pulido con limón y bicarbonato, y la calle, con los tranvías tan ruidosos, y ella, que siempre le pedía a su madre que la dejara tirar de la cuerda para que sonase la campanilla, y los niños subidos en el estribo, como aventureros de cine mudo. Y la vendedora de castañas y la de regaliz y la de cuentos de segunda mano, y madre, cómprame.

A Irene le empezó a chirriar la aguja. Se le había mojado de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Irene?

—Nada, Amparo. Fíjate qué tontería, me he acordado de madre y me ha dado tanta pena, tanta morriña...

Su hermana frunció los labios. Recogió la costura. Insistió en preguntarle que qué le pasaba y al fin le propuso que fueran las dos a ver una película, de *Espencer Traci* ¿No te gustaría? O la de *Miqui Rony*. La que tú escojas.

Pero Irene no la escuchaba. Notó que una nostalgia diferente le venía de otro lugar. Como si le estuviera naciendo una costilla en el lado del corazón. Allí moraba su hermana Matilde como protectora de todas, con su aplomo

hidratando el futuro. Amparo, que colocaba a su alrededor cercos ahuyentadores, fosos contra el mal. Y Amelia, que hacía de emplasto entre todas. Ellas. Solas. Mujeres. Señoritas del doce. Sin hombres demoliendo. Aquel era el lugar que no deseaba dejar jamás. Una vaina a su medida, cerrada y con sustancias puras de conservación al vacío.

La pena que ella misma se inspiraba le había dejado el cuerpo blando y sin recursos. Sin embargo, notaba que la invadía una sensación de orgullo. Ella sola. Ella para frenar y acabar con la peste que las afectaba a todas. Se tragó unas cuantas lágrimas. Se sentía tan agradecida a sí misma, que podía caer en un ataque de flojera como siguiera con el análisis. A golpes se aprende, decía su padre, y su madre le respondía, pero que los de mis hijas no sean demasiados duros.

Y merendó su pan migado en malta con sacarina y sin leche, pero suficiente, y luego Amparo le preguntó si le gustaría echar con ella una partida de brisca, pero Irene le contestó que se iba a acercarse a la tienda de Manolo para la compra del día siguiente, porque había hecho la promesa de ir a la primera misa y luego pensaba acostarse a descansar.

—¿A la primera? ¿A la de seis?

—Sí, mujer, es un sacrificio, pero no se tarda ni tres minutos en llegar. Y llamaré a Faustino para que me acompañe.

Amparo la miró con preocupación. Le parecía extraño que Irene se aventurase a aquella hora, aunque la acompañase el sereno. La notaba rara. ¿Qué novio, qué hombre la perturbaba hasta el extremo de sacrificarse tanto? Advirtió que no podía preguntarle nada, así que, le apuntó la compra y le dijo que la esperaba haciendo un solitario.

Manolo la recibió con sorpresa y muy contento y llamó a gritos a Custodia que ordenaba la trastienda y que se disponía en aquel momento a calentar en el infiernillo el caldo de la tarde.

—¡Una taza más!

—Manolo, hoy no me encuentro de humor y además me duele... No, bueno, prisa, sí, tengo un poco de prisa. Dame una cabeza de ajos y un cuarto de repollo.

—No será para tanto. Siéntate un momento, que termino de despachar. Ya viene Custodia.

Irene tomó como silla un saco de castañas. Contemplaba el trajín de Manolo. Despachaba un trozo de tocino a una clienta a la que Irene no había visto nunca. Ella lo había pedido entreverado, pero a Manolo no le quedaba

más que del graso. La mujer se conformó. Irene la miraba con obstinación. Llevaba el hábito del Nazareno. La veía de espaldas. Cuando la mujer se inclinó para comprobar el fiel de la balanza, Irene le vio la cruz a cuestas sobre el paso de Semana Santa, con todas las velas y las lamparillas de aceite prendidas a su alrededor. La capilla a oscuras y como alumbrado, aquel flujo móvil de luz. Morado. Nazareno. Mañana. A las seis. Irene dio un grito. Manolo la miró. La mujer-nazareno se giró de cara a ella y la miró también. Irene dijo que le parecía haber visto un pequeño ratón correr entre los sacos, pero que quizá se había equivocado y lo había confundido con una sombra.

Llegó pronto a casa. No quiso participar en el juego de las cartas, pero le dijo a Amparo que con gusto se tomaría una infusión con su poquita Agua del Carmen.

Se fue a la cama. Con mucho miedo. Dio cuerda al despertador. Se quedó dormida en el acto.

Las ojeras ligeramente más oscuras y el pelo indomable denotaban falta de descanso. Pero solo ella lo percibía. Ni siquiera el espejo.

Empezó a arreglarse a las cinco de la madrugada en total silencio.

Cambió de atuendo varias veces. Frívolo, no. Demasiado modesto, tampoco. Muy largo. Peca de escotado, y a estas horas, por Dios. Exceso de colores. ¿De luto?

A las cinco cuarenta y dos salió de casa.

Bajó la escalera con precaución para que ningún vecino la oyera.

Desde el portal miró a un lado y otro de la calle para comprobar que no estuviera Faustino, el sereno. Desierta. Adelantó el pie derecho. Se persignó con fervor. Se palpó una vez más el imperdible con las medallas y se dio tres golpes de pecho. Se topó con la negrura de la madrugada. Mucho más oscura que la de la noche. Una sombra a lo lejos. Una beata. El pánico estaba empezando a agarrarla del cuello. Invocó a Dios. Volvió a persignarse. Debía salvar el pequeño trecho de su calle que desembocaba en la Plaza del Ayuntamiento. Al fondo, la iglesia. Temía que el ruido de sus tacones alertara a las Ánimas del Purgatorio. Lo amortiguó caminando de puntillas. Empezó a contar los adoquines que abarcaba con cada paso; dispersar el terror. Al otro extremo de la plaza, al comienzo de la calle del Peso, había un coche estacionado con el motor en marcha. Un adoquín y medio, uno y cuarto, casi dos. Cuatro hombres. Tres se movían con ligereza. El otro hombre, no. Había remiendos en el pavimento con piezas un poco más pequeñas, grises. Ruido de puertas al cerrarse. El coche aceleró. Socavones sin señal de advertencia. Perfiles de escombros sin apartar. Irene miró hacia las ventanas de la casa que quedaban encima de donde el coche había se había estacionado. Ninguna abierta. Ninguna iluminada. Creyó distinguir, no obstante, un rostro de mujer pegado contra el cristal de una, con las palmas de las manos abiertas, también pegadas al cristal. No se oía ni el respirar de los pájaros. El coche tampoco. Había llegado a la altura de los peldaños de piedra. Los subió de dos en dos. El sacristán, que descorría los goznes de la puerta grande, la miró. Irene iba a decirle buenos días, pero dijo, Dios mío, apiádate de él, quien quiera que sea.

Entró en la iglesia. Comprobó la hora: las seis menos cuarto. Apartó de sí lo que creía haber visto. Lo que sabía que ocurría en las calles por las noches, pero ella creía que a la hora en la que abrían las iglesias, esos hombres y esos coches ya habrían desaparecido de las calles.

Una mujer vieja rezaba en voz alta ante la imagen del Desprendimiento del Señor. También había un hombre postrado ante santa Rita. Se erguía, se golpeaba el pecho. Hacía ruido de caja sin tapa. Luego inclinaba el cuerpo hasta casi tocar el suelo con la frente. Finalizaba estampando besos al mármol como trallazos.

Nadie más. Ni un indicio. Nada en ninguna capilla, incluida la del Nazareno.

Se sentó a esperar. Cerró los ojos. Rezó. Pidió más fuerza aún. Prometió todavía más ofrendas.

Miró el reloj. Se lo acercó al oído.

Sonaba a tictac de cementerio.

Las seis menos cinco.

Los puños cerrados y apretados. Las uñas clavadas en las palmas.

El sacristán se dirigía ahora a la capilla..., sí, a la del Nazareno.

Comenzó a colocar y encender velones grandes de los usados en las ocasiones especiales, a cambiar de sitio los reclinatorios. Abrió una puerta, invisible desde donde se encontraba ella, y sacó de allí un túmulo sobre ruedas. Lo colocó en el centro de la capilla.

Sí, ahora lo veía bien. Un túmulo. El sacristán se dispuso entonces a vestirlo con los terciopelos y las mantillas adecuadas. Colocar los candelabros. Allí se iba a rezar un responso. ¿Qué tenía que ver con ella y con la cita? Para desorientarla, para amedrentarla. Pero no contaban con que en aquel momento recibía una Gracia y una Fuerza que no le eran propias. Por eso sabía que se las enviaba Dios.

Se escondió un poco más y esperó. Solo faltaba un minuto.

A las seis y tres llegaron los acompañantes. Pocos.

Entraban en la capilla.

El sacristán encendió más luces y más velas.

Por la misma puerta de antes apareció un cura vestido para la ceremonia. Esperaba el cortejo que avanzaba por el centro de la iglesia con el féretro a hombros. Enlutados; de luto riguroso entraron varios hombres.

Depositaron la caja de madera oscura y con piezas de metal dorado sobre el túmulo, y empezó el oficio. ¿Por qué lo enterraban tan temprano? ¿Una última voluntad? ¿Un alma modesta que deseaba que su muerte pasara desapercibida?

Irene entonces se sentó discretamente en el extremo de un banco vacío. La idea de que al otro lado de la iglesia se hallaba un cadáver, la inquietaba

profundamente. No distinguía al chofer entre el grupo. Debía de estar en algún reclinatorio que quedaba fuera de su vista, porque ella veía perfectamente de lejos. En cualquier momento aparecería. Él ya habría calculado cómo y de qué manera la iba a abordar.

Siguió la ceremonia. Fue breve. Al terminar, el cura se dirigió a las personas que ocupaban los primeros lugares al lado de la caja y se dieron las manos. El monaguillo repartió los recordatorios. Entonces vio a un hombre vestido de negro con el cuello del abrigo levantado y que se dirigía al monaguillo. Por un breve gesto, se dio cuenta de que la señalaba a ella.

El monaguillo cruzó la iglesia, se paró en el centro para hacer una genuflexión rápida y de un salto se plantó ante Irene.

Le entregó un recordatorio y sin esperar nada volvió a cruzar al otro lado de la iglesia, donde ya no lo aguardaba ningún señor.

Irene lo abrió.

La oscuridad de aquella parte no le permitía distinguir nada, pero intentó encontrar algo escrito a mano, visiblemente dedicado a ella. Nada. Tropezó con el banco. Se enganchó las medias. Salió precipitadamente en busca de un lugar más iluminado. En aquel momento el cortejo abandonaba la capilla con el féretro a hombros. Irene se paró ante el altar de la Inmaculada. Abrió el recordatorio.

Líneas continuas negras y un borrón grande en el centro. Negro. Buscó los lentes en el bolso. Lo revolvió todo en un momento. La barra de labios, aquella, se le cayó al suelo y produjo un sonido golfo. Miró en los bolsillos del abrigo. Con movimientos nerviosos repasó los lugares en los que sabía que no los había guardado. Se dio cuenta de que no había nadie más que ella en la iglesia. El pánico le pegó un tirón en las tripas y echó a correr por el pasillo central hasta alcanzar la calle. El pequeño grupo de gente se dispersaba a pie o en coche hacia el cementerio. Todavía no había amanecido completamente, se percibía una claridad desabrida que desenfocaba el perfil de los edificios. Nadie reparaba en Irene. Nadie la esperaba. Siguió sin ver al chofer por ninguna parte. El desconcierto aún la atemorizaba más.

Emprendió el regreso a paso rápido.

Llevaba el recordatorio entre las manos.

No pudo abrirlo.

Llegó a casa. Sus hermanas no se habían levantado. Se descalzó para no despertarlas y se fue directamente al dormitorio. Cerró por dentro. Se tumbó en la cama. Calzada. Con el abrigo abrochado.

Se puso los lentes. Cerró los ojos. Apretó con fuerza los párpados. Se abrió una falla. Se dejó caer por ella. No le importó que no hubiera un lecho de rosas que esperase su cuerpo, ni un príncipe azul con los brazos extendidos. La falla se cerró y ella se quedó dentro.

Por fin, abrió el recordatorio. Siguió con los ojos cerrados.

A tientas encendió la lamparita de noche.

Una mosca desconcertada comenzó a volar sobre su cara. Zumbó al rozarla. Las moscas no figuran en los recordatorios de los muertos.

Un suspiro cabalgó por todo su cuerpo a codazos. Se le veló al salir.

Poco a poco empezó a despegar los párpados.

Miró. Vio.

La fotografía de un hombre.

El chofer.

Debajo, el nombre del Inquisidor

La autora

Maribel Álvarez ha sido locutora de radio desde los dieciséis años hasta los cincuenta y ocho en diferentes emisoras, y trabajó como cronista para Radio Habana. Tras su labor como periodista se ha dedicado a su pasión, que es la escritura. Ha publicado con nuestra editorial la novela *Quién coño eres* (2011) y reeditado en EPUB: *Se parece tanto a Humphrey Bogart*, *Háblame de Claudia* y *Los dos miraban el reloj*.

Contenido

[Tres sillas de Anea](#)
[Maribel Álvarez](#)
[La autora](#)